UNIVERSITY OF
ILLINOIS LIBRARY
AT URBANA-CHAMPAIGN
BOOKSTACKS

LIBRARY
UNIVERSITY OF ILLINOIS
URBANA

Venezuela en las fiestas del Centenario de Ayacucho en el Perú

THE LIBRARY OF THE
JUN 10 1932
UNIVERSITY OF ILLINOIS.

CARACAS
LITOGRAFIA DEL COMERCIO
1925

BENEMERITO GENERAL JUAN VICENTE GOMEZ,

PRESIDENTE CONSTITUCIONAL DE LOS ESTADOS UNIDOS DE VENEZUELA

THE LIBRARY
OF THE
UNIVERSITY OF ILLINOIS

987
V85a

*
* *

Fueron espléndidas las fiestas con que el Perú celebró el centenario de la batalla de Ayacucho. A lo excelso del motivo se unieron como factores esenciales para el éxito, la próvida riqueza de aquella tierra; el patriotismo de sus hijos, siempre alerta y emprendedor; el sentido artístico del pueblo, ennoblecido por una tradición sin par en la historia de América, y las acertadas y felices disposiciones del Gobierno que preside el señor Don Augusto B. Leguía, estadista eminente, brazo y cerebro de una de las transformaciones sociales y políticas más notables que se han realizado en las Repúblicas americanas de origen español.

Todo contribuyó al esplendor de los festejos. La mayor parte de los pueblos del mundo hiciéronse representar por medio de Embajadas y Delegaciones especiales; el Gobierno peruano formuló un programa tan vario como atractivo, y la sociedad y el pueblo acordáronse para que sus huéspedes de honor recogieran impresiones agradables y no echaran de menos un solo momento el calor de la patria, sus hábitos y costumbres y todas las comodidades apetecibles.

Por lo que respecta al grupo de naciones directamente interesado en la conmemoración de la gloriosa batalla que decidió de sus destinos políticos y reafirmó la solidaridad de sus principios y el triunfo de los ideales democráticos, su representación fué tan brillante como esco-

812080

gida. La ciudad de Lima, en cuyo ambiente palpita el pasado en obras de esclarecido linaje que aquilata y armoniza el presente con los dones de un progreso incontrastable, fué animado centro de reunión, hogar tibio y acariciante de cuanto representa un triunfo del talento o un brote del esfuerzo creador en los fértiles campos de la inteligencia y la belleza. Hombres de ciencia, poetas, pensadores y artistas se dieron allí la mano y contribuyeron con su palabra y con sus obras al estrechamiento de poderosas vinculaciones.

Correspondía a Venezuela en el orden histórico y por el hecho de haber sido cuna de los dos varones eximios, Bolívar y Sucre, protagonistas del drama de Ayacucho, una figuración especial en los festejos centenarios. Así lo comprendió con nobleza espontánea y un gran sentido de la justicia histórica el Gobierno que preside el Exmo. Sr. Leguía, cuyas palabras desde el momento de la recepción oficial de la Embajada venezolana pautaron el tono de esa actitud de franqueza, de sinceridad y de admirable fervor patriótico que cimentó la apoteosis del Libertador y del más puro y afortunado de sus tenientes. Inspirado el Benemérito General Juan Vicente Gómez en esos mismos sentimientos, de los que diera irreprochables muestras en la celebración de las grandes efemérides patrias, quiso que la Embajada especial de Venezuela estuviera formada por hombres representativos de las más sobresalientes actividades del país, a fin de que ella correspondiera a la honra insigne y a la expresión de sus más fervorosos ideales de gobernante y de patriota.

Estas páginas, recogidas de la prensa de Lima y en algunas publicaciones oficiales, dan cabal idea de cómo estuvieron representados Venezuela y su Gobierno en la ocasión memorable, y de cómo los pueblos de América, fraternalmente unidos como el día en que sus banderas flotaron en Ayacucho al sol de la victoria, rindieron homenaje de admiración a nuestra patria, y glorificaron de modo insólito a Bolívar y a los héroes que militaron bajo sus órdenes en la campaña libertadora del Perú, consolidando con sus esfuerzos la independencia de América y la mancomunidad de sus gloriosos destinos.

Luis Correa.

Caracas: 19 de abril de 1925.

EXCELENTISIMO SEÑOR DON AUGUSTO B. LEGUIA

PRESIDENTE DE LA REPUBLICA DEL PERU

THE LIBRARY
OF THE

I

El sentimiento de Venezuela.—Decreto del Presidente Constitucional de la República, Benemérito General Juan Vicente Gómez. Personal de la Embajada.

GENERAL JUAN VICENTE GOMEZ,

PRESIDENTE CONSTITUCIONAL DE LOS ESTADOS UNIDOS DE VENEZUELA,

CONSIDERANDO:

Que la República del Perú celebrará con fiestas solemnes el primer centenario de la Batalla de Ayacucho, la cual aseguró, con la independencia de aquel país, la del continente hispanoamericano;

Que el Excelentísimo Señor Presidente de la República del Perú ha invitado al Presidente Constitucional de Venezuela a concurrir a las fiestas personalmente; y de no ser esto posible, a hacerse representar especialmente en ellas;

Que la Batalla de Ayacucho constituye, a la vez que una gloria legítima del Perú, una gloria de Venezuela, que aportó a la campaña libertadora, hasta el Tratado con que magnánimamente concluye, el esfuerzo de sus soldados, el genio de Bolívar y las virtudes políticas y militares del General Antonio José de Sucre;

En uso de las facultades que le confiere la atribución 8ª del artículo 79 de la Constitución Nacional y de acuerdo con lo previsto en la Ley Orgánica del Servicio Diplomático,

DECRETA:

Artículo 1º Venezuela, que se dispone a la celebración en su territorio del Centenario de la Batalla de Ayacucho, se asocia de manera fraternal a la República del Perú en los regocijos y festejos con que se conmemorará dicho Centenario en la ciudad de Lima.

Artículo 2º El Presidente Constitucional de Venezuela será representado por un Embajador Especial, en cuyo séquito habrá de tener representación adecuada, el Ejército Nacional, así como las ciencias, la diplomacia y las letras venezolanas.

Artículo 3º Se ofrendarán a la República del Perú tres palmas de bronce y oro destinadas a fijarse de modo perdurable en monumentos, o sitios adecuados, que perpetúen en ella la gratitud al Libertador y a los Próceres vencedores en Ayacucho, para que sirvan a la vez como recuerdo permanente de la ocasión ilustre en que combatieron juntos por la libertad del Perú y de la América los soldados de ambas naciones.

Artículo 4º La espada que el Perú dedicó al Libertador y que se conserva en el Museo Boliviano de Caracas, será conducida a Lima y exhibida durante las fiestas como testimonio de la gratitud manifestada por el Perú a su Libertador.

Artículo 5º Se pedirá al Concejo Municipal del Distrito Federal el permiso necesario para trasladar a Lima y exhibirlo también allí como símbolo de la comunidad de glorias de España y sus hijas de América, el pendón que Pizarro llevó a la conquista del Perú y el cual donado en el Cuzco al Mariscal de Ayacucho y ofrendado por éste a Bolívar, fué luego dedicado por el Libertador a la ciudad de Caracas.

Artículo 6º Se dictarán por Resoluciones especiales las medidas necesarias para que la representación de la República en las fiestas de Lima corresponda a la solemnidad de la ocasión gloriosa y a la cordial invitación del Perú.

Dado, firmado, sellado con el Sello del Ejecutivo Federal y refrendado por el Ministro de Relaciones Exteriores, en el Palacio Federal, en Caracas, a los cinco días del mes de agosto de mil novecientos veinticuatro. — Año 115º de la Independencia y 66º de la Federación.

J. V. GOMEZ.

Refrendado.

El Ministro de Relaciones Exteriores,

P. ITRIAGO CHACÍN.

Estados Unidos de Venezuela.—Ministerio de Relaciones Exteriores.—Dirección de Política Internacional.— Caracas: 28 de octubre de 1924.—115º y 66º

RESUELTO:

Por disposición del ciudadano Presidente Constitucional de la República y de acuerdo con lo dispuesto en los Decretos Ejecutivos de 5 de agosto último y de esta misma fecha, se designa a los ciudadanos que a continuación se expresan, para que, con el carácter que se les señala, representen a Venezuela en los actos con que la República del Perú celebrará el Centenario de la Batalla de Ayacucho:

Ciudadano Doctor Pedro M. Arcaya, Embajador;

Ilustrísimo Señor Doctor F. A. Granadillo, Obispo de Carabobo, y ciudadanos Doctores J. T. Carrillo Márquez, Emilio Ochoa, Vicente Lecuna, Santiago Key Ayala y ciudadanos J. M. Herrera Mendoza y Enrique Eraso, en representación de las Facultades Universitarias, del Comercio y de la Banca y del Gremio de Agricultores y Criadores del País;

ciudadanos Luis Churión y Doctor Eduardo Calcaño Sánchez, Secretarios;

ciudadano Claudio Urrutia, Secretario Particular del Embajador; y

ciudadanos Doctor Juan Vicente Camacho, Guillermo Amitesarove, Héctor Urdaneta Braschi y Manuel Norberto Vetancourt, Agregados a la Embajada.

Comuníquese y publíquese.

Por el Ejecutivo Federal,

P. ITRIAGO CHACÍN.

Estados Unidos de Venezuela.—Ministerio de Guerra y Marina. — Dirección de Guerra.—Caracas: 28 de octubre de 1924.—115º y 66º

RESUELTO:

Por disposición del ciudadano General Presidente de los Estados Unidos de Venezuela y de acuerdo con lo dispuesto en los Decretos Ejecutivos fechas 5 de agosto último y 28 de los corrientes, se designa a los ciudadanos: General Eleazar López Contreras, Coronel Mariano H. López Méndez, Teniente Coronel Juan Pablo López Centeno, Capitán Carlos Meyer, Teniente de Segunda Clase Diógenes Morales, Teniente Arturo Bruzual Bermúdez, Teniente Olegario Peralta y Teniente Manuel Ríos, para que representen al Ejército Nacional en las festividades que tendrán lugar en el Perú, con motivo del Centenario de la Batalla de Ayacucho.

Comuníquese y publíquese.

Por el Ejecutivo Federal,

C. JIMÉNEZ REBOLLEDO.

II

En el Callao.— Magnífica recepción.— Honores Militares.— Ovación a la Embajada y víctores a Venezuela.— La Espada del Libertador y el Estandarte de Pizarro

La Embajada de Venezuela, presidida por el Doctor Arcaya, llegó al Callao, a bordo del vapor *Santa Teresa,* en la mañana del 25 de noviembre. El primer contacto de los representantes de la Patria de Bolívar con la tierra afortunada en que se decidieron los destinos de América, fué un preludio magnífico de la manera cordial, entusiasta y generosa con que el Perú acogiera, en la solemne ocasión del Centenario de Ayacucho, a los encargados de expresarle los sentimientos del Gobierno y del Pueblo de Venezuela. Todos los diarios de Lima hiciéronse eco de la suntuosa recepción de la Embajada a su desembarco en el Callao. *La Prensa,* en extensa información, dió a sus lectores los siguientes detalles:

"Minutos antes de las diez de la mañana, el vapor *Santa Teresa,* de la Grace Line, se presentó en nuestro puerto, anclando en el primer fondeadero, donde fué inmediatamente recibido por las Autoridades de Sanidad, Marítima y el Resguardo.

Como todo se había dispuesto, a fin de facilitar el movimiento de la nave para su ingreso en la rada interior, el *Santa Teresa* no tardó en buscar la boya del segundo fondeadero, a cuyo lugar acudieron las comisiones oficiales de recibo encargadas de saludar, en nombre del Gobierno y del Pueblo peruanos, a los ilustres Embajadores de la República de Venezuela.

El saludo oficial.—Fueron de los primeros en abordar la nave en el segundo fondeadero: el Capitán del Puerto, Comandante Germán Stiglich; el señor Javier Correa Elías, Introductor de Embajadores; señor Doctor Rafael Villanueva Mata, Ministro de Venezuela en el Perú, quien se hallaba acompañado de su esposa y de su señorita hija; señor Cúneo Harrison, Introductor de Ministros; Comandante Goicochea, adscrito al Ministerio de Relaciones Exteriores; Teniente 1º de la Armada, Leonidas Rivadeneira y el Capitán Manuel Morán, venezolano, quien ha hecho su carrera militar en las filas de nuestro ejército.

También estuvo a bordo, en misión especial, una Comisión del Ejército Nacional, presidida por el Coronel Eduardo Aguila, y formada por el Mayor Enrique Suárez y Capitán Alberto Pastor.

Excelentísimo Señor Doctor Pedro M. Arcaya,
Embajador de Venezuela

Señora María Teresa de Arcaya,
esposa del Embajador de Venezuela

El Doctor Pedro M. Arcaya, que preside la Embajada de Venezuela, recibió, junto con el resto del personal que la constituye, el saludo fraternal del Gobierno y Pueblo del Perú, por las personas que dejamos anotadas.

La espada de Bolívar.—Después del saludo protocolario, el General E. López Contreras, Jefe de la Misión Militar Venezolana, improvisando un breve discurso, hizo entrega a los militares peruanos de la espada de Bolívar, reliquia de valor incalculable para la Historia de América y símbolo del carácter y patriotismo del Libertador.

Esta ceremonia, sencilla en su forma, pero inconmensurablemente hermosa y grande en su fondo, dió margen a un instante de fervor patriótico y emotivo de hechos que culminaron con la independencia americana.

La espada de Bolívar fué trasladada inmediatamente a bordo del buque insignia nacional, crucero *Lima,* donde fué cuidadosamente colocada en la cámara del Comandante, al cuidado del jefe del buque, Comandante Gustavo Frías, mientras se prepara el ceremonial para su traslación al Museo Bolivariano en Lima.

LLEGADA DE LA EMBAJADA AL CALLAO
El Embajador Doctor Arcaya y la comitiva oficial

Formación de tropas.—En el malecón Figueredo, abriendo calle desde el desembarcadero oficial hasta el frente del nuevo local de la capitanía, el Regimiento de Artillería de Costa, acantonado en este puerto, se situó en correcta formación, luciendo uniforme de parada. Mandaba la línea el Comandante Alberto Solari, primer jefe del Regimiento.

El desembarco.—En la lujosa lancha *Grumete*, a las 10 y 30 a. m., los miembros de la Embajada de Venezuela y la comisión oficial de recepciones a bordo, llegaron al muelle de guerra.

Fueron recibidos en la escalinata por el Coronel Manuel Rivero y Hurtado, Prefecto del Callao; señor Juan E. Miller, Alcalde del Concejo, y otras personas visibles del puerto.

Honores.—En momentos que los ilustres Embajadores ascendían las escalas del muelle oficial, la banda de músicos del Regimiento de Artillería de Costa tocó la Marcha de Banderas y las tropas presentaron armas, hasta que el Excmo. Embajador Doctor Arcaya subió al automóvil que exprofeso lo esperaba para conducirlo a esta capital. En ese magnífico vehículo acompañó al Excmo. Embajador de Venezuela su distinguida esposa, señora María Teresa de Arcaya y el Introductor de Embajadores, señor Correa Elías.

LLEGADA DE LA EMBAJADA AL CALLAO

En el centro la señora de Arcaya; a su derecha las señoras de Herrera Mendoza y de Amitesarove; y a su izquierda las señoras de Ochoa y de Villanueva Mata

Simpática manifestación del pueblo.—Como aconteció cuando llegaron las Embajadas que concurrieron al centenario de 1921, numeroso público llenó el Malecón Figueredo y alrededores del muelle oficial, ansioso de presenciar el desembarco de los compatriotas del Libertador y aplaudirlos a su paso; porque, además, entre nosotros el extranjero es querido, es respetado, es aplaudido y, en la mayoría de las ocasiones, llega a formar parte de nuestras sociedades y de nuestros afectos.

Alojamiento.— Los ilustres viajeros y comisiones que fueron a recibirlos se dirigieron después en varios automóviles, por las avenidas del Progreso y Leguía, hacia Miraflores, donde se les había preparado alojamiento.

El Excmo. Señor Embajador y su Secretario ocuparon la casa del señor Fernando Ortiz de Zevallos, quedando los demás alojados en el Hotel Leuro".

El Tiempo, en su edición del 26, tradujo los sentimientos del pueblo peruano al arribo de la Embajada, en estos expresivos conceptos:

"Conforme se anunció en los diarios de esta localidad, ayer en la mañana llegó a nuestro primer puerto el vapor *Santa Teresa,* que trajo a su bordo la Embajada que envía el Gobierno de Venezuela a participar de las fiestas que se

realizarán aquí con motivo del Centenario de la Batalla de Ayacucho. Forman el personal de la Embajada representantes distinguidos del país hermano, y la preside, como se sabe, el Excelentísimo Señor Doctor Pedro M. Arcaya, de relevante figuración en su patria.

Es, pues, la Embajada venezolana una de las primeras en llegar al país. Para nosotros el hecho no puede ser más halagador ni más significativo. Las distintas manifestaciones que, por otra parte, se han tributado ayer a los representantes del Gobierno venezolano, evidencian el afecto que se guarda por ese pueblo, que fué cuna del Libertador Simón Bolívar y de casi todas las grandes personalidades del siglo pasado que concurrieron, junto con nuestros soldados, a la emancipación del Perú. No podía, por tanto, pasar inadvertida la llegada de los ilustres representantes de Venezuela. E interpretando los sentimientos de la colectividad, enviamos nuestros más cordiales saludos a dicha Embajada, al Excmo. Señor Doctor Don Pedro M. Arcaya, que la preside, y a todos los demás miembros que esta vez son portadores de los saludos del Gobierno y del Pueblo hermanos y que, sin duda, contribuirán enormemente a intensificar las relaciones que mantienen Perú y Venezuela".

LLEGADA DE LA EMBAJADA AL CALLAO
Un aspecto de la recepción

LLEGADA DE LA EMBAJADA AL CALLAO

El Embajador Doctor Arcaya y el Jefe de la Misión Militar, General López Contreras, hacen entrega de la espada del Libertador para ser conducida a bordo del crucero peruano "Lima'

El Comercio y *La Crónica* dieron así mismo extensa información a sus lectores, y publicaron sendas entrevistas con el Embajador, Doctor Arcaya, que ilustraron con interesantes fotograbados.

A bordo del vapor *Buenos Aires,* de la "Trasatlántica Española", llegó al día siguiente el resto del personal de la Embajada.

Los señores Juan Leguía Swayne, Doctor Eduardo Aguilar Oliva, Carlos Mendivil, Antonio Castro C., Teniente Coronel Guillermo Romero, Mayor Arístides Alfaro y Capitán Alberto Arboleda Viñas, formaron la Comisión nombrada por el Gobierno peruano para atender a la Embajada de Venezuela.

III

La Cámara del Senado saluda a la Embajada de Venezuela a su arribo a Lima.—Contestación del Embajador.—Un acto de solidaridad peruano-venezolana.

Por iniciativa del Senador por La Libertad, General Antonio Castro, el Se nado peruano saludó a la Embajada venezolana a su arribo a Lima. Los s guientes documentos, publicados por la prensa limeña, expresan la significació de ese acto de solidaridad peruano-venezolana:

Ministerio de Relaciones Exteriores.

Lima, 29 de diciembre de 1924.

Señores Secretarios de la Cámara de Senadores.

Tengo el agrado de remitir a ustedes copia de la comunicación que me h dirigido el Excelentísimo Señor Embajador de Venezuela, dando respuesta mi nota en que le trasmití el saludo del Senador por el departamento de La Li bertad, General Don Antonio Castro.

Dios guarde a ustedes.

A. Salomón.

Embajada Especial de los Estados Unidos
de Venezuela

Lima, 4 de diciembre de 1924.

He tenido el honor de recibir la atenta nota de Vuestra Excelencia fecha da a 3 de los corrientes, contraída a remitirme una copia de la comunicación qu le han dirigido los señores Secretarios del Senado trascribiéndole el pedido qu ante ese Alto Cuerpo formuló el Senador por el departamento de La Libertad General Antonio Castro, para que se trasmitiese un saludo a la Embajada d Venezuela, con ocasión de su arribo a esta capital.

De inapreciable valor conceptúo ese saludo, en esta señalada oportunidad de la presencia de la representación de Venezuela, venida a compartir con pueblo peruano el regocijo de celebrar el Centenario de su emancipación, ue en definitiva es la emancipación de la América española.

Jamás Venezuela ha dejado de pensar, movida de los más altos sentiientos, en la mancomunidad de intereses creada en este Continente por el esuerzo unánime de sus hijos en la constitución de sus distintas nacionalidades, bres e independientes. De aquí, pues, que las palabras que me trasmitís reboan nuestros corazones de la más justa satisfacción, porque se hace evidente ómo son de nobles los ecos que en esta gloriosa tierra despierta la confraterdad venezolana para con ella.

Intima complacencia experimentaré al llevar a conocimiento de mi Goierno la hidalguía que Vuestra Excelencia se ha servido comunicarme, y al peritirme la súplica de que tenga a bien testificar tanto al honorable señor Senaor General Don Antonio Castro, como al Alto Cuerpo del Senado, mi profuno reconocimiento en nombre de Venezuela, le doy las más cumplidas gracias or su cortés saludo, y válgome de la oportunidad para reiterarle las seguridaes de mi más alta y distinguida consideración.

PEDRO M. ARCAYA.

l Excelentísimo Señor Ministro de Relaciones Exteriores.—Presente.

Recepción del Embajador, Doctor Arcaya, en la Legación de Venezuela

IV

Ceremonia en la Municipalidad de Lima—Mensajes de las Repúblicas Bolivarianas—El saludo de Caracas.

Antes de dar comienzo a las fiestas centenarias, la ilustre Municipalida de Lima, presidida por el fervoroso patriota Doctor Rada y Gamio, quiso recib de manera solemne el saludo que por mediación de los periodistas señores Ca los Aramburú y Salinas, Luis Alberto Sánchez y Alejandro Belaúnde, retorn ran a la capital peruana las ciudades de Caracas, Bogotá, Panamá, Quito y L Paz. Fué un acto brillante, honrado con la presencia del Ministro de Relaci nes Exteriores del Perú, Doctor Alberto Salomón, y los representantes dipl máticos de Venezuela, Colombia y Bolivia. En la concurrencia hallábase u selecta representación del mundo político, social, literario y científico de la he mosa ciudad de los Virreyes. Al hacer entrega de los referidos mensajes y d cuenta de la misión que les fuera encomendada, el señor Aramburú y Salin pronunció un bello discurso en elogio del noble espíritu de confraternidad q anima a las Repúblicas creadas por el genio político de Bolívar. El orador tu para nuestra Patria y la situación de progreso que palpara entre nosotros, co ceptos justicieros, recibidos con aplausos por el auditorio. "A una sencilla pe significativa ceremonia, dijo *El Tiempo,* en su edición del 28 de noviembre, d lugar ayer la entrega de los pergaminos que, conteniendo el Mensaje de las M nicipalidades principales de las Repúblicas bolivarianas, nos envían esas naci nes amigas con motivo del centenario, por intermedio de los periodistas que ha poco hicieron una jira con el objeto de obtener el material necesario para edición de una obra de alta significación americanista.

A las siete de la noche se inició la actuación presidida por el Alcalde la ciudad, doctor Rada y Gamio, quien invitó a tomar asiento en el estrado la alcaldía al Ministro de Relaciones Exteriores, Doctor Salomón; Ministros Colombia y Venezuela, señores Fabio Lozano y Doctor Rafael Villanueva Mat y al señor Carlos Aramburú y Salinas. El Secretario del Concejo, señor En que Castro, también ocupó un asiento en el estrado.

El señor Aramburú hizo entrega de los mensajes, pronunciando acto guido un extenso y hermoso discurso, que fué repetidamente cortado por los plausos.

En seguida el Secretario dió lectura a los mensajes de las Repúblicas her-anas.

La concurrencia, numerosa y selecta que acudió a este acto, hizo entusias-s manifestaciones de cariño, tanto durante la lectura de los documentos, como terminarse los himnos que la banda del Regimiento Guardia Republicana to-ra después de cada mensaje.

Terminó la actuación con el siguiente discurso del Alcalde, que fué tam-én muy aplaudido:

Señor Ministro de Relaciones Exteriores:

xcelentísimos Señores Ministros Plenipotenciaros de Colombia, Ecuador y Venezuela:

eñor Encargado de Negocios de Bolivia:

eñor Cónsul de Panamá:

eñor Carlos Aramburú y Salinas:

eñores:

Feliz estuvo el Concejo Provincial de Lima al encomendar a los señores arlos Aramburú y Salinas, Luis Alberto Sánchez y Alejandro Belaúnde, talen-osos literatos y periodistas nacionales, embajada de honor para llevar a las ilus-res Municipalidades de Caracas, Bogotá, Panamá, Quito, Guayaquil y La Paz, nensajes de saludo y de confraternidad a nombre de la noble y patriótica co-una limeña.

Los dignos comisionados han cumplido gentilmente el encargo; después de ecorrer y visitar las cultas naciones bolivarianas, entregan hoy, por manos del eñor Aramburú y Salinas, al Municipio Capitolino, los mensajes de respuesta ue nos envían los Ayuntamientos nombrados, correspondiendo a los sentimien-os de fraternidad que les brindáramos, como prenda de amor y de paz entre los randes pueblos libertados por la tajante espada de Bolívar y unidos por el vi-lente Libertador en un solo haz de luz y de gloria.

Al alborear la fecha centenaria incomparable de la victoria de Ayacucho, que selló la independencia de América, recibo emocionado esos mensajes, que parecen humedecidos con el rocío del Condorcunca y remitidos por el mismo Simón Bolívar, cual misivas que anunciaran su presencia, dentro de breves momentos, en este recinto: recinto en el que antes se presentara, primero con os sueños inmortales de Pativilca, y luego cargado con los inmarcesibles laure-es de Junín y Ayacucho, y coronado con el himno de la Libertad y de la Gloria.

Saludo, a nombre del pueblo de Lima, a la gloriosa Venezuela, cuna envi-liable del Libertador; a Colombia, siempre la grande, orgullosa de Córdova y de Girardot; al Ecuador, engreído con Abdón Calderón y con Olmedo; a Bolivia,

la estupenda altiplanicie, donde Murillo encendiera la inextinguible antorcha d la libertad, y Santa Cruz planeara la Confederación del Alto y Bajo Perú; a Pa namá, que Bolívar soñara como el centro anfictiónico del mundo; y a los egre gios diplomáticos que entre nosotros representan esas Repúblicas, llamadas tan altos destinos.

Agradezco su presencia a nuestro Canciller, quien con notorias aptitude interpreta la política internacional del Perú, modelada en los más nobles y gran des ideales de derecho y de justicia, y sabiamente inspirada por el genio polític de nuestro gran gobernante.

Señor Aramburú y Salinas:

En el bello discurso que acabáis de leer, habéis abierto de par en pa vuestro espíritu, para que se vea su compenetración con la grandeza de las le gendarias tierras americanas que habéis visitado; es la síntesis de vuestra odi sea, de paladín de confraternidad, de trovador de ideal. A vos y a vuestros com pañeros agradece el Concejo de Lima vuestra lealtad y patriotismo, en la me ritísima labor que habéis realizado".

Los ilustres asistentes a esta ceremonia fueron agasajados con una cop de champagne en el mismo salón de sesiones del Concejo".

El Mensaje de la Municipalidad de Caracas decía así:

"Caracas, cuna del Libertador, retorna fraternalmente agradecida a la no ble ciudad de Lima, compañera en la magna epopeya de la emancipación y ho hermana en los mismos ideales de gloria, el cordial saludo que le ha enviad con los heraldos de su esclarecida prensa.—1923.—V. M. Rada".

V

Recibimiento de la Embajada.—El Presidente Leguía expresa en su discurso su admiración por Venezuela y la gloria de Bolívar y sus profundos sentimientos americanistas.

A las cuatro de la tarde del 28 de noviembre fué recibida por el Presiden-e Leguía la Embajada de Venezuela. Esta ceremonia protocolar tuvo espléndido ealce. La Embajada recibió al paso, caluroso testimonio de las simpatías del ueblo limeño, y el nombre de Venezuela fué saludado entre espléndidas ova-iones. El discurso del Presidente Leguía es una pieza magistral. En él puso de elieve el ilustre mandatario peruano sus sentimientos de admiración por la loria de Bolívar y los esfuerzos de Venezuela en la guerra emancipadora del Continente, y su fe en las finalidades de la Revolución americana.

La Prensa reseñó el acto de la recepción en los términos siguientes:

"Faltando pocos minutos para las 4 de la tarde, se dirigieron al local de la Legación de Venezuela, calle de Baquijano, el Introductor de Embajadores, Doctor Javier Correa y Elías y miembros del Protocolo, con el objeto de conducir a Palacio al Embajador de Venezuela y demás miembros de la Misión, en varios carruajes de gala.

Un escuadrón del Regimiento Escolta del Presidente, al mando del Mayor Juan Fernández, se constituyó también en el local de la Embajada, para escoltar a la comitiva.

A PALACIO.—En seguida, ocupando los primeros carruajes, los Secretarios y adjuntos de la Embajada y el último el Excelentísimo Señor Doctor Pedro M. Arcaya, en compañía del Introductor de Embajadores, Doctor Correa y Elías, se dirigió la comitiva a Palacio, seguida del Escuadrón Escolta.

EN PALACIO.—Al llegar a Palacio, formó la guardia, montada por un Escuadrón del Regimiento Escolta, al mando del Capitán Manuel J. Fernández, abriendo calle desde la puerta de honor hasta la entrada al salón de recepciones.

HIMNO DE VENEZUELA.—Cuando el Embajador llegó a Palacio, la banda de músicos del Regimiento Guardia Republicana ejecutó el Himno de Venezuela, mientras el distinguido diplomático pasó por delante de la guardia que le presentó las armas.

Acompañó al Excelentísimo Doctor Arcaya, de la puerta de honor al salón de recepciones, el jefe de la Casa Militar del Presidente, Coronel Carlos J. Bazo.

A la puerta del salón fué recibido por el Oficial Mayor de la Cancillería Doctor César Elguera, quien le condujo, junto con su ilustre comitiva, ante el Presidente de la República, quien se hallaba acompañado del Ministro de Relaciones Exteriores, Doctor Alberto Salomón y miembros de su Casa Militar.

Presentación de credenciales.—Acto continuo, el Excelentísimo Señor Doctor Arcaya entregó al Jefe del Estado las credenciales que lo acreditan como Embajador Extraordinario a las fiestas del Centenario de la Batalla de Ayacucho leyendo el siguiente discurso:

Excelentísimo Señor Presidente:

Vengo a entregaros la carta que me acredita como Embajador Especial en representación del Señor General Juan Vicente Gómez, Presidente Constitucional de los Estados Unidos de Venezuela, durante las festividades del Centenario de Ayacucho, ante el Gobierno que tan dignamente presidís.

El Señor General Juan Vicente Gómez es un fervoroso admirador de Bolívar y de los guerreros y estadistas que le acompañaron en la portentosa empresa que realizó, y considera como un favor insigne del destino que le haya tocado encontrarse investido de su alto cargo en el centenario de la fecha en que Venezuela declaró su independencia y, ahora, cuando la América española se está aprestando a conmemorar la batalla en que para toda ella quedó consumada la emancipación política. El Centenario de Ayacucho será celebrado en mi país con tanto entusiasmo como aquí, y el señor General Gómez quiso, además, que como representante suyo y junto con los distinguidos ciudadanos que me acompañan constituyendo el personal de la Embajada que tengo el honor de encabezar, concurriese a compartir con vosotros las satisfacciones de estos magnos días, con el encargo especial de aseguraros, como en su nombre os lo testifico, que él y con él todo el pueblo de Venezuela también estarán con vosotros en espíritu.

Bolívar y Sucre, hijos de Venezuela pero glorias asimismo de la América y de la Humanidad entera, llegaron aquí al zenit de su memorable carrera y en las cumbres de los Andes peruanos se destacaron para la eternidad en toda su grandeza. Su memoria sagrada es y será vínculo perpetuo entre las naciones que ellos libertaron. La cordialísima amistad del Perú y Venezuela es verdaderamente fraternidad que para siempre será mantenida por el imborrable recuerdo del tiempo en que vuestros antepasados y los nuestros combatieron juntos en Junín y Ayacucho.

Os felicito, Excelentísimo Señor, y felicito en vos al pueblo peruano, por el extraordinario progreso que ha realizado bajo la administración que con tan feliz acierto dirigís. Bien se observa, Excelentísimo Señor, cómo habéis comprendido que mantener el orden, desarrollar la instrucción pública, proteger las industrias, dar garantías al trabajo y la propiedad, hacer, en suma, labor de buen gobierno, es el mejor homenaje que los hispanoamericanos podemos tributar a los manes de nuestros libertadores, porque esto es perfeccionar su obra engrandeciendo para el presente y el porvenir, el hogar que nos legaron libre.

RECIBIMIENTO OFICIAL DE LA EMBAJADA

El Presidente Leguía, el Embajador, Doctor Arcaya, el Ministro de Relaciones Exteriores, Doctor Salomón, y el Personal de la Embajada de Venezuela

La altísima distinción que me hizo el Señor General Gómez al conferirme ste cargo, es preciado honor y placer gratísimo, que recordaré con fruición en oda mi vida, porque me colma de júbilo verme en el Perú en esta oportunidad n que parece que reviviese todo el pasado heroico y resonasen los ecos del verbo ılgurante de Bolívar y la palabra elocuente de Sucre, cuando en las recias atallas arengaban a los defensores de América, encerrando en frases encendi- as los anhelos de libertad para todos los ciudadanos y de confraternidad in- ernacional que siempre han movido el alma de nuestros pueblos.

Así comprenderéis, Excelentísimo Señor, la profunda sinceridad conque n nombre del Señor General Juan Vicente Gómez, según sus especiales instruc- iones, y en el mío propio, os expreso los más fervientes votos por la prosperi- ad del noble pueblo peruano, por la ventura personal de Vuestra Excelencia y or el éxito brillante de las festividades que se aproximan, ya asegurado por las elices disposiciones que para su preparación habéis dictado.

Discurso del Presidente de la República.—Contestó el señor Leguía con l siguiente discurso:

Excelentísimo Señor:

Es muy grato para mí recibir de vuestras manos la carta autógrafa que o acredita como Embajador Especial de los Estados Unidos de Venezuela ante m Gobierno, en los días históricos en que el Perú celebra el primer Centenario d la gran batalla que hizo para siempre libre a la América.

En Ayacucho culmina el drama de la independencia, que está hecho d triunfos y derrotas, de alegrías y dolores, de lágrimas y sangre, de martirio y he roísmo, como todos los grandes sucesos humanos que han cambiado los destino del Universo.

Y nada en la historia de las naciones de América se parece al esfuerz de Venezuela en pro de la Emancipación propia y de la Emancipación de todo e Continente.

Vuestra revolución representa el triunfo de la fe, entre crepúsculos y au roras, sobre la obstinación de los hombres y las catástrofes de la naturaleza

Y tan generosa como había sido heroica, Venezuela quiso llevar a la Amé rica los beneficios de la Libertad que había conquistado para ella el valor d sus hijos. Bolívar fué el hombre predestinado para realizar esta hazaña, qu cumplió haciendo libre en 1819 a Colombia, en 1824 al Perú y en 1826 a Bolivia Por eso Bolívar es el Padre de los Libertad Americana y mientras haya gratitu en el corazón de los hombres, la América no dejará de venerar su recuerdo co mo la gloria más pura de nuestra estirpe.

El había comenzado su apostolado de Libertad en 1805 en el Monte Sacr En 1826, al avecinarse el ocaso de su acción guerrera, después de Ayacucho este hombre sobrenatural ascendió a las cumbres heladas del Potosí para decir nuestro Dios que había cumplido su promesa de hacer libre la América.

Envidiable destino el de Venezuela, Excelentísimo Señor. Ella fué la men sajera de una libertad al parecer ideal en las horas más graves del cautiveri y fué ella la cuna de los más extraordinarios capitanes de la Independencia. Nacie ron en su suelo Miranda el precursor; Rodríguez el Maestro; Sucre el guerrer sin tacha; Bolívar el genio de la guerra y de la política.

Nosotros tenemos orgullo de mantener cordialísimas relaciones de amis tad con vuestra Patria y si antiguamente se unieron nuestros padres en los mis mos campos de batalla para seguir la estrella del Libertador, ahora debemos vi vir perpetuamente unidos en la paz para cumplir su gran consejo de unión qu ya moribundo legó a la posteridad al atardecer de aquel día en que se consumó e eclipse definitivo de su vida.

Por todas estas razones, hoy más gratas que nunca para nosotros, soi los huéspedes predilectos del Perú. Nada de lo que hay aquí es ajeno para vos otros. Esta tierra es y debe ser siempre para los venezolanos lo que Venezuel fué y será para nosotros: el suelo mismo de la Patria.

Agradezco los votos que el Excelentísimo Señor General Don Juan Vi cente Gómez formula por la felicidad del Perú y por mi ventura personal y lo

Sentados: en el centro el Embajador Doctor Arcaya. A su derecha: Doctor Villanueva Mata, Ministro Plenipotenciario de Venezuela en el Perú; General López Contreras, Jefe de la Misión Militar, y Doctor Ochoa. A su izquierda: Monseñor Granadillo, Doctor Churión, Doctor Calcaño, Doctor Lecuna y señor Eraso. De pies (de izquierda a derecha): señor Herrera Mendoza; Teniente Coronel Romero, militar peruano adscrito a la Embajada; Teniente Ríos; Doctor Camacho; señor Vetancourt; Coronel López-Méndez; Teniente Morales; señor Amitesarove; Teniente Coronel López Centeno; señor Urdaneta Braschi; Capitán Meyer; Teniente Bruzual Bermúdez y Teniente Peralta. (No aparecen en esta fotografía: el Doctor Key Ayala; el Doctor Carrillo Márquez y el señor Claudio Urrutia).

retribuyo, con creces, deseando creciente prosperidad para la tierra histórica de Venezuela y todo género de felicidades para su ilustre mandatario.

Excelentísimo Señor:

Quedáis reconocido en vuestra alta investidura diplomática.

Otros detalles.—Después de la entrega de las credenciales y las presentaciones de estilo, el Presidente de la República departió breves momentos con el Embajador y demás miembros de la misión, retirándose en seguida.

Al abandonar el Palacio el Excelentísimo Señor Embajador, la guardia le rindió los honores correspondientes a su alta investidura, tocando la banda de músicos la Marcha de Banderas.

Regresó la comitiva al local de la Legación de Venezuela, desfilando en primer lugar el carruaje ocupado por el Embajador, seguido de los demás en el orden inverso al de la llegada, escoltada por el Escuadrón Escolta del Presidente, que vestía de parada.

Después de la recepción, el Ministro de Relaciones Exteriores, Doctor Salomón, acompañado del Oficial Mayor de la Cancillería, Doctor César Elguera, y del Introductor de Embajadores, Doctor Correa y Elías, visitó al Excelentísimo Señor Arcaya, en el local de la Legación de su país, visita que correspondió inmediatamente el Embajador, acompañado de los miembros de la misión que preside".

El Embajador Doctor Arcaya, a la salida de Palacio

VI

Bendición de un altar en la Escuela Militar de Chorrillos.—Ofició Monseñor Granadillo, miembro distinguido de la Embajada Venezolana

Monseñor Granadillo, Obispo de Valencia, que representaba, como miembro de la Embajada, al Clero de Venezuela, bendijo en la mañana del 30 de noviembre, en la Escuela Militar de Chorrillos, el artístico altar obsequiado por el Presidente Leguía a aquel notable instituto. Fué una bella fiesta del patriotismo y la piedad, en la que se honró de manera especial a Venezuela en la persona de uno de sus más dignos prelados, y en la que, con la gentileza inherente al militar peruano fueron obsequiadas con flores las señoras Leguía de Ayulo, hija del Presidente del Perú y María Teresa de Arcaya, esposa del Embajador venezolano. *El Comercio* describió detalladamente aquel acto. "En la mañana de ayer, escribió el cronista, se realizó en la Escuela Militar de Chorrillos la solemne bendición de un artístico y hermoso altar, obsequiado por el señor Augusto B. Leguía a la capilla del plantel. El altar presenta las imágenes de Santa Rosa de Lima, Juana de Arco y Nuestra Señora de las Mercedes, que se destaca en el centro, y ha sido confeccionado en España. Es de un perfecto estilo, delicado y severo al mismo tiempo.

Desde antes de las 9 a. m. comenzaron a llegar al plantel diversas personalidades políticas y sociales: El Excmo. Señor Doctor Arcaya, Presidente de la Embajada Venezolana, y su señora esposa; Monseñor Doctor F. A. Granadillo, Obispo de Valencia, de Venezuela; el General Sánchez, Jefe de la Misión de Guardia Civil Española; el General F. Pellegrín, Inspector General del Ejército; el General Pablo Clément, Jefe del Estado Mayor General; el General Carlos Abrill, Presidente del Consejo de Oficiales Generales; los agregados militares de la Embajada venezolana; el Comandante Arroyo, agregado militar de la Legación argentina; el Coronel César Landázuri, Senador por Arequipa; el Coronel Pedro P. Martínez, director general de la policía; el Coronel César Zorrilla, Prefecto de Lima; el Coronel César A. de la Fuente, Intendente general de guerra. A muchas de estas personalidades acompañaban sus esposas y familias, siendo recibidas por diversas comisiones de oficiales.

Poco más o menos a las 9 a. m. llegó el señor Augusto B. Leguía, Presidente de la República, acompañado por el Consejo de Ministros y su Casa Militar. Después de habérsele rendido los honores de ordenanza y haber sido reci-

bido por el director, Coronel Pablo Goubaux, y el subdirector, señor Coronel Aurelio García Godos, pasó revista a las tropas de la escuela, que se encontraban formadas en el centro del patio de honor. Acto continuo, el señor Presidente tomó asiento frente al altar que se iba a inaugurar, y Monseñor Granadillo ofició la misa; antes del evangelio, este distinguido prelado de la Iglesia venezolana pronunció una breve y patriótica oración.

Como estaba anunciado, apadrinaron este acto de inauguración del altar, el señor Augusto B. Leguía y la señora Carmen Rosa Leguía de Ayulo. Terminada la misa, se distribuyeron artísticas tarjetas conmemorativas de esta inauguración y de las misiones que están dando entre el personal de la escuela los virtuosos y nobles padres franciscanos, Francisco Arámburu y Teodoro Bermejo, quienes han puesto para el mejor éxito de su función, el más vivo y fervoroso empeño, contando, desde luego, en todo instante, con la cooperación decidida de todos los jefes y oficiales.

El señor Leguía y la selecta concurrencia fueron atendidos, antes de retirarse, en un bien servido bar, habiendo sido obsequiadas la señora Leguía de Ayulo y la esposa del Embajador, Excmo. Señor Arcaya, con dos hermosos ramos de flores.

El señor Leguía, después de beber una copa de champaña volvió al patio de honor, y dirigiéndose a las tropas, las exhortó a que tomaran especial nota del alto significado patriótico que tenían las tres imágenes que exornaban el altar que acababa de inaugurarse.

Una vez retirado el Presidente de la República, permaneció todavía en el plantel Monseñor Granadillo, con el fin de administrar el sacramento de la confirmación a los siguientes alumnos:

Carlos Mellet M., de la Escuela de Oficiales; Adrián Martínez, de la Escuela de Clases; el niño Alejandro Cavero, apadrinado por el Coronel Aurelio García Godos; Jorge Maldonado, Tomás Rivera y Sebastián Cruz, apadrinados por el Comandante Frías; Alfredo Rodríguez, Oswaldo Núñez, Maximiliano Torres, Francisco Escarneo, Nicanor Trujillo, Humberto Flórez, Francisco Bustamante, Juan Bermúdez, Marcelino Palomares, Ismael Muente, Pedro Maldonado, Julio Lescano, Alfredo Rodríguez y Julio Lama, a quienes apadrinaron diversos jefes y oficiales.

Antes de retirarse Monseñor Granadillo, fué invitado a tomar desayuno por el Coronel Aurelio García Godos, cambiándose entre ambos, al tomar una copa de champaña, expresivos brindis. También hizo uso de la palabra el R. P. Descalzo Arámburu, director de las misiones, quien hizo el elogio del Coronel Aurelio García Godos, expresando su agradecimiento por las atenciones de que había sido objeto e invocando a la Providencia para que le conservara siempre el mismo espíritu ponderable y generoso de buen soldado.

Antes de retirarse Monseñor Granadillo, quiso oír de la banda de la escuela algunos aires nacionales, siendo complacido en el acto. Al salir este digno prelado de la Iglesia de un país tan amigo nuestro como Venezuela, fué objeto de una expresiva manifestación de simpatía por parte de los alumnos, quienes en correcta postura militar le abrieron calle, dejando la banda de músicos oír los acordes del Himno Nacional venezolano".

VII

esfile cívico en homenaje a los Libertadores.—Ofrendas florales.—Discursos ante las estatuas de Bolívar y San Martín

El Concejo Provincial de Lima, movido de un alto y noble sentimiento pa-iótico, organizó un grandioso desfile cívico en homenaje a los Libertadores, ue tuvo cumplida realización en la mañana del 7 de diciembre. *El Comercio* ió a sus lectores puntual noticia de este acto, al que se adhirieron casi todos os Concejos Municipales del Perú.

"Desde las 9 de la mañana comenzaron a reunirse en los sitios designados e antemano, los colegios, sociedades, representantes de las colonias extranje-as, bomberos y las demás agrupaciones invitadas a la romería, así como tam-ién una multitud de ciudadanos que acudían a participar de la ceremonia pa-riótica que se iba a realizar. A medida que los grupos llegaban, iban toman-lo el emplazamiento que se les señalaba, comenzando desde la Plazuela de la enitenciaría. A las 10 a. m. el conjunto que debía iniciar el desfile formaba un rueso cordón que se extendía desde la parte indicada hasta la segunda cuadra el Paseo Colón, ocupando ambas veredas. Fué entonces necesario cortar el trá-ico de automóviles para facilitar la organización de la romería. El señor Bus-amante, jefe de la sección de rodaje de la municipalidad, dictó las medidas del aso y una vez formadas las instituciones que constituían el cortejo, a las 10 y 10 a. m. se dió orden de iniciar el desfile.

El aspecto que presentaba en esos momentos todo el conjunto era impo-nente. En todas las cuadras que ocupaba el grueso cordón de asistentes, el aje-treo era inusitado. El Paseo Colón igualmente se encontraba repleto de asis-tentes, destacándose sobre esa multitud los estandartes, pabellones, gallardetes y banderas de todos los países, que se hacían representar por medio de los elemen-tos que forman las distintas colonias extranjeras. Era un conjunto multicolor que daba un golpe de vista singular. Puestos todos en orden de marcha, se inició ésta encabezada por la banda de músicos de la "Brigada de Exploradores Perua-nos", a la que seguía inmediatamente el Colegio de San Vicente, correctamente uniformado. Un hermoso pabellón peruano que medía más de treinta metros, llevado por numerosos jóvenes, extendido de una vereda a otra, que recibía flo-res de todas partes, formaba, diremos, la cabeza del desfile. A continuación des-filaron las brigadas de "boy scouts" y "girls scouts", las escuelas fiscales de va-rones, llevando banderas de todas las Repúblicas americanas, varios colegios de

niñas, grupos representativos de las sociedades obreras, clubs deportivos, instituciones particulares, todas con sus estandartes, la banda de músicos del Regimiento de Infantería Nº 13, las colonias extranjeras, entre las cuales llevaban sus respectivas banderas las de Suiza, Argentina, China, Japón, Bolivia y Ecuador; luego las Delegaciones de los Concejos Municipales de la República; el Concejo Municipal de Lima, en su totalidad, llevando también un pabellón peruano de seda, oficiales de las Embajadas que han venido a las fiestas centenarias, el cuerpo de policía municipal, llevando el pendón de la ciudad; los miembros de los Concejos distritales, representantes del Ejército y la Marina, el cuerpo general de bomberos, cuyos miembros eran portadores de tres hermosas coronas de laureles, que estaban entrelazadas con cintas de las Repúblicas bolivarianas; a continuación el Colegio Nacional de Nuestra Señora de Guadalupe, con su banda de músicos a la cabeza, al que seguían los demás colegios particulares de Lima y finalmente, cerrando el desfile, una compacta masa de pueblo.

El cortejo siguió el itinerario trazado, entrando por el jirón de la Unión para detenerse delante de la placa Zela. En ese lugar el Alcalde de Lima ofrendó una corona de laureles en la placa colocada al prócer Francisco Antonio de Zela, y el señor Alberto Patrón del Busto pronunció un extenso discurso en nombre del Concejo Municipal; una vez concluido este discurso, las bandas dejaron escuchar el Himno Nacional. Acto seguido la comitiva se dirigió al pie del monumento del General San Martín y depositó otra corona de grandes dimensiones. El señor Andrés F. Dasso pronunció un discurso patriótico y las bandas tocaron los himnos argentino y peruano, que fueron estruendosamente aplaudidos.

Terminado este homenaje, la comitiva siguió por el jirón de la Unión hasta la Plaza de Armas, pasó delante del Palacio de Gobierno y siguiendo por las calles de Arzobispo, San José y Zárate, ingresó a la Plaza de la Inquisición. Las diversas unidades que habían concurrido, las delegaciones y grupos representativos se emplazaron a derecha e izquierda del monumento al Libertador Simón Bolívar, procediéndose a colocar otra corona de laureles, como las anteriores que depositaba el Concejo Municipal. Al pie de ese monumento el señor Carlos Guzmán y Vera pronunció también un discurso alusivo a la ceremonia que se verificaba. Concluido el acto, todas las unidades tomaron distintas direcciones, disolviéndose así la romería".

El discurso del concejal señor del Busto ante la placa conmemorativa del heroísmo de Zela fué una síntesis expresiva de los movimientos por la libertad habidos en América desde el grito reivindicador de los derechos de su raza lanzado por el inca Condorcanqui, y en el que se hizo el elogio de nuestro compatriota Francisco de Miranda. El concejal señor Dasso pronunció el panegírico de San Martín, que terminó entre grandes aplausos, con esta oportuna evocación:

"Al conmemorar esta fecha de Ayacucho, imaginemos, señores, a los dos capitanes máximos de la América española, presentes en esta glorificación e invívitos en la perdurabilidad de sus manes venerandos. El héroe armonioso del Sur, erguido sobre los Andes argentinos, prefigura los campos triunfales de Chacabuco; y el héroe delirante del Norte, en las aristas de las montañas granadinas, vislumbra la aurora inmortal de Boyacá. Veámoslos sobre los puros vér-

tices, cerca de las regiones inefables del empíreo, libres de las impurezas de la tierra, confundidos en la gloria común de la libertad".

Ante la estatua del Libertador, la oración del concejal señor Guzmán y Vera fué una vibrante apoteosis del Héroe venezolano. Trazó, con rasgos inflamados y patrióticos, la vida del Libertador, en ascensión creciente hasta las cimas de Ayacucho.

"Esa figura que hierática nos contempla, dijo, es la mejor lección objetiva que puede darse a los pueblos; posee el arte excelentísimo de elevar el alma humana al grado extremo de su vigor y de su fe. Como si la invadiera una fuerza incalculable y misteriosa, habla en ella el genio mismo de todas las sabidurías humanas y de todas las heroicas estirpes. Se yergue ante las generaciones como un símbolo y como una promesa; como custodia de innumerables destinos ya cumplidos y como augur de la más pura idealidad democrática y de la definitiva e inalterable armonía continental. Su simple evocación ilumina el espíritu con un haz de destellos de victoria, de recuerdos, de proezas y enunciación de los más puros principios de justicia y de derecho. Es que la gloria del Libertador cautiva los corazones, encadena las voluntades y crea los leales en el pensamiento y en la acción. Atrae como el imán. Por eso a ella fueron, bizarros y generosos, los hombres, que se dirían de leyenda, que marcharon al combate bajo los pliegues de su bandera triunfadora; por eso a ella van los que, ahora, sintiendo el repercutir de los clarines de la libertad, siguen las huellas luminosas de los héroes, con la mirada puesta en la estrella brillante que rumba al porvenir, señalando a las jóvenes generaciones el camino que lleva a ser dignos de aquellos hombres-laureles que nos dieron patria.

Esta grandeza de Bolívar, como lo dijo en frase digna de ser esculpida en oro y en los frontispicios de los templos, a la gloria de las Américas, el humilde cura que saludó la llegada del Libertador a las tierras del Cuzco, con aquel soberbio arranque: "Vuestra gloria crecerá con los siglos como crece la sombra cuando el Sol declina", a los cien años de Ayacucho ha crecido tanto, que no cabe ya en América y cubre el mundo todo".

Enalteció la multiplicidad de sus recursos espirituales y acerado temple de su acción en los días inciertos que precedieron a la campaña de Junín; trazó a grandes rasgos felices el desarrollo de esa campaña y cerró con un canto a la jornada final, al pie del Condorcunca. El concejal señor Guzmán, entre una salva atronadora de aplausos, cerró su discurso con las siguientes palabras de exaltación y de justicia:

"Ante ella, señores, el Perú entero se postra reverente, porque Bolívar fué el hombre máximo, el héroe entre los héroes, que llegó hasta nuestras playas, que pasó nuestros Andes, que nos emancipó, nos organizó y supo de nuestras amarguras y de nuestras idealidades; y así nos toca reverenciar a todos los valientes hombres de guerra que batieron los pendones de la libertad en los históricos campos de Junín y Ayacucho, en esas dos jornadas que forman el florón más preciado de Bolívar, el Unico, y de Sucre, el Inmaculado; y así nos toca reverenciar a todos los hombres de buena voluntad que contribuyeron a esa peregrinación, que habría parecido fantástica, para conquistar la libertad de un mundo, que hoy vuelve los ojos llenos de alegría hacia ese pretérito inundado de luz de gloria".

VIII

Inauguración del monumento a Sucre.—Imponente ceremonia.—Las ofrendas. Glorificación del héroe cumanés.—Discursos de los Embajadores de Venezuela, Bolivia, Argentina y Ecuador.—Elogio del Presidente Leguía. Desfile militar.—Formación de las escuelas.

El Programa Oficial del Centenario comenzó a cumplirse, en la mañana del 9, con el solemne *Te-Deum* cantado en la Catedral de Lima, y en el que oficiaron el Arzobispo y otras altas dignidades de la Iglesia peruana. El Obispo del Cuzco, Monseñor Pascual Farfán, ocupó la cátedra sagrada y de manera magistral describió la batalla de Ayacucho y explicó su significado político y moral, loando a los héroes que concurrieron a la jornada. Concluido el *Te-Deum*, el Presidente de la República, acompañado del Presidente de Bolivia, de los Embajadores y demás personajes así civiles como religiosos, militares y consulares, salió de la basílica, dirigiéndose a Palacio por la puerta de honor.

Una vez que ambos Presidentes traspusieron la puerta de honor, despidieron a sus acompañantes. Eran las dos de la tarde. La tropa hizo una gran parada militar.

La embajada venezolana oyó al paso los víctores entusiastas de la multitud entre los que se confundían, con eco profundo, los nombres de Venezuela, de Bolívar y de Sucre.

En la tarde se efectuó la inauguración del monumento a Sucre, obra del escultor peruano David Lozano, admirablemente emplazada. Fué éste, sin duda, el número cumbre de las soberbias fiestas con que la gratitud peruana honró de manera excepcional al heroísmo, a la constancia y a los nobles y generosos ideales que concurrieron, como factores esenciales, al triunfo de Ayacucho. Fué, en un doble homenaje, la apoteosis de Bolívar y de Sucre, cuyos nombres están unidos inseparablemente en la rememoración de aquellos sucesos que aseguraron en tierra peruana la libertad de América y la estabilidad de los principios democráticos que caracterizan desde sus días iniciales a la Revolución de Independencia. La voz de los Embajadores de la Argentina, Ecuador y Bolivia, se sumó a la del Embajador de Venezuela y a la del Presidente Leguía, para celebrar de concierto la grandeza del héroe adolescente, que selló con su espada el proceso de la emancipación

ntinental, y reunió en un solo haz las banderas de la América, concretando n una realidad deslumbradora el sueño de Bolívar.

Fué la ceremonia inaugural de la estatua, como ya se ha dicho y al sentir nánime de la prensa limeña, la más imponente de cuantas allí se celebraron.

La descripción de *El Comercio* da una idea exacta de lo que fué aquel acontecimiento, que la palabra del Presidente Leguía coronó con un brote de sincera locuencia.

"Conforme lo anunciaba el programa oficial de las fiestas centenarias, dijo decano de la prensa limeña, en la tarde de ayer se efectuó la ceremonia de nauguración del monumento que la gratitud nacional consagra al Gran Mariscal e Ayacucho, Don Antonio José de Sucre, como homenaje del Perú a su intensa y ctiva campaña en la epopeya libertadora y especialmente en el triunfo de Ayacucho.

El Perú debía, hace justamente cien años, este homenaje al héroe de la dmirable acción de armas que consolidó la independencia de nuestra patria y efinió la de la América Hispana. Al lado de Bolívar, el hombre superior, Antonio José de Sucre, en esta fecha magna, es digno de todos los homenajes; de ahí, ue comprendiéndolo el Perú, haya resuelto su gobierno inaugurar en la granliosa fecha de ayer el bronce en que quedará perpetuado el gran soldado venezolano.

Antes de la inauguración.—Desde antes de las cuatro de la tarde, hora fijala para procederse a la inauguración de la estatua ecuestre del Gran Marisal de

MONUMENTO A SUCRE,
Inaugurado solemnemente en Lima, en la tarde del 9 de Diciembre

Ayacucho, Antonio José de Sucre, erigida en la plaza de su nombre, se había congregado gran número de personas, deseosas de asistir a aquella solemne ceremonia. Las gentes procuraban colocarse lo más cómodamente que fuera posible, a fin de admirar de cerca la estatua una vez que se descorriera el velo y de escuchar los discursos. A las tribunas oficiales ingresaban tan sólo las personas que presentaban la tarjeta especial de invitación que oportunamente hiciera circular el Ministro de Fomento, Ingeniero señor Manuel G. Masías. Cordones de policías resguardaban el orden. Ante el monumento que debía descubrirse, formaban guardia de honor los cadetes bolivianos, cuya marcialidad ha llamado tanto la atención en Lima y los alumnos de la sección superior de la Escuela Militar de Chorrillos, uniformados de gran parada. Las personas que presentaban las tarjetas especiales de invitación eran acompañadas a la amplia tribuna por una comisión de recepciones. El elemento oficial, según lo expresaban las invitaciones, vestía traje de etiqueta. Así, una vez que las tribunas estuvieron completamente llenas, presentaban hermoso aspecto, debido a las elegantes toilettes femeninas y a la corrección de los fracs y de las impecables pecheras blancas.

La inauguración.—A las 5 de la tarde, poco más o menos, llegó el Excmo. Señor Doctor Bautista Saavedra, Presidente de la República de Bolivia, nuestro actual huésped, acompañado de los oficiales de su Casa Militar y de los más notables miembros de su comitiva. La llegada del jefe supremo de la nación hermana fué recibida con grandes aplausos y demostraciones de entusiasmo, escuchándose repetidos vivas al Perú y Bolivia. Recibido el Doctor Saavedra por la comisión de atenciones designada por el Ministerio de Fomento, fué instalado en el sitio de honor de la tribuna oficial.

Momentos después llegó el Presidente de la República, señor Augusto B. Leguía, acompañado de los Ministros de Estado y de los miembros de su Casa Militar. Con anterioridad y sucesivamente habían ya llegado los Excelentísimos Señores Embajadores, Ministros Plenipotenciarios, Enviados especiales y personal completo de todas las misiones extranjeras a nuestras grandes fiestas centenarias, siendo recibidos todos con los honores de ordenanza.

Se descubre el monumento.—Una vez que la tribuna oficial estuvo ocupada por todo el elemento oficial, se dió principio a la ceremonia de inauguración, en medio de la más grande expectación de los miles de personas que habían concurrido al acto solemne de descubrir la estatua del Gran Mariscal de Ayacucho.

Discurso del Embajador venezolano.—En este acto, S. E. el Doctor Pedro M. Arcaya, Embajador y Enviado Especial de Venezuela a nuestras fiestas centenarias, dió lectura al siguiente interesante discurso:

Excelentísimo Señor Presidente de la República del Perú.

Excelentísimo Señor Presidente de la República de Bolivia.

Señores:

Allá en la ciudad de Cumaná, en la lejana Venezuela, nació en 1795 Antonio José de Sucre.

El 19 de abril de 1810 Venezuela asume de hecho su independencia y la declara solemnemente el 5 de julio de 1811. La desconoce y combate el Gobiern

Otro aspecto del monumento a Sucre

pañol. Sucre, adolescente, se incorpora a los ejércitos republicanos. Piérdese República cuando Miranda capitula con Monteverde en 1812, pero el año siiente se reenciende la guerra. Por el Occidente invade Bolívar. Por las costas ientales, en Chacachacare, desembarcan 45 patriotas. Uno de ellos era Sucre.

Fué a muerte aquella guerra. Se peleaba para vencer o morir, porque el mbatiente que caía prisionero era ejecutado sin misericordia. Surgieron en nbos bandos, Caudillos de tremendas pasiones y desesperado valor. Habrían frasado los esfuerzos de los patriotas en la más sangrienta anarquía a no haber tado allí Bolívar para coordinarlos y dirigirlos. El imprimió a la contienda la andeza de su genio. Acento terrible tenía su palabra como para ser oída en edio de aquella tempestad. Comprende España que donde está Bolívar está la usa misma de la Independencia americana y manda a Morillo a someterlo con más lucida expedición que hasta entonces había salido para el Nuevo Mundo. ro Bolívar no les da respiro a los expedicionarios y termina por destruirlos en yacá y Carabobo.

Venezuela, poseída de delirante entusiasmo por la independencia y la Reblica, sacrificó sin tasa en aquellos años trágicos las vidas de sus hijos y cuans riquezas había acumulado en la paz de la Colonia. Por todas partes reinaban muerte y la ruina. Sólo se presentaban a la vista escenas tristísimas como uella de la emigración de las familias de Caracas, u horrendas como el asesito de los patriotas en la Casa Fuerte de Barcelona.

Sucre se formó en esa guerra espantosa. Vió cómo quedaba destruido el gar donde había transcurrido apacible su niñez. Dos de sus hermanos son fusidos. A otro lo asesinaron los realistas en un hospital. Una hermana suya pece de angustia ante el temor de ser víctima de los desmanes que cometían las rdas de Boves. Sinembargo, Sucre, que tánto tenía que vengar, recoge la débil z de piedad que salía de los pocos corazones no tocados por las pasiones canntes, y firma el 25 de noviembre de 1820 el célebre tratado de regularización de guerra. Esta fué desde entonces, en cuanto podía serlo, humana y civilizada,

cual correspondía a la comunidad de la raza, del idioma y de la religión entre l dos partidos contendores.

Después la carrera de Sucre, ya General de los ejércitos republican adquiere brillo sólo superado por la de Bolívar. Vence en Pichincha, aseguran la independencia de la actual República del Ecuador. Viene al Perú con el l bertador y éste confía a su pericia militar los destinos de la América, entregánd le el mando del Ejército que había de librar la batalla decisiva de la guerra. Ci años hace hoy que Sucre la dió y la ganó en el campo de Ayacucho. Culmi allí su gloria, porque esa batalla es de las pocas que en la historia han marca rumbos a los siglos.

Mas con ser tan extraordinaria su pericia de guerrero, poseía también Suc otras cualidades que lo destacan como uno de los hombres más grandes que América ha dado al mundo. Su abnegación igualaba a sus merecimientos hacie do nulos éstos para el premio que consistiese en riquezas materiales. Como es dista y administrador, la labor que realizó durante el corto tiempo que ejerció Presidencia de Bolivia bastaría por sí sola para darle fama perdurable.

La virtud, sinembargo, que caracterizaba a Sucre como uno de los ho bres representativos de nuestra raza, era la lealtad. Jamás olvidó que fué Bo var quien le dió el mando de los ejércitos con que obtuvo sus resonantes victori y le prestó todo el concurso de su autoridad omnímoda. El sentimiento de lealtad es en Hispano América herencia recibida de españoles e indígenas. El l dalgo de Castilla prefería la pérdida de la vida a la vergüenza de una traición. l los indios venezolanos refieren los cronistas que enemigos de la traición aun c los animales que cazaban, los alertaban para que corriesen antes de darles muer porque les pesaba la que llamaban traición de matarlos sin que tuvieran siquiera defensa de la fuga. En la guerra de la Independencia bien sabían los Caudill venezolanos todo lo que podían exigir de sus soldados, porque éstos les eran sie pre fieles.

En Sucre, a su lealtad a Bolívar, en quien veía un Jefe, un amigo y un pr tector, se juntaba el concepto razonado y exacto de que era necesario que él sigu ra siendo en la paz el Supremo Conductor de los países que había libertado, a de que les diese una organización seria y perdurable. No hallaban la envidia ni ambición ningún resquicio por donde entrar a su corazón a murmurar contra el l bertador. Los enemigos de éste lo comprendieron así, y llenos de odio, despec y rabia, terminaron por la perpetración del crimen de Berruecos. Mas con es mismo le dieron también a la gloriosa figura del vencedor de Ayacucho la trág grandeza del martirio. Hubiéralo adivinado la envidia y no habrían partido l proyectiles de los fusiles homicidas.

El nombre de Sucre trae a la imaginación, a un mismo tiempo, al marc Caudillo de Pichincha y Ayacucho y la sombra doliente que vaga por la selva cura donde cayó su cuerpo acribillado de traidoras balas. Es la sombra dolie la que más fija se queda en la imaginación, porque mueve la infinita piedad q guarda el corazón humano. Los antiguos habrían convertido a Berruecos en gar de expiación para aplacar con sacrificios y preces los manes del héroe ase nado. Pero Sucre no sufrió jamás durante su noble existencia la pasión de la ve ganza. Sus manes no piden sacrificios que los aplaquen, sino que se calmen y ap

rigüen las pasiones políticas cada vez que en sus agitaciones amenacen desbordarse.

Apropiado testimonio de la gratitud a Sucre de la noble República peruana es este hermoso monumento que habéis erigido, Excelentísimo Señor Presidente. En Venezuela, como en toda la América, se recibirá con júbilo y reconocimiento la noticia de este acto justiciero. El honra, señor, vuestra brillantísima Administración.

El Señor General Juan Vicente Gómez, Presidente Constitucional de Venezuela y admirador como vos de las glorias de nuestros libertadores, desea que estas palmas de bronce queden adheridas a este mismo monumento, como un recuerdo de la Patria de Sucre que las ofrece a la memoria del hijo que tanto renombre le ha dado. Así, pues, representando al Señor General Gómez, hago formal dedicatoria de ellas".

Acallados los aplausos con que fuera recibido el discurso del representante de la patria del gran soldado de Ayacucho, el Embajador de Bolivia, Excmo. Señor Ricardo Jaime Freyre, dijo unas breves palabras recordando la obra del Mariscal Sucre en la campaña de la independencia; habló del desprendimiento, de la acrisolada honradez y de la admirable lealtad del primer Presidente de Bolivia; con frases de gran poeta hizo el elogio de Antonio José de Sucre y concluyó refiriéndose al alto significado que para el Perú, las Repúblicas fundadas por Bolívar y la América entera, tenía la gran efemérides de Ayacucho.

Las palabras del Embajador diplomático e intelectual de Bolivia fueron recibidas con muchísimos aplausos.

Después, el Excmo. Señor Doctor Alfredo Baquerizo Moreno, ex-Presidente, Embajador y Enviado Especial Extraordinario de la República del Ecudaor, dió

INAUGURACION DEL MONUMENTO A SUCRE

El Presidente Leguía y su comitiva

lectura a un discurso, que fué a cada instante interrumpido por los entusiastas aplausos de las personas que se encontraban allí reunidas.

Discurso del Embajador argentino.—Acallados los aplausos con que fueron recibidas las frases del dignísimo representante del Ecuador, tocó el turno al Embajador de la República Argentina, General Justo, quien, también a cada instante interrumpido por los aplausos de la concurrencia, pronunció el siguiente discurso:

"Excelentísimo Señor Presidente de la República.

Señores:

La gratitud del pueblo peruano—y la gratitud es en los pueblos como en los individuos, virtud de los grandes y generosos corazones—ha elevado este monumento al Gran Mariscal de Ayacucho, concretando en el bronce eterno el juicio de la posteridad, hacia una de las más puras glorias de la América. El nació a la vida material lejos de aquí; en esta tierra donde vive en el alma de sus hijos, y también desde hoy en el bronce de las consagraciones definitivas, no tuvo siquiera ni hogar, ni bienes. Plantó en ella, sí, y muchas veces, su tienda de campaña; cabalgó por los fragosos senderos de la tierra, trepó a sus cerros y bajó a sus valles, conduciendo siempre con serena firmeza, tropas propias y tropas extranjeras, y cumplió con su deber de soldado americano, señalando con genial clarividencia, el camino de la victoria, que los ejércitos unidos, a sus órdenes, obtendrían con su esfuerzo y con su sangre.

Tal pareciera ser la única, la mejor oración y la más apropiada ante la estatua de quien puede decirse que tuvo como motes en su escudo de soldado, la abnegación y la modestia. La ambición no movió su pecho; la gloria que coronaría su frente amplia, no turbó su sueño; no la vió siquiera cuando orlara su cabeza de guerrero con el laurel de la victoria; sereno el semblante, reflejo fiel de su alma noble y de su conciencia tan límpida como la mirada honda y penetrante de sus grandes ojos; diríase de él, que cruzó el continente desde el Mar Caribe hasta el deslumbrante Potosí, sin otra preocupación que la libertad de América, sin otro guía que el cumplimiento de su deber y sin otra fe que la fe en los destinos de la causa para la cual vivió y luchó.

Valiente y magnánimo, no supo ni del temor, ni del odio; frente al peligro conservaba esa calma serena y reflexiva que impone más que los arranques temerarios, porque dice de quien la posee, que el ardor de la sangre no turba la lucidez del cerebro; ni la sombra de sus tres hermanos muertos por la libertad, ni el recuerdo de las hermanas sacrificadas por la misma santa causa; ni las ruinas humeantes del hogar paterno, del que, como en el templo de la profecía bíblica, no quedaría piedra sobre piedra, fueron capaces de arrancarle un solo grito o acto de venganza; tan crueles pruebas sólo sirvieron para retemplar su ideal de independencia, su afán de libertad.

Pero, si grato a sus manes y concordante con su carácter pudiera ser el elogio conciso y severo, no debo dejar de mencionar algunas otras de las grandes cualidades que distinguían a este varón noble y prudente; ellas surgirán al exteriorizar el espíritu que ha guiado a la nación argentina, al querer que en el pedestal de su monumento quede el testimonio de su admiración y de su agrade-

INAUGURACION DEL MONUMENTO A SUCRE

El Embajador de Venezuela, Doctor Arcaya, leyendo su discurso

cimiento hacia quien cupo el honor de alzar con su espada los tronos de dos nuevas naciones y de cerrar con ella una éra de la humanidad, abriendo otra más grande y más feliz.

El recuerdo de Sucre vive en el alma de los argentinos, como si fuera uno de los grandes hombres de su propia historia; y se me habrá de disculpar no omita una de las causas que dicta ese sentimiento, porque al hacerlo no me guía otro fin que el de repetir ante el mundo americano cuan estrechamente estuvo y se siente vinculada la Argentina con sus hermanas, las naciones del mismo continente.

Sucre mandó en jefe a tropas argentinas, lo dice ese bronce, en Riobamba, Pichincha y Ayacucho; en ella el brazo argentino concurrió a sus órdenes y en la medida de sus fuerzas al logro del ideal común. Lavalle, el vencedor de Riobamba, abrió ante los ojos de Sucre el camino de Quito, y fué Sucre quien apoyó la temeraria carga de los granaderos a caballo, con sus émulos e iguales los dragones de Colombia; bajo la línea de fuego del Ecuador, el índice de Sucre señaló a las tropas argentinas las laderas escarpadas del Pichincha, y en Ayacucho, 80 hombres, resto glorioso del ejército de los Andes, fueron afortunados actores de la gran batalla, después de la cual sus sobrevivientes habrían de llegar hasta la Plaza de la Victoria, en Buenos Aires, a depositar al pie de la campana histórica de Mayo, su estandarte emancipador, diciendo a los suyos: "Allá, en el centro de Sud América, en el Perú de los Incas y a poca distancia del Templo del Sol, en una pampa estrecha, rodeada de enormes montañas, un joven General nos dijo en una mañana de diciembre: "de los esfuerzos de hoy pende la suerte de la América del Sud", y entremezclados con nuestros hermanos del Perú y de la Gran Colombia, nos condujo a la lid y pronto escuchamos las dianas de la victoria, que anunciaron al mundo la liberación de un continente.

Pero aún hay otros motivos para que la Argentina se adhiera al tributo que se rinde al Gran Mariscal. Sucre en los campos de batalla es el ejecutor de la voluntad de América. San Martín expande a través de los Andes el verbo redentor de Mayo y, por Maipú, llega al Perú; Bolívar traspone los Andes, inspirado por el mismo ideal, y por Boyacá llega a Quito; pero es Sucre quien libra y gana la primera jornada épica de las armas sudamericanas coaligadas como sería él quien las condujera a la pampa de Huamanga, donde se alcanzaría para siempre la emancipación de América.

Sucre fué así algo más de lo que el genial Bolívar, su padre espiritual creyera; fué más, también, de lo que el austero San Martín pensara. Si sólo hubiera poseído los atributos que los dos libertadores le reconocieron, quizá habría vencido en Ayacucho, quizá también habría formado Bolivia y caído bajo los tiros homicidas en la obscura selva de Berruecos; pero no hubiera sido la gran figura ante la cual hoy nos inclinamos con admiración, con amor y con respeto.

Sucre fué, ante todo, una gran alma; esa condición le hizo conductor de tropas, y por ella sus errores militares no llegaron a minar su prestigio ante la masa de sus subordinados; por ella fué un creyente de la libertad, cuya fe supo inculcar en el corazón de sus subalternos; ella por fin le dió esa suprema abnegación de soldado, que restó, es verdad, algún laurel a su corona de guerrero

pero que en cambio le proporcionó la gloria de no haber pesado jamás sobre la libertad de los pueblos que libertó con su acción.

Tales grandezas, metal precioso que el tiempo—ese justiciero implacable, al separar con su acción lenta y persistente, la ganga y el barro formados por la envidia, el encono y las pasiones de la época en que vivió—puso al descubierto, fundamentan el juicio definitivo de la historia, que ha consignado su nombre en la misma página donde figuran San Martín y Bolívar, los grandes!

Por eso la nación argentina envía ese bronce, fundido con el metal de los cañones que se emplearon en la cruzada emancipadora. Es el testimonio de su agradecimiento y de su admiración por quien contribuyera con todas las potencias de su alma a afianzar la libertad del continente. Quede él aquí, en la hospitalaria tierra peruana, como queda flotando en torno de esa estatua, para que la acoja su espíritu inmortal, la aspiración que habrá de hacerse carne algún día entre las naciones hispano-americanas, cuando éstas, en alto sus propios pabellones, honrando en común a sus padres ilustres, marchen unidas en el trabajo fecundo de la paz hacia la consecución de sus grandes destinos".

Discurso de Ramón de Sucre.—En seguida el señor Ramón de Sucre, descendiente del Gran Marical de Ayacucho e invitado especial a las fiestas del centenario de Ayacucho, pronunció, entre los frecuentes aplausos y las continuas aclamaciones de la concurrencia, un bello discurso agradeciendo el homenaje tributado a su ilustre antepasado.

El señor Víctor Pezet, a nombre de la Sociedad "Fundadores de la Independencia y Vencedores del Dos de Mayo", dió lectura, igualmente, a un discurso en el que hizo el elogio del Gran Mariscal de Ayacucho y recordó su admirable acción de armas en el Perú.

Discurso del Presidente Leguía.—Concluyó la ceremonia con las palabras que dirigió el Presidente de la República, señor Augusto B. Leguía, quien en el acto de descorrer el velo, y una vez acallados los aplausos con que fué recibida la gran estatua de bronce, en donde se yergue, solemne, majestuoso y en actitud heroica y vibrante el Gran Mariscal de Ayacucho, pronunció el siguiente

INAUGURACION DEL MONUMENTO A SUCRE
La Tribuna Oficial

discurso, declarando oficialmente inaugurado el monumento que el Perú erige al nobilísimo y admirable soldado venezolano, a quien nuestro escultor David Lozano ha perpetuado admirablemente en el bronce:

"Señores:

Con patriótica emoción descorro el velo de esta estatua, concreción de las glorias del Gran Mariscal de Ayacucho, Don Antonio José de Sucre. Y a mi orgullo de patriota se une mi satisfacción de gobernante, al perpetuar en la solemne elocuencia del bronce, ante la admiración del orbe, e interpretando la voluntad unánime del Perú y junto con él la de los pueblos de América, la memoria inmaculada de ese gran soldado de la causa de la libertad.

No es tardía en manera alguna esta exteriorización del afecto y de la gratitud de los pueblos para quien en las horas álgidas de la lucha pusiera a su servicio todo su corazón de hombre, su empeño de patriota y su espada de soldado. Desde el día en que la gloria descendió para depositar su ósculo en la frente del Mariscal de Ayacucho, cada peruano le tiene elevado en la interioridad de su sér el mejor de los monumentos y le rinde en él el más fervoroso de los cultos.

Pocas vidas, señores, tan fecundas en virtudes y merecimientos como la de Sucre; pocas carreras militares tan brillantes como la suya; pocos corazones tan magnánimos como el que dentro de su pecho palpitó treinta y cinco años.

Bolívar, señores, es un Sol; Sucre, la más brillante estrella de la constelación bolivariana. En plena adolescencia, con la gallardía impetuosa y el arrogante empuje de sus dieciocho años militaba ya en las huestes patriotas y desde entonces su nombre está unido a los más gloriosos hechos de la campaña emancipadora.

Honradez, lealtad, heroísmo, sacrificio: tal la síntesis de su existencia, el lema de sus afanes, lo más preciado de su empeño. Lugarteniente y predilecto amigo de Bolívar, brazo derecho del Libertador, figura culminante en la hesiódica lucha, modelo de bizarría, de singular modestia, de abnegación y patriotismo, amigo leal y generoso enemigo, grande en el pensamiento y noble en la acción, jamás sintió Sucre en su pecho la ambición ególatra ni el mezquino envanecimiento de las cumbres.

Cumaná, cuna del héroe, es el Belén de los pueblos bolivarianos, como Caracas, cuna del Libertador, es el Belén de la América. Pichincha y Ayacucho son las dos columnas de su gloria: en la primera aseguró la independencia del Ecuador; consolidó en la segunda la libertad de todo un continente. Berruecos es su Calvario: el hombre es sacrificado por las asechanzas de los demagogos y las venganzas de los falsos apóstoles.

Alimentar el fuego sagrado del culto a los héroes y fortalecer en los pueblos la preciada herencia de las virtudes cívicas que ellos nos legaron, es uno de los más premiosos deberes que mi gobierno se ha impuesto, en la firme convicción de que en el culto del pasado se hallan los gérmenes fecundos de las fuerzas vitales del porvenir.

INAUGURACION DEL MONUMENTO A SUCRE
Un aspecto de la tribuna oficial

Yo pido, señores, para el bronce glorificador que hoy tengo la honra de inaugurar, esta espartana inscripción que anhelo para mi sepulcro: "Fué un hombre sincero. Supo cumplir su deber de patriota".

He dicho".

La formación militar.—Con el objeto de rendir los honores debidos al Gran Mariscal de Ayacucho, formaron alrededor de la Plaza Sucre las tropas de la guarnición, conforme a las disposiciones dictadas en la última orden de la Comandancia de Armas.

Al descorrerse el velo del monumento, los alumnos de todos los colegios de Lima cantaron, a los acordes de todas las bandas militares, el "Himno de Ayacucho", compuesto por el maestro Sedó y brillantemente dirigido por él, disparándose en este momento una salva de veintiún cañonazos.

Después de los discursos de cada uno de los Excmos. Señores Embajadores, las bandas militares dejaron oír los acordes de los himnos patrios de sus respectivas naciones, y al concluir el señor Leguía, el Himno Nacional.

Al toque de "asamblea", las unidades se dispusieron para el desfile de honor ante el monumento al gran soldado de Ayacucho y ante los Presidentes

del Perú y Bolivia. Al concluirse el desfile de honor, las tropas, con el objeto de rendir los honores debidos al Jefe de Estado, se situaron, sucesivamente, en toda la extensión de la Avenida Petit Thouars, apoyando su derecha en el comienzo de dicha avenida, o sea el Paseo Colón. Las tropas de caballería formaron en la Avenida 28 de Julio y las secciones de ametralladoras en las bocacalles inmediatas a la Avenida Leguía, al lado izquierdo de la Avenida Petit Thouars.

La asistencia.—Además de los Presidentes del Perú y Bolivia, de los Embajadores, Ministros Plenipotenciarios, Enviados Especiales, personal de las Embajadas, concurrieron a esta ceremonia los miembros del Congreso, el Concejo en pleno, presidido por su Alcalde, y todas las instituciones de carácter patriótico, cultural y obrero con sus respectivos estandartes.

Las coronas.—La corona ofrendada por la Embajada ecuatoriana al Gran Mariscal de Ayacucho es de lirios, luciendo una cinta con los colores de ese país, que lleva la siguiente inscripción: "La Embajada del Ecuador, en nombre del Gobierno y pueblo ecuatorianos".

Colombia envió una bellísima corona de rosas y laureles.

La Argentina, a su vez, ofrendó una corona de bronce, con estas palabras: "Al Comandante en Jefe de Riobamba, Pichincha y Ayacucho.—La Nación Argentina".

Bolivia presentó, igualmente, una corona de bronce, que fué conducida por los cadetes bolivianos y colocada al pie de la estatua. Lleva estas frases: "Homenaje del pueblo boliviano al Gran Mariscal Antonio José de Sucre, vencedor de Ayacucho y fundador de Bolivia".

La Embajada de Venezuela envió dos laureles de bronce. El primero con una tarjeta de oro, que contenía esta inscripción: "Ofrenda de Venezuela", y el segundo con una tarjeta de plata y estas líneas: "El Ejército de Venezuela al glorioso vencedor de Ayacucho".

Por su parte, el Concejo provincial de Lima envió una corona de laureles".

IX

Inauguración del Panteón de los Próceres.—Imponente ceremonia.—Discursos del Presidente Leguía y del Embajador de Venezuela. El Estandarte de Pizarro y la Espada del Libertador. Otros detalles interesantes.

Vibrantes aún en el cálido ambiente de las fiestas los ecos de la apoteosis de Sucre, se efectuó en la mañana del diez la inauguración del Panteón de los Próceres y la imponente ceremonia de la entrega, por el Embajador de Venezuela, del estandarte de Pizarro y la espada del Libertador, para ser exhibidos en aquel augusto recinto. El Panteón de los Próceres, consagrado por la gratitud del pueblo peruano a sus héroes libertadores, es una obra arquitectónica admirable. Está situado en el centro de la ciudad de Lima y es de un estilo severo a la vez que gracioso, obra, en su transformación de iglesia católica a templo del patriotismo, del arquitecto peruano señor Claudio Sahut. Muchos recuerdos de la ciudad de los Virreyes están unidos a la existencia de este santuario, construido primitivamente por la piedad de un noble peruano y que como homenaje a un monarca español se llamó de San Carlos. La ceremonia de su inauguración y la entrega de las venerandas reliquias que el Gobierno de Venezuela, presidido por el Benemérito General Juan Vicente Gómez, dispuso se exhibieran durante las fiestas del Centenario en Lima, fué un acto cuyo recuerdo se hará perdurable en los anales de la noble e historiada ciudad de Santa Rosa.

"La iglesia, escribió el cronista de uno de los diarios de la capital, ha sido totalmente restaurada. Asimismo, se ha construido un sarcófago que comprende la parte del crucero del templo, hecho todo de cemento, en cuyas paredes figuran bajorrelieves de bronce de gran tamaño.

En el centro de la iglesia, y a uno y otro lado, se ven dos hermosas estatuas del Libertador Simón Bolívar y del Protector José de San Martín, debidas a la inspiración del notable escultor señor Tadolini.

Desde antes de las 11 de la mañana empezaron a llegar los Embajadores especiales a las fiestas del centenario y que habían sido invitados a esta importante ceremonia.

En la puerta de la iglesia, estas altas personalidades eran recibidas por el Director General de Justicia y Culto, Doctor Juan Manuel Guerra Pérez, quien ha tenido a su cargo todo lo relacionado con el Panteón de los Próceres y que actuaba de maestro de ceremonias.

En la puerta del templo formaba un regimiento de infantería, destinado a rendir los debidos honores a la comitiva oficial.

El Presidente de la República llegó minutos después de las 11 de la mañana, acompañado de los Ministros de Estado y de su Casa Militar. Tomó asiento el señor Leguía en el lado derecho del templo y estuvo rodeado de las Embajadas extraordinarias y demás personas que habían sido especialmente invitados para el acto.

Cuando empezó la ceremonia, se hallaban en el altar mayor de la iglesia, y en lugar visible, la espada que al Libertador le fué obsequiada por el Perú y que ha sido traída por el Embajador de Venezuela. También estaba allí el pendón de Pizarro, bordado en oro y que era objeto de la admiración del público. Como se sabe, este pendón ha sido traído también de la ciudad de Caracas, donde se conserva en el Concejo Municipal.

Discurso del Presidente de la República.—La ceremonia empezó con el siguiente discurso del Presidente de la República, señor Leguía:

"Excmos. Señores Embajadores y Ministros:

Señores:

Las glorificaciones de la posteridad son más seguras cuando pueden ser más imparciales. Los antiguos dejaban trascurrir un largo período de tiempo entre la muerte y la apoteosis de sus héroes.

Así también nosotros. Nadie dirá que este homenaje que hoy rinde el Universo entero a la memoria de los libertadores de América, es tardío o prematuro. Cien años han pasado sobre la gran epopeya y sus héroes, y su apoteosis nace del corazón humano que la dicta y del fallo inapelable de la Historia que la consagra.

Los héroes de la libertad americana son tantos, que sus nombres no caben, todos, en el recuerdo ni en la perenne consagración del bronce, que vence con su eternidad al tiempo. Son, por su número y por su fe, tan innumerables como aquellos discípulos de Cristo que, al morir en el circo romano, fecundaban con su sangre e iluminaban con su martirio, en el horizonte de los siglos, el advenimiento de una nueva religión de piedad y de justicia. Yo evoco sus nombres para glorificarlos bajo las bóvedas de esta casa de Dios y para bendecirlos en nombre de la América, por cuya emancipación fueron apóstoles y mártires, héroes como los hijos de Esparta, videntes como los profetas de Israel, Tupac-Amaru, Zela, Espejo, Gual y España, Hidalgo y Morelos, Camilo Enríquez y Martínez de Rosas, Tiradente, Nariño, Belgrano y San Martín, Artigas, Itúrbide, Morazán, Sucre, Bolívar, ¿dónde están vuestros restos? Pocos, muy pocos reposan en la quietud de una tumba, sobre la cual se extiendan amorosamente los brazos de la humilde cruz del Calvario; casi todos duermen su último sueño en la cumbre de las cordilleras andinas o en la soledad de las llanuras, sin más epitafio que la hierba de los campos y el rocío de los cielos.

INAUGURACION DEL PANTEON DE LOS PROCERES
El Presidente Leguía leyendo su discurso

Libertadores de América: sois los héroes del Continente. Quien quisiera proclamaros héroes exclusivos de patrias egoistas, rebajaria el sentido humano de vuestra gloria. Por eso esta tumba no está destinada sólo a los héroes del Perú sino a los héroes de América.

Sobre el mismo suelo en donde se ganó la batalla redentora de Ayacucho, hemos querido recoger, para que reposen en este recinto, los huesos confundidos de todos aquellos que por la libertad de América confundieron su esfuerzo, su sangre, y no escatimaron el supremo sacrificio de sus vidas, y hemos preferido levantarla en el seno mismo de un templo cristiano, para significar que tan sublimes héroes necesitan glorificarse perpetuamente, invocando el santo nombre de Dios.

Al cabo de un siglo, las mismas rutas por donde vinieron al Perú los libertadores han visto pasar la soberbia comitiva de las Embajadas, portadoras de una misión de paz. Diríase que está próximo a realizarse el sueño de Bolívar, que trabajó por la libertad y por la unión de América.

Yo tengo fe en los destinos del Continente. Soy de los que creen que, más allá de las fronteras que separan nuestros pueblos, se extiende una patria más

grande, la gran patria americana, por cuya libertad trabajaron nuestros padres y por cuya grandeza debemos trabajar nosotros; patria una y grande en la unidad étnica e histórica, y múltiple en la diversidad de sus aspectos locales.

De hoy para siempre este monumento será el símbolo eterno de nuestra unión. La hermandad de los padres, en una misma tumba de gloria, preludia ya la hermandad de los hijos en idéntico esfuerzo de confraternidad.

Tumba bendita que cubren las banderas de veinte naciones libres, destinada a guardar los restos de aquellos hombres sólo comparables a los héroes de la Antigüedad. La América te venera porque eres el privilegiado pedazo de tierra donde reposará por los siglos de los siglos, el polvo que animó el heroísmo más sublime de la Historia".

Acto seguido, el Arzobispo de Lima, Monseñor Lissón, quien ha sido nombrado capellán de honor del Panteón de los Próceres, procedió a bendecir el local con las formalidades del ritual romano.

A continuación se dejó escuchar el Himno Nacional, que la concurrencia oyó de pie.

Ofrenda y discurso del Embajador de Venezuela.—Inmediatamente después, el Embajador de Venezuela, que previamente había depositado una hoja de laurel de bronce con tarjeta de oro, en la que se leía: "Ofrenda de Venezuela", pronunció el siguiente discurso:

"Excmo. Señor Presidente de la República.

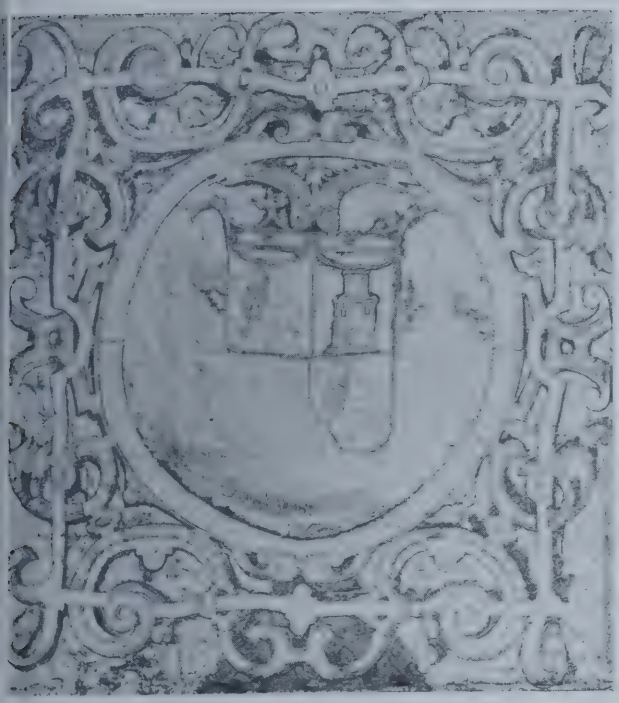
Señores y señoras:

El pendón de Pizarro y la espada de Bolívar que se exhiben aquí marcan el principio y el remate de un largo y trascendental proceso histórico.

España no siguió en la conquista y colonización del Nuevo Mundo el sistema puesto en práctica por Inglaterra. Trasportó ésta grandes masas de su propia población a los territorios que ocupó, apartando los indígenas a lejanas reservas, de modo que los colonos formasen comunidades políticas idénticas a las que dejaban en la Metrópoli.

Mucho más compleja y ardua fué la obra de España, pues consistió en la trasmisión de su alma, con raudales de su sangre, a la raza indígena de América, que desde los comienzos de la evolución humana venía apartada del tronco de que procedieron en Asia, el norte de Africa y Europa, los grupos donde se produjeron todas las ideas y se engendraron todos los sentimientos que informan la civilización actual. Nada igual había sucedido antes en la historia, pues la misma Roma no trasmitió su alma vigorosa sino a pueblos ya ligados con ella en el parentesco proveniente de los comunes antepasados arios.

España no alejó al indio sino que lo incorporó a la sociedad política colonial. Cierto es que al principio lo situó en la condición de un servidor forzado, pero ni así sucedió siempre ni fueron únicamente relaciones de señores y siervos las de los conquistadores y los nativos de la América. Al lado de las Encomiendas, institución que por otra parte desapareció largo tiempo antes de que terminase el régimen colonial, se hallaban las numerosas comunidades indígenas libres y



las regidas por los Misioneros, y sobre todo es menester recordar que los conquistadores elevaron a su propio rango los hijos que nacieron de sus uniones con las mujeres de la raza aborigen. Llenos están los archivos españoles de las solicitudes que aquéllos dirigían a los Reyes de España impetrando la legitimación de sus hijos mestizos, merced por lo común acordada, declarándose hábil al hijo para heredar los privilegios e hidalguía del padre. De allí que en las últimas expediciones de la conquista misma, en la segunda mitad del siglo XVI, figurasen como caudillos algunos de esos mestizos, por ejemplo, el capitán don Francisco Fajardo, fundador de la primera Caracas, nacido de las relaciones de un noble español y una india guaiquerí. He allí al hijo de la indígena americana convertido en un hidalgo de Castilla, heredero, y digno heredero, de un apellido lustre que había venido sonando con ecos de gloria en los romances y las crónicas de la guerra contra los Moros. Casos como éste, tan frecuentes en aquella época, indicaban desde entonces cuál sería el resultado final de la colonización emprendida por los españoles.

No nos toca a los hispano-americanos denigrar de un sistema de cuya aplicación provino la constitución étnica, y con ella la mentalidad, el modo de ser, aun la trama íntima de la historia de nuestras naciones. Hacerlo sería renegar de nosotros mismos y formular el voto impío de que hubiera sido otra raza, ora la indígena sola o alguna de las europeas puras, la que ahora habitase nuestra América, esto es, que no hubiésemos nacido sino que otros hombres fuesen los pobladores de nuestro suelo.

Este voto sobre impío resultaría monstruosamente absurdo. Defectos tenemos, pero de ellos no está exento ningún pueblo y en cambio, innegables virtudes posee nuestra raza. Honra y prez del mundo son nuestros grandes hombres. La contribución de Hispano-América a los progresos de la humanidad es ya notable y en el seno de nuestras sociedades se está elaborando una cultura exquisita, producto de los mejores sentimientos de las razas aquí fundidas.

Interesantísima fué, ciertamente, la civilización incaica, pero nadie podría racionalmente preferir que subsistiese el Imperio de los hijos del Sol en lugar de la ilustre República del Perú. Grandiosa y brillantísima es la civilización de los pueblos europeos, pero nosotros no somos incapaces de igualarla en esplendor, y junto con la ciencia y el arte que ellos nos han trasmitido ponemos algo más, que nos nace del corazón, para embellecer y hacer amable la existencia. Lo que es ya, y lo que promete ser la cultura hispano-americana se ve y se admira en esta noble tierra peruana en los primores de arte que encierra, en la hidalguía y talento de sus hijos, en la gentileza de sus mujeres, en el concepto reposado y digno de la vida que aquí se observa, donde no se pone el objetivo de ella en la sola adquisición de las riquezas materiales.

Mas, si bien fué España la que sembró las simientes de esta cultura que ahora se halla en floración, llegó el tiempo en que fué menester que rompiésemos los vínculos políticos que con ella nos ligaban. Su permanencia acarreaba el riesgo de que en los azares de las guerras europeas o por obra de las intrigas, entonces tan frecuentes de la política internacional, pasasen estos países, mediante obligadas cesiones del Gobierno español, ya venido muy a menos de su antiguo poderío, al dominio de gentes extrañas que se habrían empeñado en desarraigar el idioma español e imponernos el suyo, con su mentalidad y sus costumbres. Este riesgo comenzó a advertirse con los traspasos de Santo Domingo y Trinidad y se puso luego de manifiesto con los sucesos de Bayona.

Es en las profundidades del alma de las razas donde se producen las conmociones que removiendo todo su fondo hereditario originan luego los grandes movimientos políticos o religiosos que registra la historia. Sólo un temor que afecte en ellas el instinto de conservación de su propia identidad, o el entusiasmo inspirado por un credo que haga vibrar el fondo místico donde se elaboran la fe y la esperanza, pueden causar esas conmociones. Tal fué la que agitó el alma de la América española ante el temor de que pasásemos a formar parte del imperio napoleónico bajo la monarquía, sólo nominalmente española, improvisada en Bayona.

Obraba también el entusiasmo engendrado por el nuevo credo democrático que había proclamado la Revolución Francesa. Esperanzas de ilimitada felicidad bajo gobiernos propios iluminaban los espíritus, anhelantes de justicia y libertad. De allí que el movimiento separatista ocurriese espontáneamente en toda la América española sin coordinación previa.

Si en la Madre Patria se hubiesen dado cuenta de que la Independencia de estos países era inaplazable, aun desde el solo punto de vista de la necesidad en que estábamos de ponernos a cubierto de que sus propios Reyes nos cediesen a otras potencias, habrían comprendido que la causa de nuestra Emancipación era al mismo tiempo la de la raza suya y nuestra, y se habría evitado la larga y

cruda guerra que sostuvimos contra España, defendiendo precisamente para el futuro su obra misma en lo que ella tenía, y sigue teniendo, de permanente y trascendental.

Mas ya el tiempo ha dado a aquellos sucesos su significación verdadera, permitiendo ver la Conquista y la Independencia como etapas de una sola empresa, la más fecunda que registra la historia, comenzada cuando los españoles se apoderaron de estas tierras y finalizada cuando sus descendientes sellaron en Ayacucho la Independencia de la América, constituyendo estos países en el hogar libre e inviolable de la nueva y vigorosa rama de la raza española, que en el trascurso de la época colonial se había formado en ellos.

Así, pues, el pendón y la espada que ahora contemplamos no se excluyen ya en la historia. Representa el primero la conquista, ciertamente dura y cruel; pero no son sus crueldades y dureza lo que ha perdurado en el tiempo ni lo que recuerdan las generaciones del presente, sino su resultado final, que fué la trasmisión del alma de España a las dormidas razas de la América.

La espada de Bolívar simboliza la independencia americana realizada por él, merced a su genio prodigioso, su actividad infatigable, su valor heroico, su constancia, que jamás flaqueó. Es también visible testimonio de la gratitud de la América a su Libertador. La Municipalidad de Lima interpretó el reconocimiento de sus contemporáneos. Las generaciones sucesivas han exaltado y engrandecido ese voto y hoy el sentimiento de la gratitud a Bolívar es uno de los vínculos más fuertes entre los pueblos que componen nuestra raza.

Señores: En paz interna ahora cada una de nuestras naciones, en paz ellas entre sí y con todas las naciones del orbe, levantemos muy en alto el orgullo legítimo de nuestra raza, estrechemos los lazos que nos unen y laboremos juntos por el progreso de nuestros pueblos.

En este propósito de estrechamiento de los fraternales deseos que ligan al Perú y Venezuela se inspiró el señor General Juan Vicente Gómez, Presidente Constitucional de la última, al disponer la traslación aquí del pendón y la espada que se están exhibiendo y al ordenar que se ofrendasen en este Panteón, destinado a guardar las cenizas venerandas de los héroes peruanos, las palmas que en este mismo acto dedica la Embajada que tengo el honor de presidir".

El Ministro Plenipotenciario que forma parte de la Embajada del Ecuador, señor N. Clemente Ponce, recitó el siguiente soneto:

A LA ESPADA DE BOLIVAR

Exhibida por la Embajada de Venezuela
en el Panteón de los Próceres.

¡Espada de Bolívar!.... Con su diestra
La Libertad, el Genio y la Victoria
Te empuñaron: de América la Gloria
A tí librose en sin igual palestra.

¡Y triunfaste!....
Deshecha la siniestra
Tempestad que nublaba su memoria,
En apoteosis secular la Historia
Al universo, atónita, te muestra.

Tu claro resplandor, ¡invicta espada!
Con lágrimas del Padre moribundo
Empañaron los Pueblos redimidos;

Mas, vencedora en secular jornada,
Promulgarás su voluntad al mundo,
Ostentándola en todos.... ¡ya vencidos!

N. Clemente Ponce.

Monseñor Carrasquilla, miembro de la Embajada de Colombia, tomó la palabra y, en una bella improvisación comparó el concurso reunido en el Panteón a los hijos que se congregan en rededor de la mesa paterna para celebrar el cumpleaños de la madre. "Aquí veo, dijo, hermanos de todo el mundo de Colón, desde la noble República situada al Norte, donde el Popocatepel esmalta la negra noche con lluvia de centellas, hasta la portentosa República austral donde el Plata inmenso rechaza veinte leguas adentro la soberbia de las salobres ondas del océano".

Hizo luego el elogio del patriotismo, reseñó luminosamente los acontecimientos que culminaron en las jornadas de Junín y de Ayacucho, cantó a Bolívar, "ante cuyo nombre todo nombre se eclipsa, como las estrellas a la salida del sol"; hizo comparecer en magnífico desfile las figuras de Sucre, de Córdova, de Lamar y de Lara, y cerró con un entusiasta saludo a la nación peruana.

Terminados los anteriores discursos, el Arzobispo de Lima, Monseñor Lissón, celebró una misa rezada, y el R. P. Morrison pronunció una oración alusiva al acto.

X

El Presidente Leguía preside el homenaje a Bolívar.—Los discursos.—Ofrenda del Presidente de Venezuela.—Los cadetes bolivianos hacen acto de presencia en la ceremonia.—Dos horas de intensa emoción patriótica ante la estatua del Libertador suramericano.—Desfile militar.

Los diversos actos del día once tuvieron espléndida coronación, a las cinco de la tarde, ante el bronce ecuestre del Libertador, en la plaza de su nombre. Millares de personas hicieron acto de presencia y estuvieron en comunión espiritual con el significado de aquel homenaje, al que se unieron los cinco pueblos libertados directamente por su espada, con la inspirada palabra de sus representantes, y el Embajador de Cuba, Excelentísimo Señor General Betancourt, quien pronunció una bella y emocionada oración panegírica. En representación de la Embajada de Venezuela habló Monseñor Granadillo, Obispo de Carabobo; y al depositar una palma de bronce, ofrenda del Ejército, el General López Contreras, Jefe de la Misión militar, se expresó en breves y atinados conceptos. También hizo uso de la palabra el Doctor Juan Vicente Camacho, sobrino-nieto del Libertador y Agregado Civil a la Embajada venezolana.

Al describir aquel acto, que expresó una vez más con elocuencia conmovedora los sentimientos de gratitud del Gobierno y del Pueblo peruanos y la mancomunidad de intereses de la América ante la evocación de su Héroe epónimo, la prensa limeña tuvo conceptos enaltecedores para la vida y la obra del Libertador. Tomamos de *La Crónica,* en la imposibilidad de reproducirlas todas, la reseña del vibrante homenaje:

"En la tarde de ayer, ante millares de almas que ocupaban la Plaza Bolívar y calles adyacentes hasta la Plaza de Armas, se verificó el homenaje que el país rendía al Libertador Simón Bolívar, ceremonia que en medio de su sencillez era imponente. Hombres, mujeres, niños, todos se dieron cita para presenciar el homenaje al genio guerrero y político, al Capitán que con su gloria todavía alumbra el horizonte de las naciones sudamericanas que emancipara y que es un grito permanente de Libertad.

Antes de la ceremonia.—En los programas municipales se había anunciado que la ceremonia se realizaría a las cuatro y media de la tarde, pero desde

las dos y media se notaba un inusitado movimiento en los jirones que desembocan en la Plaza Bolívar. A las cuatro de la tarde, la labor de la policía para ordenar y contener la avalancha de personas que pugnaban por ocupar los mejores sitios, era ardua y pesada, haciéndose necesario que ésta formase un cerrado cordón desde la Plaza de Armas hasta la Plaza Bolívar, a lo largo de las calles de Arzobispo, San José, Zárate, etc., por la que debía pasar la comitiva oficial.

A las cuatro y minutos empezaron a llegar los distintos cuerpos de ejército que debían formar, al mando del Coronel Julio C. Mindreau, Comandante de Armas.

Llegada del Presidente de la República y comitiva oficial. — A la hora anunciada, los clarines del Escuadrón Escolta anunciaban la llegada del Jefe del Estado, quien entró a la Plaza Bolívar acompañado de su Gabinete, Presidente del Senado, de la Cámara de Diputados, Casa Militar y varias Embajadas, en diversos automóviles, dirigiéndose luego al pie del monumento que la Nación ha elevado al Libertador y que ocupa, como se sabe, el centro de la plaza de su nombre.

Casi simultáneamente empezaron a llegar las diversas Embajadas, acompañadas de su séquito y personal. El público, aglomerado en la plaza, aplaudía entusiastamente al paso de los diversos representantes de las naciones amigas que concurrieron al homenaje.

A la llegada del Presidente de la República y su comitiva, los cadetes bolivianos que han venido acompañando al Presidente de Bolivia, Excelentísimo Señor Saavedra, formaron la guardia de honor, en los cuatro lados del monumento. Al pie de éste se había colocado una hermosa corona de flores naturales, homenaje de la Municipalidad de Lima.

La ceremonia empieza.—Poco después de las cinco de la tarde se dió principio a la ceremonia, haciendo uso de la palabra el Ministro de la Guerra, Doctor Juan Manuel de la Torre, quien, en nombre del Ejército, pronunció el siguiente discurso, que fué aplaudido con entusiasmo al finalizar y en varios pasajes del mismo:

"Señor Presidente de la República.

Excmos. Señores Embajadores:

Señores:

Al pie de este monumento, que es el testimonio perdurable de la gratitud de un pueblo al genio creador de la nacionalidad, vengo a rendir, en esta conmemoración solemne de la épica jornada de Ayacucho, el homenaje del Ejército peruano al invicto Libertador que dió vida autónoma al Continente americano.

La gloria de Bolívar esplende luminosa por encima de todas las glorias humanas. Los grandes capitanes de las edades heroicas, sojuzgaron a los pueblos y emplearon su pericia militar y la prepotencia de sus ejércitos, para imponer su predominio, su ambición o su capricho. Bolívar, vidente de las grandes conquistas democráticas que después de él han enorgullecido a la Humanidad, des-

EL HOMENAJE AL LIBERTADOR

Oficiales de las misiones militares de Venezuela y Colombia al pie de la estatua

plegó sus admirables capacidades de soldado, estratega, legislador y filósofo par redimir a una raza de la servidumbre y para integrar un continente, al rol d los pueblos civilizados y libres. Nadie, pues, le ha superado ni nadie encon trará la más pequeña mácula en aquel dilecto espíritu de Apóstol, Vidente Creador Humano.

Su nombre es un símbolo, el símbolo del americanismo; su vida de abne gación y sacrificio es el ejemplo deslumbrante, constelado de virtudes, que ja más, a través de los siglos será por nadie igualado. Su espada, victoriosa e cien batallas, escribió en la historia de las luchas humanas las únicas página empurpuradas de sangre, de las que nunca se avergonzará la humanidad.

Carecería de significación moral y de sentido patriótico este homenaje, s los jefes, oficiales y tropas peruanas no renovaran, como lo hacen en este momen to, ante la enhiesta imagen del gran Libertador, su emocionado juramento de de fender la patria y las instituciones básicas de la nacionalidad, con la misma f y la misma abnegación de los aguerridos legionarios de Junín y Ayacucho, porqu sólo son dignos de evocar la sacrosanta memoria del Creador de América los qu se sienten capaces de alimentar en su espíritu sus mismas virtudes cívicas y su mismo fervores patrióticos. Los soldados del Perú, alta la frente, limpia la con ciencia, anhelosos de ofrendar su vida por la patria y el honor, se sienten digno de nuestros próceres y guardan con religioso respeto la fe jurada por nuestro mayores en los campos de batalla.

En nombre del Gobierno, en representación del ejército, deposito esta coro na de inmarcesibles laureles a los pies del estupendo y no igualado Capitán.

Quiera la Providencia que desde el empíreo de la inmortalidad el puro espí ritu de Bolívar bendiga a nuestros ejércitos y los guíe por el sendero del honor del deber que, a Dios gracias, hasta hoy jamás han abandonado".

Tan pronto como el Ministro de la Guerra terminó su discurso, hizo uso d la palabra, en nombre de la Embajada de Venezuela y su país, Monseñor Grana dillo, Obispo de Carabobo, quien en frase vibrante, entusiasta y fácil, hizo resal tar la importancia de la ceremonia que en esos momentos se verificaba y en el qu tomaban parte casi la totalidad de los países americanos y muchos de Europa Asia. El bellísimo discurso de Monseñor Granadillo fué aplaudido por la enorm concurrencia, pues el ilustre prelado supo con sus grandes dotes oratorias, hace resaltar la magnitud de la genial obra del Libertador. Muchas veces fué inte rrumpido en el curso de su discurso, por los aplausos del público que presen ciaba el homenaje y se asociaba a él, consciente de su importancia y su altísim significado.

Al terminar su pieza oratoria, Monseñor Granadillo depositó al pie del mo numento una hermosa palma de bronce, como ofrenda de la nación venezolana haciéndose en este momento más intensos los aplausos y los vítores a Bolívar, a Perú y a los diversos países sudamericanos.

La ofrenda del ejército venezolano.—Luego de terminado el discurso del re presentante de Venezuela, hizo uso de la palabra el General López Contreras, Jef de la Delegación Militar Venezolana que ha venido a las fiestas del Centenario quien en breves palabras cumplió con la misión encomendada por el ejército d

EL HOMENAJE AL LIBERTADOR
Monseñor Granadillo, Obispo de Carabobo, pronuncia su discurso

u Patria, en cuyo nombre depositó al pie del monumento una hermosa y valiosa orona de laureles, de bronce.

El representante de cuba.—El Excmo. Señor Betancourt, representante de Cuba, pronunció luego un discurso bellísimo, en el que hizo resaltar las relaciones le amistad de su patria con la nuestra. El discurso del General Betancourt fué, como los anteriores, aplaudido con gran entusiasmo, pues el ilustre diplomático supo llevar la emoción a la enorme masa de público que lo escuchaba, con su verbo onoro y vibrante.

El homenaje de Colombia.—El Excmo. Señor Don Antonio José Uribe, Embajador Extraordinario de Colombia, depositó, igualmente al pie del monumento . Bolívar, una artística y hermosa corona de flores naturales.

Terminado el discurso del General Betancourt, en nombre de Cuba, el Doctor Fabio Lozano leyó un discurso, en el que enaltecía el significado de la batalla su trascendencia e influencia en el porvenir de las naciones americanas y especialmente en las relaciones entre los países bolivarianos. La bellísima pieza oratoria del ilustre diplomático colombiano fué interrumpida, en el curso de su lectura, repetidas veces, por los frenéticos aplausos de la concurrencia, aplausos que e prolongaron por largo rato al finalizar su lectura.

Habla el Embajador del Ecuador.—En seguida el Excmo. Señor Alfredo Baquerizo Moreno, ex-Presidente de la República del Ecuador y Embajador Extraordinario de esa República con ocasión del centenario, improvisó un discurso que, como los anteriores, fué aplaudido con gran entusiasmo por el público. El ilustre representante del Ecuador puso de relieve la trascendencia que tenía para las relaciones de los países de la América del Sur la celebración del Centenario de la Batalla de Ayacucho.

Uno de los descendientes del Libertador hace uso de la palabra.—Luego, el Doctor Juan Vicente Camacho, sobrino-nieto del Libertador, e invitado como descendiente del mismo por nuestro Gobierno para asistir a las fiestas del centenario pronunció un breve discurso, en el que hizo igualmente referencia a la obra magna de Bolívar.

Terminado su discurso, el Presidente de la República, señor don Augusto B. Leguía, avanzó hasta donde el Doctor Camacho, al que abrazó, como a descendiente del Libertador Bolívar. En este momento, realmente emocionante, estalla una formidable ovación.

El desfile militar.—Terminados los anteriores discursos, el Presidente de la República, acompañado de su comitiva oficial y los representantes diplomáticos extranjeros, se dirigió a las gradas del Senado, desde donde presenció el desfile militar, que se verificó en el siguiente orden:

Banda de Gendarmes.

Cadetes bolivianos, que son aplaudidos a su paso por la gran cantidad de público apostado en todos los lugares próximos a la Plaza.

A continuación marchaba la Escuela Militar de Chorrillos, al mando de su director, el Comandante García Godos. La Escuela Militar, como el resto de las tropas que tomaron parte en la formación, desfiló en columna de honor, siendo aplaudida por su presentación correcta y el aire marcial de su marcha.

A continuación desfilaron las tropas en el siguiente orden, con sus respectivas bandas a la cabeza:

Escuela Naval y Cadetes de la misma, Regimiento de Artillería de Costa, Regimiento de Infantería Nº 9, Regimiento de Infantería Nº 13, Regimiento de Colonización Nº 1, Regimiento de Artillería de Montaña Nº 2, Regimiento Escolta Presidencial, Regimiento de Caballería Nº 5.

Al final marchaban algunos colegios y brigadas del Boy-Scouts.

Terminado el desfile militar, el Jefe del Estado y su comitiva ingresaron al local del Senado, en el que se bebió una copa de champaña, volviendo el Presidente a Palacio por el mismo trayecto y las diversas Embajadas que se retiraron luego".

Discurso de Monseñor Granadillo.

Excelentísimo Señor Presidente de la República.

Señores:

El señor Embajador de Venezuela en las fiestas del Centenario de Ayacucho ha querido que fuese yo quien ofreciera al Libertador de cinco Repúblicas una de las palmas que el Gobierno de nuestra Patria le consagra en esta gloriosa efemérides.

No debe extrañarse que un Obispo, hijo de Carabobo, campo inmortal en onde el triunfo de las armas independientes selló la libertad de la República, able en estos momentos.

Bolívar, espíritu selecto y clarividente, llamó a los Obispos, maestros y nodelos de la religión y de las virtudes políticas, y fué él mismo, quien en presen-ia de algunos prelados de la Gran Colombia, pronunció esta sentencia, que de-iera grabarse en el frontispicio de todos los capitolios del Universo: "La unión el incensario con la espada de la ley es la verdadera arca de la alianza".

No podía dejar de comprender aquel genio esclarecido, maestro en el arte de a guerra, como en el difícil de la política, que un pueblo, al cual se obliga a des-onocer sus deberes para con la Divinidad, es un pueblo que se educa para la re-elión, para el desorden, para el aniquilamiento de la paz, la que debe constituir iempre el supremo bien y la constante aspiración de todos los pueblos bien or-anizados, cualquiera que sea su sistema de gobierno.

Porque como bien lo decía el mismo Libertador en el maravilloso mensaje irigido al Congreso de Angostura: "La excelencia de un gobierno no consiste en a teoría, ni en su forma, ni en su mecanismo, sino en su naturaleza, y acomoda-o al carácter de la nación para quien se constituye". Y así pedía para la Gran olombia, presentase al mundo el espectáculo de un pueblo que no se contentara on ser libre y ser fuerte; sino que, ante todo, quisiera ofrecer el espectáculo de n pueblo virtuoso, virtudes que sólo se obtienen con la influencia del Dios de las aciones y con las que el noble y generoso pueblo peruano arrancó al corazón del ibertador.

Que la práctica de esas virtudes una en verdadera fraternidad los pueblos odos de la América, y, haciéndolos libres y fuertes, no dejen de ser virtuosos.

Discurso del Doctor Camacho.

xcelentísimo Señor Presidente de la República.

xcelentísimos Señores Embajadores y Ministros Plenipotenciarios:

eñores:

Delante de este auditorio, donde están representados todos los pueblos del niverso con motivo de la celebración del Centenario de la Batalla de Ayacucho, en este sitio, en que se levanta el monumento erigido por la gratitud del Perú a memoria de Bolívar, toda palabra es vana y todo elogio forzosamente tiene que parecer pálido. El auditorio, la fecha, el homenaje, todo es grande.

Ese bronce que contemplamos debe estar vibrando en estos momentos ante espectáculo grandioso de estos días. Las sombras de los libertadores, presididos or Bolívar, seguramente se han levantado de sus tumbas y están flotando en este nbiente de fraternidad, felices al ver realizado su ideal de libertad americana.

Dichoso, con envidiable dicha, el actual Jefe del Estado del Perú, que le ha cado organizar y presidir estos festejos, los más suntuosos que en los tiempos odernos se hayan tributado a los libertadores de América y a la libertad huma-a; pues los pueblos no ven en *Ayacucho sino un ejército vencedor y en cada sol-ado un libertador de la Patria.* El día de Ayacucho es, por tanto, una fiesta ame-ana.

Gloria a los vencedores! Honor a los vencidos!

¿Y qué pudiera decirse de Bolívar cuando se está delante de un auditorio como éste, compuesto de personas que no solamente nada ignoran, sino que antes bien todo lo saben?

Recordaré tan solo, delante de este monumento, por feliz coincidencia, que fué expedido desde esta ciudad de Lima, el documento que lo acredita como precursor del panamericanismo, que es un americanismo humanitario, al convocar el Congreso de Panamá, que él estimaba "*como consejero en los grandes conflictos, punto de contacto en los peligros comunes e intérprete fiel de los tratados públicos*", adelantándose así en este elevado orden de ideas a los más caracterizados congresos internacionales y a las más notables convenciones.

No nos desviemos de los caminos que él nos enseñó; glorifiquémoslo a toda hora, hagamos una religión de su memoria y un culto de su nombre y así nos haremos dignos de la libertad que nos dió, pues así y sólo así seremos grandes, libres, prósperos, fuertes y dichosos, como él y los libertadores nos soñaron y como quieren contemplarnos desde su mansión de gloria".

EL HOMENAJE AL LIBERTADOR
Interesante aspecto del desfile

XI

El homenaje a San Martín.—El Embajador de México da a la América el nombre de "Gran Bolivia".—Discurso del Ministro de Venezuela en elogio del glorioso Capitán argentino.

Al siguiente día del homenaje a Bolívar se efectuó el homenaje a San Martín, al pie de la estatua glorificadora de su acción guerrera en pro de la libertad continental. Tuvo el homenaje al Protector el mismo carácter apoteósico, el mismo marco de deslumbrante entusiasmo popular que el homenaje al Libertador. Dejóse oír también allí la voz de la América en conceptos de vibrante y sincera confraternidad. Hablaron, en elogio del gran soldado del Plata, el Ministro peruano de la Guerra, señor Juan Manuel de la Torre; el General Argentino Juan Esteban Bacaeza, quien evocó magistralmente el cuadro de la emancipación hispano-americana y habló de Venezuela y de los "doce años de guerra por su independencia, que fué la más tenaz, heroica y trágica del Continente".

En seguida, en improvisado discurso, el Embajador de México, señor Antonio Caso, dijo que en aquel homenaje sólo faltaba, y ello explicaba su presencia al pie de ese bronce glorioso, la voz de un hombre de la América septentrional.

Esbozó luego un ensayo psicológico rel Héroe y del Místico, proclamando Héroe a Bolívar y Santo al vencedor de Chacabuco y Maipó; añadió que si bien es cierto que Santo significa perfecto en grado sumo, las virtudes propias del Héroe son por sí solas tan dignas de admiración como los atributos del supremo perfecto. Concluyó esta bellísima oración diciendo que, en nombre de la Gran Bolivia (se refería a la América toda) rendía homenaje al virtuoso soldado que se llama José de San Martín.

El Tiempo dió los siguientes pormenores de la solemne ceremonia:

"Imponente y majestuosa se presentaba la estatua ecuestre de San Martín, a que había sido arreglada artísticamente, habiéndose colocado al pie del monumento varias coronas de laurel, por los representantes de Colombia, Bolivia, Venezuela, Ecuador y el Concejo Provincial de Lima.

Al pie de la estatua hacían la guardia cuatro clases del Ejército argentino, que llevaban el uniforme del Escuadrón de Granaderos.

Rodeaban el monumento los jóvenes cadetes, pertenecientes a la Escuela Militar de Bolivia, quienes lucían elegante uniforme de gran parada y los alumnos de la Escuela Naval del Callao.

Los diversos Cuerpos del ejército que componen la guarnición formaron en la Plaza San Martín y calles adyacentes, bajo las órdenes del Comandante de Armas y Jefe de la Plaza, Coronel Mindreau.

También asistieron varios colegios fiscales de niños de ambos sexos, los que tomaron el emplazamiento que de antemano se les había señalado.

Llegada del Presidente.—A las cuatro y media las bandas de músicos de los distintos Cuerpos del Ejército ejecutaron la Marcha de Banderas, presentándose momentos después el Presidente de la República, señor Augusto B. Leguía, acompañado del Excmo. Señor Saavedra, Presidente de la República de Bolivia y de su Gabinete y Casa Militar, siendo recibidos por el personal de las Embajadas y Legaciones, así como por el Presidente de la Cámara de Senadores y muchos representantes al Congreso. Minutos antes evolucionó con su aparato y lanzó un ramo de flores el valiente aviador argentino Hilcoatt.

Comienza la ceremonia.—Acto continuo se dió comienzo a la ceremonia, con un apropiado discurso pronunciado por el Ministro de Guerra, Doctor Juan Manuel La Torre.

En seguida leyó un extenso discurso histórico el General argentino, miembro de la Embajada, Juan Esteban Bacareza, quien fué varias veces interrumpido por los aplausos.

Acto continuo y en medio de grandes aplausos, hizo uso de la palabra el Excmo. Señor Doctor Antonio Caso, Embajador de la República de México, quien pronunció una brillante oración, en la que hizo el elogio del Generalísimo San Martín. Al terminar el distinguido diplomático, fué ovacionado con entusiasmo.

Discurso del Ministro de Venezuela.— A continuación, el señor Ministro de Venezuela, Doctor Rafael Villanueva Mata, al colocar una palma de bronce al pie del monumento, dió lectura al siguiente discurso:

"Excmo. Señor Presidente del Perú.

Excmo. Señor Presidente de Bolivia.

Excmos. Señores Embajadores y Ministros Plenipotenciarios:

Heroico Pueblo peruano:

Voy a condensar en breves palabras,—y le pido al Eterno inspiración y tino,—el amor, el respeto y la admiración que por el perínclito Gran Capitán del Mediodía de la América, ha sentido siempre Venezuela, en estos momentos solemnísimos en que no son tan sólo las razas redimidas de este continente, no son tan sólo los nietos de los parias de ayer, sino que es el espíritu humano en pleno, la conciencia pública de todos los pueblos del globo los que glorifican al héroe perilustre de Cumaná, tremolando a los aires sus banderas de triunfo, vibrando en los labios los himnos sacrosantos de la libertad y echando fuera de sus corazones, como torrentes incontenibles, todas las fórmulas divinas de la justicia, todas las estrellas del firmamento constelado de la independencia, toda la alegría de su espíritu en fiesta y todas las rosas perfumadas de su amor y gratitud para este

EL HOMENAJE A SAN MARTIN
Un aspecto de la ceremonia

gregio benefactor de la humanidad, y para todos los inmortales redentores del lundo de Colón, cuyos ideales de derecho y libertad como por obra de marailla, dispuesta y realizada por la Providencia, se condensaron, se comprimieon y se redujeron en el cerebro excepcional de Sucre, y se expandieron hasta l infinito en su corazón único en la historia por lo puro y magnánimo, y cenellearon en su diestra, hechos acero, en el campo mil veces glorioso de Ayacuho, sobre cuya tierra bendecida rubricó el Mariscal, gallardo y noble, como uen descendiente del Cid y de Pelayo, para siempre jamás, no tan sólo la emanipación de la América Meridional, si que también los principios cardinales de a democracia universal y la protesta de la conciencia humana contra el absurdo e instituciones caóticas, las cuales en estos mismos días justamente, como por upremo y sabio designio de la historia, se precipitan, se anonadan, se destruen y se derrumban en una como hecatombe nunca vista, ante la imponente maestad de los pueblos que anhelan ser libres y ante los astros resplandecientes e los nuevos ideales de la República y de la Justicia.

De modo, pues, que bien podría afirmarse, apoyando la razón en este criterio trascendentalísimo, que los pueblos todos del orbe civilizado, del Norte l Mediodía y del Este al Poniente, están conmemorando el primer Centenaio de Ayacucho, revolucionando lo antiguo, imponiendo las redentoras fórmu-

las de la jurisprudencia democrática, demoliendo arcaicas instituciones sociales y políticas, y colocando sobre sus ruinas la imagen gloriosa de la República, coronada de rayos y alumbrando al mundo con las antorchas inextinguibles de la Libertad, de la Igualdad y de la Fraternidad.

Venezuela, nacida, amamantada y educada en la escuela de lo grandioso; Venezuela, la cuna afortunada de Bolívar, cuya vida no admite réplica,—porque la Historia y Dios mismo la han situado fuera del alcance de la frágil razón humana,—admira con todo su corazón republicano al egregio San Martín, venera su glorioso nombre y celebra, como todos los pueblos civilizados de la tierra, su eminente labor de redención en la América del Sur.

La estupenda vida de este ilustre, abnegado y nobilísimo redentor de pueblos, es mil veces digna de que la humanidad, en estos momentos de apoteosis para la República, rinda a su esclarecida memoria—plasmada en este bronce, que el Perú, noble, agradecido y heroico, le consagró,—todos los homenajes de amor, de gratitud y de justicia, de que sean capaces para con sus padres los pueblos redimidos de la servidumbre. Y por eso Venezuela, gobernada hoy por un mandatario que es un gran patriota, enamorado de la equidad y del bien, ofrenda a la ilustre memoria del héroe gloriosísimo del Maipó y Chacabuco esta palma de bronce y oro, que perpetuará el afecto cordial que siente por él la Patria del vencedor en Pichincha y Ayacucho.

Ojalá, señores, sean éstas y todas las esplendorosas manifestaciones de cultura y civismo que hemos presenciado en estos inolvidables días de rememoraciones gloriosas, una etapa de patriótica y civilizadora labor de cordialidad y acercamiento mutuos en que debemos esforzarnos todos los americanos bien intencionados y que pensemos en el porvenir, con el corazón en la mano, con la verdad en los labios y con el espíritu hecho una rosa perfumada de amor sincero y puro, a fin de hacer de todas estas patrias americanas una sola patria, opulenta, grande y fuerte, no solamente para cumplir así como buenos hijos, los consejos con que aleccionaron a nuestros abuelos, San Martín y Bolívar, si que también para corresponderles, haciendo de la América un solo hogar, un continente próspero y feliz como ellos lo soñaron.

He dicho".

El Senador colombiano Doctor José Manuel Saavedra Galindo improvisó un interesante e histórico discurso, repetidas veces aplaudido.

Finalmente, el Embajador de la República de Santo Domingo, Doctor Tulio Cesteros, leyó un interesante discurso, que fué repetidas veces interrumpido por el entusiasmo del auditorio.

El desfile.—Terminada la ceremonia, se inició el desfile en el siguiente orden:

Banda de músicos del Regimiento Guardia Republicana; cadetes de la Escuela Militar de Bolivia; Escuela Militar de Chorrillos; División Superior y las secciones de infantería, artillería y caballería del mismo instituto; Regimiento de Artillería de Costa; Regimientos de Infantería Nos. 9 y 13; Batallón de Colonizadores Nº 1; Regimiento de Artillería de Montaña Nº 2; Regimiento de Caballería Nº 5 y el Escuadrón Escolta, que cerraba el desfile.

El público aplaudió el paso del Ejército por las calles".

XII

En la Sociedad "Fundadores de la Independencia y Vencedores del 2 de Mayo de 1866".— Bendición de una bandera por Monseñor Granadillo. El Embajador de Venezuela apadrina la ceremonia con la señora de nuestro Ministro en Lima. Versos del poeta Luis Churión.

En la mañana del 12 de diciembre se efectuó en el nuevo local de la Sociedad "Fundadores de la Independencia y Vencedores del 2 de Mayo de 1866", la bendición, por Monseñor Granadillo, Obispo de Valencia y miembro distinguido de la Embajada venezolana, de la bandera obsequiada a aquella respetable institución patriótica por el Ministro de la Guerra. El acto fué apadrinado por el Embajador, Excelentísimo Señor Doctor Arcaya, y la señora Carmen de Villanueva Mata, esposa del Ministro Plenipotenciario de Venezuela en Lima. Fué una sencilla ceremonia, a la que asistieron los miembros de la Sociedad encargada de conservar las más puras tradiciones del patriotismo peruano, y un público selecto y numeroso, en el que se destacaban personalidades de la milicia, la política y las letras, confundidas en un mismo anhelo de patria y heroísmo.

En nombre de la Sociedad hizo uso de la palabra, con comunicativa elocuencia, el Secretario General, Teniente-Coronel José Manuel Román, al que contestaron el Embajador Doctor Arcaya y Monseñor Granadillo, quien explicó la significación del acto y exaltó la virtud del patriotismo, al poner la tutelar enseña en manos del Capitán de Infantería Juan Ríos Fajardo, nieto de un prócer ilustre de la magna guerra.

El notable poeta venezolano señor Luis Churión, Secretario de la Embajada, leyó, como clausura de aquella bella ceremonia, los versos de salutación a Lima que reprodujo la revista *Mundial* y que fueron intensamente aplaudidos, por la elegancia de su factura y por el sentimiento de cordialidad venezolano-peruana que pasa por sus estrofas y las anima y las distiende con un cálido soplo de inspiración.

"SOCIEDAD FUNDADORES DE LA INDEPENDENCIA"

Inauguración de su nuevo local

SALUTACION

A la ciudad de Lima

¡Hermanos, salve!
Así me asalta
el labio desde lo recóndito
la emocionada
salutación: ¡Hermanos, salve!

Así como escucháis que estalla,
ardida de alborozo;
desnuda en la más blanca
nobleza del afecto;
preclara en la más clara
soberbia de sentirse una
con la triunfal que os empenacha,
en el orgullo de sentiros libres
bajo las pompas áureas
de vuestro padre el Sol, y de saber que es propia
la misma tierra propia en que afincáis la planta!

¿Y bien, no ha sido uno
con vuestro grito el de mi gente brava?
Uno, en el desgarramiento,
cuando sembró la ínclita raza
en nuestra raza prístina
su genio y su prestancia;
uno en la rebelión, clavado
en el azul como una puñalada;
en el de la impotencia uno,
cuando a un mismo estertor se devoraba
en fuga de inclemencia, errátil
del valle a la montaña,
vestido en la piedad de los luceros,
desnudo del amparo de las almas;
uno con mi guarura en el sollozo
que vuestra desolada
quena difunde por la noche lóbrega
en una lenta lágrima.

Peruanos,
dentro de vuestra casa
no hallo en mí un extranjero
que en hospitalidad de esplendidez se acata;
cuando llegué, su puerta
se abrió con la algazara
festiva del hogar ansioso
que desde mucho atrás nos esperaba.
Y el solariego ambiente,
y la sonrisa plácida,
familiarmente han díchome:
"Oh, bienvenido, pasa.
¿No sientes
cómo es la recepción de franca?
Sincera,

·on la verdad que salta
le un cariño muy hondo
que no improvisa la ocasión en máscaras,
·uando en zalemas
le una hidalguez hipócrita se ampara;
le un cariño muy viejo,
·recido en tradición con aquellas veladas
le las noches lluviosas,
le aquellas noches pávidas,
·uando de entre el medroso apuñamiento
le chiquillos, después de las tostadas
y del espeso chocolate,
bajo el temblor de guardabrisa o de girándula
para traer el sueño a nuestros ojos,
a voz de la abuelita resonaba
en consejas de duendes y de brujas;
y de heroicos fantasmas;
y galantes empresas
le altivos caballeros y tapadas;
y aventuras de príncipes
en que el hijo menor siempre se casa,
por su nobleza, irremediablemente
·on una humilde espléndida muchacha;
le un cariño formado en la amargura,
·uando una misma cruz nos doblegaba;
le un cariño exaltado
·uando al empuje unísono de alas,
surgiendo del ergástulo, sentimos
a piedra del brocal despedazada".

'or eso me decís ufanamente:
'Oh, bienvenido, pasa".
Y con el regocijo de los ojos
que van reconociendo en la morada
una a una las prendas más queridas
le nuestra propia estancia,
e va encendiendo rútila
n mi interior como una beatitud en ara,
odo el lar solariego
le mi tierra lejana.

Oh la cordial visión que surge
nte mi vista enajenada:
Majestuoso el vestíbulo
bajo el dintel que en recepción enarca;
n el jardín, la madreselva, el sauco;
a trinitaria,
ue asiéndose del muro,
n risa de fulgor se desparrama;
ue loca de ventura escandaliza
a suave estrella cándida
e los jazmines reales,
a la teatral moralizante parra,
que en el grave murmullo de sus hojas,
dice al mármol desnudo de una estatua
la admonición severa
de una solemne plática.
Y a la cordial visión se ajusta
en dulce remembranza
de mi urbe nativa
visión risueña de la antigua casa:
—En sosiego claustral zurce la anciana.
Se encuadran entre largos corredores
con una antigua evocación de olores,
heliotropo, romero, mejorana.
Intermite el silencio, la lejana
gota en el tinajero de verdores,
y en alegros de claros surtidores
una risa infantil que se desgrana.
La inmóvil viejecita, paz y nieve,
de súbito aspirando el beso leve
de una diluida vaguedad de aromas,
ve el jardín, el azul, piensa y suspira,
y por la gloria del azul que mira,
cruza un gran vuelo blanco de palomas.—
Oh nó, yo no siento mi vida
a vuestro hogar extraña;
soy uno de los vuestros
que en fundación lejana
de la heredad paterna
su tienda levantara,
y que raudo acudiese
con el impulso en llamas
de su acendrado afecto
a celebrar la fiesta clásica.
Vuestro seno me acoge,
y en él todo me ata
con el arcaico vínculo
de sangre, fe, palabra;
en vuestro escudo hay gules
de Pizarro y Losada,
y en su cuartel de la Belleza, hermánase
por eficiente venustez heráldica,
con la mujer de Lima,
la mujer de Caracas;
vuestra Rosa es la rosa que en mi tierra,
como a febril canción de un ánfora,
desde el cantar beatífico
de los latidos del fervor arranca;
vuestra Rosa despide
su divina fragancia,
en fragancias divinas
del incienso del Avila;
vuestra Rosa florece
su divina escarlata,
en la escarlata viva

de amor y de plegaria
con que se purifica genuflexa
el corazón mi patria,
y un mismo verbo ubérrimo
en nuestros labios canta;
canta desde el donoso
que se sonríe en el narrar de Palma,
hasta el de nuestro Rojas
que en la festiva Tradición solaza;
desde el tremendamente fúlgido
de Don Manuel González Prada,
hasta el de olimpo del González nuestro,
que a un tajo de esplendor deifica o mata;
desde el azul y rosa
que a su aderezo nuestra musa engasta,
de lucero en lucero,
si se empina a cantar en la montaña;
de zafiros y perlas,
si junto a la onda pérfida y amarga;
de diamantes viriles
que en fuego de oro o carmesí desangran;
si glorioso o en cólera,
se interna por el valle o en la pampa;
desde la rima nuestra,
que es luz, pasión, fragancia,
hasta el milagro eterno
del carmen de Chocano, que desata
incontenible el ímpetu magnífico,
en fuerza, amor y gracia.

¿Y qué de nuestro insólito
acuerdo en el blasón de patria?
Aquel fecundo Abril, el trashumante
en redentoras águilas;
aquél a quien hinchó mi urbe
con el aliento heroico de su alma
en Boyacá y Pichincha,
¿no acreció hasta fundirse en la lumbrada
de vuestro sol perínclito,
cuando en Junín, en armas blancas
ardiendo entre los puños
de un tropel de centauros se abalanza;
que cual chasquido en raso
en la carne enemiga se descarga,
y el contrario tropel, fulmina, avienta,
en una sola ráfaga?

Y las dos lumbres fueron una,
cuando entre inultas sombras pálidas
del "Rincón de los Muertos", (1)
se dan a la batalla:

(1) Ayacucho.

Y es el desate de aquel volcán de ira
que a vigores de némesis forjaran
los humillados manes
de Guaicaipuro y Atahualpa;
es el grito en fulgor que a los clarines
rompiendo la garganta,
azuza tenazmente
a La Mar y Gamarra;
el numen de Bolívar en la síntesis
de videncia, de acción, constancia
desde el Horeb del "Monte Sacro",
y Casacoima, y Pativilca enfáticas,
hasta su real fulguración en Sucre
a perfecta eficacia;
es la sangre de Córdova
que rompe en voz, y en furia de una carga,
empuja aquel puñado de arrogantes,
que a discreción las armas,
con infalible vencedor paso de dioses,
avanza, avanza, aterradoramente avanza,
y del "Cuello del Cóndor", (2) en victoria asido,
con el vuelo triunfal del ave se levanta.

Por eso os digo: Salve, hermanos,
en la apoteosis de la Gesta Magna.

A tí, Lima, brava y hermosa,
desde la hermosa y brava
Santiago de León, traigo el mensaje
de saludo fraterno que te exalta;
y entre mi voz de júbilo
la procera ciudad te dice: "Hermana,
de nuevo estoy contigo
en tu tierra, tres veces leyendaria
en el Inca, el Virrey y la República;
y en esta tu más alta
celebración, te van los dos emblemas,
los dos extremos de la augusta amarra
con que a perpetuidad Dios nos ha unido:
un pendón y una espada.

Que ante la vieja faz del lábaro
que en poder de Pizarro, como un ala
de ave fuerte de presa
se desplegó para fincar sus garras
de potestad y alteza
sobre la alteza y potestad incaicas;
que ante el acero
de la fulmínea espada,
que en manos de Bolívar,
del Orinoco al Plata,
la prez de que ese lábaro es emblema

(2) Altura del Condurcunca.

impio de toda mácula;
que ante los dos preclaros símbolos,
que en glorioso paréntesis abarcan,
a epopeya genuina
le la suprema raza,
a de sangre de loba
y los tres predominios de la tiara;
que ante esos dos fulgores
en que este sol magníficó su casta,
gigante su espíritu
esa fresca parvada
que en la excelencia altísima
que por tu sangre aún vaga
le emperatriz y de Virreyna,
a todo beso del laurel preparas;
que tus hijos en flor, flor de tu orgullo,
que abre en tu seno de Minerva y Palas,
con todo esfuerzo vigorice
a férrea trabazón bolivariana;
a trabazón que es prenda
le una más vasta,
le una más fuerte,
de una más grande concepción de patria;
la trabazón por la que inútilmente
nuestra seguridad ha tiempo clama,
porque van a merced de los más fuertes
nuestras vidas aisladas;
que sea una misma en nuestros corazones
la excelsitud de la prestancia;
que intensifiquen el empeño,
no en fraternas palabras
de la internacional comedia,
sino en la santa,
en ésta, redentora
de apretarnos en una nuestras almas;
uno mismo el latido
carnal de las entrañas,
y por uno, será el deslumbramiento
de toda nuestra estirpe, una arrogancia
del más perfecto brillo
en gloria y en pujanza.

LUIS CHURION.

Lima, diciembre de 1924.

XIII

Inauguración del Museo Bolivariano.— Las salas consagradas a Bolívar y San Martín.—Recuerdos históricos.— Los discursos.—Elogio de la vida de Sucre por Manuel Norberto Vetancourt, Agregado Civil a la Embajada de Venezuela.

Conforme a lo estatuido en el Programa Oficial de los festejos, en la mañana del día diez y seis se realizó la ceremonia de la inauguración de las Salas Bolívar y San Martín del Museo Bolivariano, ampliado en una gran extensión con la expropiación de una finca colindante a la quinta que ocupó el Libertador durante su estada en la Magdalena.

A esta ceremonia asistieron las Embajadas extraordinarias, las personas especialmente invitadas para tomar parte en los festejos y miembros de los Poderes Ejecutivo, Legislativo y Judicial.

El nuevo local, bastante amplio, se compone de varias salas, en las que se exponen las reliquias y todo cuanto perteneció al Libertador y al Protector o tiene relación con la vida de tan esclarecidos personajes.

En la plazuela de la Magdalena se agolpó un crecido número de personas y desde la avenida abría calle la tropa de línea que se encontraba acantonada precisamente en aquel lugar.

El Jefe del Estado llegó minutos después de las 11 y acto seguido se dió comienzo a la ceremonia.

Se bendijo el nuevo museo con el ceremonial de estilo y en seguida pronunciaron discursos: el Presidente de la República; el señor Jorge M. Corbacho, Director del Museo Bolivariano y fervoroso admirador de Venezuela y de las glorias de Bolívar; el Ministro de Justicia, Doctor Maguiña; el Embajador de la Argentina, General Justo, y el Doctor José Manuel Carbonell, Presidente de la Academia Nacional de Artes y Letras de Cuba y Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de su país al centenario, quien habló con su acostumbrada elocuencia tribunicia, haciendo un breve y luminoso recuento de la guerra magna, cuyo discurso insertamos al final del presente Capítulo.

Habló en nombre de Venezuela el poeta señor Manuel Norberto Vetancourt, Agregado Civil a la Embajada, de cuya actuación en ese momento dijo *La Cró-*

nica, en su edición matinal del diez y siete, que "su hermosa oración fué recibida con vivas muestras de simpatía, causando impresión inolvidable en el concurso y siendo su autor objeto de sinceras felicitaciones, así como lo fueron los anteriores oradores en tan bello certamen, en que el espíritu lució sus mejores galas".

El señor Corbacho, a cuya competencia, actividad y amplio conocimiento de la historia encomendara el Gobierno peruano la organización y custodia de aquellas sagradas reliquias, fué efusivamente felicitado por el arte exquisito que desplegara en todos y en cada uno de los detalles de aquel santuario.

Esbozo de Sucre.—Del discurso pronunciado por el señor Vetancourt, son los siguientes párrafos, reproducidos por la prensa limeña:

"Para trocar en realidad el sueño de la emancipación de la América del Sur, y para fortuna del Libertador, nació Sucre. De qué linaje era, dícelo el hecho de que descendía de quienes, siglos atrás, alcanzaron títulos de nobleza por servicios a la República. Fué paradigma del Guerrero, del Estadista y del Diplomático. Mancebo, inicióse en la carrera de las armas en las filas del Precursor, y ya para el año de la Guerra a Muerte, en la empresa de la reconquista de Venezuela pregonaba el Vidente de Casacoima que: "él era el alma del Ejército"; y qué testigo de más autoridad que el Libertador para trasmitir a la posteridad la vida de quien, al ser felicitado por la acción de Tarqui, exclamó: hoy es día de duelo y no de gloria, porque se ha derramado sangre de hermanos! Más tarde, al retornar de las Antillas con pertrechos y bagajes para reparar los descalabros de la campaña, ajustó con Morillo el Tratado de la Regularización de la guerra; meses después marchaba a auxiliar a Guayaquil, a laborar por la independencia del reino de Quito en donde se enseñoreaba Aimerich; y tras del fracaso de Guachi, voló, sin tropiezos, al logro de las provincias de Loja, de Cuenca, de Alausí y de Riobamba: desde aquí arranca la parábola de gloria que culminó en la gesta de Ayacucho. Se sabe, asaz, que al expirar el año de la jornada de Pichincha hallábanse, por la toma de Pasto, en comunicación los países que integraban la República de Colombia; era menester, empero, para asegurar las ventajas de las armas de los Separatistas, aniquilar el poderío de España en la tierra de los Virreyes, en la que era más de temerse por la importancia de los recursos que ella le ofrecía y podía suministrarle: palma que a Sucre deparaba el Destino. Abríase el camino que condujo al Libertador al triunfo de Junín, que aventó a los soldados del Rey hasta encerrarlos en los muros del Callao; y en abandono por ende la plaza de Lima, ya estaba en gestación el éxito de la batalla que decidió la suerte de la América. No obstante las ideas de oposición que abrigaba el sistema de la democracia, como a la sazón pretendía prevalecer, fué el Mariscal modelo de Magistrados: lo probó con profusión de acierto, de lenidad, de justicia, de discreción y sapiencia, en el Gobierno de Bolivia—no de años por desdicha—donde fué prez y honor de los hombres de Estado. Abogaba con sinceridad y tacto por el Militarismo: se lo manifestó, en ocasiones, a Bolívar, aseverándole que para conservar la unidad de Colombia era menester mantener en pie de guerra el Ejército Libertador. Aventuran, temerariamente, acaso, quienes se han dado a la labor de crear rivalidades entre Bolívar y Sucre, los Capitanes de más fama de la América, que el Libertador quería segar en persona los laureles de la campaña del Perú, y que así,

llevaba en mientes retardar la orden de batalla. Mal se han leído las historias y mal juzgan al Semidiós de Colombia. ¿Ambición sin nobleza en el pecho de Bolívar? ¿Qué le faltaba para la excelsitud de la gloria? ¿No ha sufrido el paralelo con Napoleón? La espada de Bolívar marca los límites de las naciones que crea; la virtud de Sucre las afianza; Bolívar es la cabeza que calcula la guerra sin cuartel; Sucre el corazón que la regulariza; Bolívar no reconoce leyes porque él las dicta y las deroga a voluntad; Sucre oye el parecer de los Padres de la Patria; Bolívar es el árbitro de Colombia, Sucre es el Presidente de Bolivia; Bolívar muere en el desamparo sin que los rayos del sol de la gloria, que siempre en las horas de fortuna le circundó las sienes, le den el ósculo de despedida; Sucre cae, a golpe de alevosía, y lo cubren las sombras de la montaña de Berruecos, sin las lágrimas ni los honores de las tropas que supo conducir a la victoria. La grandeza de Bolívar no amengua la de Sucre; son glorias que se complementan: la que de ellas faltara dejaría a medias la historia de la Libertad. Debió Sucre los grados a la espada, no al favor; a la entereza de carácter, el respeto de los conmilitones; a las hazañas, la fama que no muere; a la hidalguía del abolengo, el pleito homenaje del vencido; a la lealtad a la obra de Bolívar, la muerte. Iba ya declinando la estrella del Libertador y no había quien pudiera reemplazarlo sino Sucre.... En la montaña de Berruecos la cruz señaló la sepultura de la Colombia que libertó pueblos y creó naciones".

Discurso del Presidente Leguía.—Las notables palabras con que el ilustre mandatario peruano cerrara el acto, fueron estas:

"Excmos. Señores Embajadores:

Señor Director:

Señores:

Hace tres años inauguramos, con el concurso de gran parte de los pueblos del mundo, este Museo. Ahora tócanos inaugurar las salas que perpetúan el recuerdo de Simón Bolívar y de José San Martín, los dos más grandes Libertadores del Nuevo Mundo.

Ambos vivieron en esta modesta casa, hermanándose así, hasta en el detalle, el superior destino que la Providencia les había señalado y ellos supieron cumplir.

San Martín pasó aquí los días que precedieron a la célebre entrevista de Guayaquil, en donde el Genio eclipsó la abnegación. Pocos hechos como aquel, de mayor trascendencia en la historia. Allí, por la Libertad de América, el hombre justo, desprovisto de ambición personal, se rindió al Genio para alcanzar lo que no era el patrimonio de un hombre ni la vanidad de un pueblo, sino la felicidad de un mundo.

Bolívar estuvo aquí después de Ayacucho, de regreso de aquel viaje fantástico al Potosí, en cuyas cumbres había rezado su incomparable oración de Libertador. Vino a dictar las célebres bases del Congreso de Panamá, destinado, en la mente del héroe, a coordinar la inquieta turbulencia de los pueblos libertados por su espada. "Es más fácil vencer, decía entonces, en las guerras que organizar a los pueblos para la democracia. Tres siglos de absolutismo no

MUSEO BOLIVARIANO DE LA MAGDALENA
Inauguración de las salas consagradas a Bolívar y San Martín

se borran al soplo de la brisa. Para vencer es necesario el valor que nunca me na faltado; para organizar la democracia es necesaria la sabiduría, que nunca ne creído poseer".

Así en esta casa histórica, que el Perú ha destinado al Museo de su independencia, vivieron los dos grandes hombres desemejantes en su naturaleza, pero iguales en la sublime locura que les animó a libertar un Mundo.

Para la posteridad no habrá, pues, sino la diferencia en abstracto entre Bolívar y San Martín, los dos hombres representativos de América, a quienes el Perú les reconoce el homenaje de idéntica glorificación. El uno vino del Sur; el otro del Norte. Ambos envueltos en gloria. Los dos vinieron aquí a pelear la batalla definitiva por la libertad de América. Bolívar culminó la magna empresa, pero la Historia no separará a San Martín de Bolívar, porque ambos tuvieron igual misión y habían realizado el mismo esfuerzo desde aquellas lejanas horas en que prometieron consagrarse a la Libertad del Nuevo Mundo.

Señores:

El Perú quiere que este Museo y la Cripta que inauguramos hace pocos días, se eleven en el seno de nuestra América, como altares de patriotismo, a

donde llegue el piadoso fervor de los que bendigan la memoria de nuestros héroes y de los que sueñan horizontes ilimitados de grandeza pàra el destino de nuestras patrias.

Al declarar inauguradas las Salas Bolívar y San Martín de este Museo, cúmpleme agradecer a su ilustre Director, señor Corbacho, el gesto abnegado con que, en esta hora solemne, entrega al Estado los archivos que poseía y que tienen fama de ser los más valiosos de América. El Gobierno le anticipa así el agradecimiento que ha de tributarle en breve el Perú entero".

Discurso del Doctor José Manuel Carbonell.

Excelentísimo Señor Presidente de la República:

Excelentísimos Señores Embajadores y Ministros Plenipotenciarios:

Señores:

"Con desmedida emoción y orgullo de hijo que no ha sentido decaer su fe en los destinos de su madre América; con el corazón vuelto al pasado y el pensamiento en lo porvenir, volando en alas de la esperanza; trémulo de júbilo, como si por la gracia divina fuérame dado asomarme a un balcón del cielo para contemplar el desfile del Ejército Unido por la llanura de Junín y el campo de Ayacucho, me levanto en esta casa, que a modo de una iglesia luce en las paredes las imágenes de sus santos libertadores, y ocupo su tribuna, iluminada por el reflector de la historia y ennoblecida por la elocuencia de rapsodas entusiastas, para traducir los sentimientos de compenetración continental con la República del Perú y con su pueblo generoso, en el centenario de la descomunal batalla que remató su independencia y rubricó con hierro de nuestras venas el canto estupendo de la epopeya de América.

Cuba fué, emancipado el Sur, refugio del absolutismo vencido y víctima de iras recelosas que la precipitaron en las cruentas asonadas del 50 y del 51, y, años después en el torbellino de la guerra larga, donde supo mostrarse heredera del heroico legado, y digna de rimar, a sangre y fuego, el epílogo del poema incompleto de 1810, al cual falta una estrofa todavía.

En nombre de Cuba, centinela de ideales y abanderada de la fraternidad y de la concordia, yo saludo a los hospitalarios moradores del viejo Imperio de los Incas, a los hijos del Sol, que la alentaron y fortalecieron con su concurso durante la década imperecedera y en la cruzada decisiva que reanudó la fe y el valor antiguos; yo saludo a los Embajadores y Enviados de naciones que aquí vienen a deponer flores de admiración en los altares de Ayacucho, y en nombre de mi patria, que es como un corazón latiendo al unísono del mío, me descubro, reverente, ante las hermosuras que con su presencia realzan y embellecen esta fiesta del patriotismo, como para confirmar la feliz expresión cubana, de que sin sonrisa de mujer no hay dicha completa de hombre.

Sólo son dignos de la libertad los pueblos incapaces de olvidar a los que por conquistarla bregaron y murieron, o los que por conservarla son capaces de guerrear y de morir también.

La historia de América es como una cantera fabulosa que el pico del observador no ha roto sino a trechos, donde hay vetas ignoradas de oro, y temblade-

ras de fango; ríos de maravilla que pregonan, con la voz de sus ondas, purezas y holocaustos, y lagos de miseria y de dolor cruzados de culebras y de vívoras.

Asomarse a su pasado, revolver en sus grandezas, internarse en su odisea de sacrificio, seguirla en su peregrinación ascendente por entre páramos y deslladeros, coronando precipicios o vadeando ciénagas y torrentes con la banderola a flor de agua, es aspirar ráfagas de tempestad y, jinete en el potro volador, pedestal de la gloria y del derecho, sentirse el pensamiento acariciado de luna y prendido de estrellas.

De la América de 1810, que escribió a punta de lanza el romancero legendario de las proezas y de las aventuras, sobre las nieves de la cordillera y las azules ondas del Orinoco y del Apure, no se puede hablar sino como pensaba Martí que debía hablarse de Bolívar: teniendo por tribuna una montaña, entre relámpagos y rayos o con un manojo de pueblos libres en el puño y la tiranía descabezada a los pies.

De cíclopes o semidioses descendían aquellos hombres de arrestos imponderables que al sonar en el reloj del tiempo la hora del deber y lucir en el horizonte la aurora del advenimiento, goteando de su opulento cáliz purpurino rocío emblema del combate sin misericordia y sin cuartel, hurgaron en el rescoldo humeante del encuentro pretérito, librado entre indígenas y descubridores, y empuñando la enmohecida lanza inmortalizada por los incas y por los araucanos, se alzaron del descreimiento y la molicie al optimismo y a la cruz.

La América dormía, sin personalidad y sin aspiraciones, bajo el freno de la conquista. Dormía indiferente, en apariencia, a los principios de libertad, igualdad y fraternidad, proclamados a los cuatro vientos por los corifeos de la revolución francesa. Sólo algunos de sus hombres, educados en Europa al calor de sus doctrinas, las echaban de menos con la melancolía del que riega en sus jardines interiores un ideal sin esperanza.

Predominaban las sombras. Sólo, de vez en vez, los volcanes reventaban de cólera como para poner de manifiesto la rebeldía de la naturaleza ante la iniquidad bárbara y la mansedumbre nativa. El pabellón de los Pizarro y de los Narváez flameaba en paz, y sobre las tumbas de los indios acribillados, cuyos huesos resplandecían en las sabanas convertidas en osario, no parecían abrirse al sol las amapolas precursoras de la venganza y de la sangre.

Pero de pronto, como si una mano justiciera señalara providencias al destino, el confín sombrío se tornó relampagueante, temblaron los montes, tronaron los volcanes, se encresparon los ríos, la tierra estremecida por repentino terremoto pareció abrirse en sobrenatural alumbramiento; las pampas se cubrieron de lanzas y los Andes de banderas; vibraron los clarines llamando al combate, y repiquetearon las campanas echadas a vuelo anunciando la movilización del patriotismo, la creación de un mundo nuevo.

Del Bravo al Magallanes el grito de redención vibró en el viento y repercutió de cumbre en cumbre y de ladera en ladera, como la estrofa de un himno que, agrandándose en la onda, despierta con sus notas a los dormidos peleadores de la selva invicta, protagonistas de una nueva Iliada que asombraron al mundo con sus hechos, oscureciendo las proezas del divino Aquiles, y los milagros estratégicos de Aníbal y Julio César.

¡Ah! volved la mente a aquellos tiempos, que son los mejores y más puros de nuestra vida, y veréis desfilar, por el lienzo de las evocaciones, iluminado por el pensamiento, que es el alma de los ojos, a Miranda, con el rostro ceñido por el halo de la iniciativa; a Bolívar asomándose al Chimborazo con un ramo de banderas en la mano; a San Martín trasponiendo los Andes para vencer en Chacabuco, redimir a Chile y sobre el mar caer en Pisco para llevar la redención al Perú, que lo designa Protector; a Sucre con el consejo en los labios y la resolución en el semblante, hablando con Bolívar por primera vez desde la flechera en que remonta el río, y abriéndose en Pichincha las puertas de la inmortalidad; a Páez convirtiendo la derrota en victoria al gritar en las Queseras: "¡Vuelvan caras!!"; a Girardot inmóvil en el puente bajo la lluvia de fuego; a Córdova, cargando al frente del Magdalena; a Ibarra y Lavalle, acuchillando en Riobamba con sus granaderos de a caballo a los tercios españoles; y al brioso General O'Higgins, ídolo de la legión argentino-chilena, acorralando con sus lanzas al hervidero enemigo.

De la América de 1810 puede hablarse delante de nuestras mujeres sin temor a ser indiscreto, porque cuanto hicieron nuestros antepasados por redimirla, tiene raíces maternas y canciones de cuna en su corazón.

En las guerras de nuestra América, las mujeres y los niños rivalizaron con los hombres en el heroísmo. Mujeres eran las combatientes de la isla Margarita, que pelearon como leonas, y las que en Barcelona y Barinas se confundían con los llaneros de Páez, y las que en Valencia curaban heridos bajo la metralla, y las que en Caracas, tras el desastre de la Puerta, abandonaron sus hogares para seguir a los libertadores en derrota, y las que subían al cadalso, enteras, como Policarpa Salavarrieta, y arrastraron la cadena sin proferir una queja, como la de Arismendi, y las que en Guayaquil y Lima armaron a sus hermanos y arrojaron sus magníficas riquezas en la hoguera de la revolución.

Niño era Ariza, que herido en su bautismo de fuego se vendó las heridas y continuó el asalto; niño era el capitán de Yaguachi, caído en Pichincha, a quien el Libertador decretó no designarle sustituto, ordenando que revistara su escuadrón como si estuviera vivo, y que en los pases de lista del comisario, al ser llamado por su nombre el Capitán Abdón Calderón, toda la compañía respondiera: "Murió gloriosamente en Pichincha; pero vive en nuestros corazones".

Esa es la América; semillero de héroes y de mártires, donde aún en el caobal sangriento y en la selva romántica y en el barranco áspero y en la montañuela florida y en el picacho tórrido y en la hondonada sinuosa y en el farallón abrupto y en la pradera salvaje y en el lomerío verdeante, ondean como llamas y esplenden como soles las maravillas realizadas por "cholos" y gauchos, "rotos" y llaneros en catorce años de lucha incesante por el derecho y por la libertad.

Excmo. Señor Presidente de la República:

Bien ha hecho el Gobierno del Perú, del cual sois ilustre ejecutivo, convocando a los pueblos del orbe para conmemorar en su suelo, teatro de la gran batalla, el glorioso centenario de la jornada de Ayacucho, que inspiró el genio de

Bolívar y ganó la espada de Sucre. Ayacucho es la cúspide de la epopeya, y Sucre es la blanca paloma de pecho de águila y corazón de león.

Se dice Ayacucho, y como por ensalmo cruzan alrededor los ayudantes dando órdenes y maniobran en el recuerdo los aguerridos batallones. Se ve a La Mar, seguido de la legión peruana, echándose sobre los húsares de Valdés en porfiada lucha por reconquistar la meseta perdida; al General Miller, rompiendo flancos y destrozando escuadras a golpe de caballo; a Lara, seguido del Coronel Plaza, apoderándose, por asalto, de la artillería realista; al fulminante y terrible Córdova, atento a la voz de Sucre, cayendo como una catapulta sobre la división Monet para interponerse en el disputado barranco que debía partir en dos el campo de batalla, desbaratando al escuadrón San Carlos, mandado por Rubín de Celis; tirándose del caballo y fusilándolo en lo más enconado de la refriega, para respaldar con un gesto la orden sublime de: "armas a discreción y paso de vencedores"; o se le ve trepando la cuesta, persiguiendo en su retirada al infortunado virrey, que envuelto por todas partes se rinde a discreción, anticipándose al diezmado ejército que con Canterac a la cabeza, tres Mariscales y once Generales acordaron, en el cerro de Ayacucho, parlamentar con el caudillo victorioso y desceñirse ante la fatalidad inexorable de sus hados, la espada de España.

La fama de Ayacucho ligada está, indeleblemente, a la memoria del Mariscal de su nombre. El creó el ejército que se cubrió de laureles en la retirada de las cien leguas, y en la acometida incontrastable; fué su guía y su escudo. El mundo lo nombra como a uno de sus libertadores; las repúblicas del continente lo miran como a un padre. Cuba lo reverencia, y lo recordará siempre preparando, con Bolívar, la expedición que debía redimirla. El Perú lo evoca arengando al batallón número 21 en el umbral de la última batalla, con estas palabras de justicia y de fe: "Me acompañásteis en Quito; vencísteis en Pichincha; y dísteis libertad a Colombia; hoy me acompañaréis en Ayacucho; también venceréis y daréis libertad al Perú asegurando para siempre la independencia de América".

El Mariscal Sucre es el héroe de Ayacucho, el copo de nieve sobre la charca de sangre, como dijo un pensador mexicano. Y por su carácter modesto y sencillo, por su grandeza de militar afortunado y hasta por su muerte trágica, injusta y triste, merece, como quería Bolívar, que la posteridad perpetúe su imagen en el bronce soberano, en el granito monumental, o en el mármol inmarcesible, emblema de su pureza, con un pie en el Pichincha y el otro en el Potosí, llevando en sus manos la cuna de Manco-Capac y contemplando las cadenas del Perú, rotas por su espada".

XIV

Recepción en el Palacio Legislativo.—Sesión solemne del Congreso Peruano. Palabras del Representante del Senado de Venezuela, Doctor Ochoa. Oración de Guillermo Valencia.

En la tarde del lunes 15 se efectuó en el Palacio Legislativo la solemne recepción que el Congreso Nacional del Perú ofreció, como homenaje de confraternidad a las Delegaciones Parlamentarias de Sud-América; y como expresión de cortesía y reconocimiento a las Comisiones de casi todos los países del mundo, cuyos representantes diplomáticos cooperaran a magnificarlas.

Una hora antes de la que se había fijado en las invitaciones oficiales, las suntuosas galerías del Palacio Legislativo fueron ocupadas por la selecta concurrencia, que formaban los distinguidos personajes, en cuyo honor se ofrecía la espléndida fiesta; el cuerpo diplomático y consular; los representantes de diversas instituciones nacionales y extranjeras y numerosas personas de los más distinguidos círculos de la capital peruana.

"Fué una fiesta sin precedentes en la historia parlamentaria de la República", dijo *La Prensa.* En ella hicieron uso de la palabra, entre una sucesión no interrumpida de aplausos, el Presidente del Senado peruano, señor Guillermo Rey, y los representantes parlamentarios de toda la América.

Palabras del Doctor Ochoa.—El Senador Doctor Emilio Ochoa expresó en las siguientes palabras la significación política de aquel acto y el saludo del Senado y Cámara de Representantes de Venezuela:

"*Excelentísimo Señor Presidente de la República:*

Excelentísimos Señores Embajadores y Ministros Plenipotenciarios:

Honorables Senadores: Honorables Diputados:

Señoras:

Caballeros:

Pertenezco a la Cámara del Senado de Venezuela, honra que satisface mis mayores aspiraciones de patriota.

Es para mí un motivo de especial complacencia saludar en esta ocasión solemne, de manera efusiva y fraternal, a los dignos representantes de la Nación

peruana en nombre de las Cámaras Legislativas de mi Patria, y formular con tal carácter, votos muy sinceros por vuestra felicidad y porque los manes de los padres de la República os inspiren siempre en vuestras deliberaciones.

Los Congresos son la representación viva de las democracias, y algunos son particularmente decisivos en nuestra historia. Recuerdo entre los de mi Patria el que en 1811 declaró la Independencia Nacional: el que en 1819 sancionó la unión colombiana: el de Cúcuta, que dictó la primera Constitución de la Gran Colombia: el de Bogotá, que en 1823 concedió a Bolívar el permiso para pasar al Perú a complementar, con las batallas de Junín y Ayacucho, la Independencia del Continente americano.

Permitidme, señores, recordar que en este mismo sitio se oyeron los ecos de la Constitución que durante el Gobierno de Bolívar tuvo la Nación peruana; él fué en aquellos días, el conductor, el Primer Magistrado de este gran pueblo, y el Congreso del Perú, al investirlo con la Dictadura, oyó de sus labios que al terminar la empresa libertaria depondría la espada y se sometería a las disposiciones del Cuerpo Soberano de la Nación, como lo hizo después de la Batalla de Ayacucho.

Señores, lleno de alborozo contemplo el progreso y la prosperidad del Perú, a quien nos unen los más sagrados lazos y poderosos vínculos, y aprovecho esta oportunidad para declarar que nuestro corazón está henchido de agradecimiento por los agasajos que nos han prodigado el Gobierno y el culto y caballeroso pueblo del Perú.

Exteriorizo de manera especial mi profunda simpatía hacia el Excelentísimo Señor Presidente de la República por el culto entusiasta que dedica a Bolívar, rindiendo él alta pleitesía una vez más al hombre portentoso de las batallas, al Genio incomparable de la voluntad y de la energía, que acatando el voto de los Congresos, colocó su espada y su gloria, como la más grandiosa ofrenda, en el altar de los pueblos".

Oración del poeta Valencia.—En homenaje de admiración y simpatía a la noble figura intelectual del poeta Guillermo Valencia, cuya actuación en las fiestas del centenario fué prestigiada por su devoción a la gloria excelsa del Libertador, reproducimos su hermosa oración en aquel recinto parlamentario.

"Señor Presidente de la Cámara de Senadores:

Señor Presidente de la Cámara Nacional de Diputados:

Excelentísimos Señores Embajadores, Ministros Plenipotenciarios y Delegados Especiales:

Señoras y Señores:

Nueve miembros del Congreso colombiano, aquí presentes, recibimos el señalado honor de parecer ante vosotros como portadores del más cordial mensaje congratulatorio de aquel Cuerpo Soberano, con motivo de esta conmemoración centenaria.

Al gentil saludo de bienvenida del muy digno Presidente de esta ilustre Asamblea, y a la grave oración que acabamos de escuchar, no podemos corres-

RECEPCION EN EL PALACIO LEGISLATIVO
Grupos de las Delegaciones Parlamentarias

ponder dignamente sino con una rendida inclinación, que nos impone y obliga el gesto de tan gallardo hospedador, acentuada por el recogimiento de quien ha oído también nobles palabras, salidas de labios disertísimos.

En medio de estos festejos de sin igual esplendidez, en que majestad y gracia alternan en feliz acuerdo, se advierte, sin trabajo, que el ambiente de la apoteosis es la natural distinción de esta ciudad de hidalgos, la heredada elación de tantos varones consulares cuyos actuales descendientes han logrado presentar hoy, ante el mundo, esta magna efemérides con toda la grandeza que le es propia, bajo la inspiración del perilustre Jefe del Perú, cuya prestancia ingénita vivifica la fiesta, la llena y la conduce, permitiéndonos ver en todas partes, y por el más vario modo, cómo aquí se está realizando, en espíritu y en verdad, la noble empresa clásica: *Augusta per augusta.*

Los que aquí de tal suerte somos recibidos, nos damos cabal cuenta de lo que significa el honor que esta venerable casa nos está dispensando. Parécenos escuchar a los férvidos patricios que hace un siglo concurrían desde aquí, con la eficacia creadora de su palabra, al colosal esfuerzo de redimirnos, redimiéndose. Viva de actualidad está la cálida elocuencia de los Luna Pizarro, de los

Sánchez Carrión, de los Unanue, Ferreyros, Pedemontes y Mariáteguis, de los Figuerolas, de los Aranibar, de los Rodríguez de Mendoza, cuya prócera tradición estáis manteniendo vosotros, para faena menos peligrosa y agitada, pero igualmente fecunda, libertadora y grande.

Vano sería proseguir deteniéndonos en la contemplación extática y sin frutos del legendario heroísmo de nuestros padres; tuvieron ellos en su hora, delante, el más arduo problema que resolvieron gloriosamente por el valor invicto, la perseverancia indomable y el sacrificio ilimitado. En las entrañas de nuestro mundo geórgico crearon la Patria Sudamericana bajo el signo ambicionado de la majestad venturosa y, como premio a sus fatigas, ciñeron desde entonces el gajo de los libertadores; siguen oyendo todavía el himno jubiloso de la gratitud que no olvida, reapareciendo donde quiera, en la vida perdurable del bronce, los que un día pasaron vestidos de efímera carne mortal alumbrando la senda con la inflamada antorcha de su sabiduría, o abriendo al tajo del acero la ancha vía que seguimos sus venturosos descendientes.

La empresa consistía en dignificar tres razas, en hacer que despertasen ellas la conciencia aletargada y en armarles el lánguido brazo de una espada reivindicadora. Y aquel prodigio, que comenzara con la primera década del siglo XIX, se consumó felizmente el 9 de diciembre de 1824.

Verdaderamente cuerdo y oportuno es que al decretar la apoteosis a nuestros excelsos fundadores, no petrifiquemos nuestras almas con el mismo monumento que erijamos a su grandeza. La estatua es solamente inerte cristalización del gesto fugitivo, y sobre las rutas que la humanidad transita, tiene el mismo valor que aquellas piedras que indican al viajero la dirección y las etapas recorridas.

Al cruzar por delante de aquellos pilares gloriosos, de figura humana, inclinémonos reverentes en la elación viva del amor más puro, pero no nos quedemos en letargo ante sus plantas, dejándonos contagiar de su inmovilidad y de su silencio. El desierto que está delante parece ilímite; prosigamos la marcha alzando a nuestro turno, de trecho en trecho, más broncíneas figuras que sigan a su vez orientando el venidero y señalando el recorrido.

Ayacucho es un nombre glorioso que recuerda perdurablemente el sitio inmortal en que quedó fallada para siempre, en favor de la democracia, la relación de dependencia entre muchas patrias que nacían y la madre patria, que allí cayó rendida; mas su grandeza con ser eximia entre las más insignes, bien puede confundirse con la de otros campos similares en donde el genio, el valor, la pericia, la audacia, hayan conseguido, en feliz concurrencia, el objetivo que se busca. La peculiar grandeza de Ayacucho consiste en el pensamiento generoso de confraternidad americana, que aventó sobre aquel campo, de todos los ángulos del mundo, un torbellino de hombres que arremolinándose sobre las agrias almenas de la muralla andina, bajó inexorablemente a borrar la afirmación de tres siglos, al ímpetu huracanado de aquella fuerza sin par que recibiera al nacer el mismo nombre del Simún.

A la noción restricta de la colonia subyugada, sucedió en aquel día el soberbio principio de los destinos propios, y a las lindes movibles de virreinatos y capitanías, la hospitalaria fórmula integral de la Patria Americana y única, de-

ben ser la justicia y el derecho la forma substancial de toda empresa política que, al exteriorizarse, suele dejar a la Gloria suspensa entre coronarla o no coronarla. La fuerza, con ser divina, como la llamaron los griegos, no expresa nada por sí sola; y aún puede presentarse con el atavío de una grandeza, que no sea la verdadera, la suspirada, ni la esquiva grandeza; de otra suerte serían equivalentes las heridas de Necochea y la lanzada de Boves. Sólo la fuerza crea para la eternidad, cuando combate por lo justo. La República es hermosa porque es la justicia coronada.

Ayacucho fué el campo de cita del patriotismo integral; ráfaga paradisíaca de aquellos áureos tiempos en que los hombres ignoraban estas dos palabras: de *tuyo* y *mío*. Si ya una vez el pálido hombre de Keriot puso precio de oro a la sangre de la redención, y el arrepentimiento del infiel discípulo hizo que los viles denarios se trocasen por un campo maldito, no querramos nosotros, los nietos de los sacrificados, los fieles discípulos del Redentor de América, hacer traición a aquel espíritu magnánimo que creó una Patria Americana, como cifra y compendio de todas las otras que oyeron un día regocijadas al estadista austral, que casi al final de un siglo, devolvía engrandecido el eco de la fórmula que partió de Ayacucho, en aquel otro grito sobrehumano: "América para la Humanidad".

Para exaltar dignamente la obra de aquellos padres, es menester continuarla con la misma fe, con el mismo tesón, con igual coraje y, por qué no decirlo, con el ímpetu temerario de nuestros fundadores. El problema es análogo al que ellos contemplaron. Su obra consistió en arrancar con puño titánico los enormes bloques graníticos que interceptaban para tres razas el aire de la libertad y el sol del porvenir. Redimidas a precio de sangre, rescatadas con el disco luminoso que acuñó la Victoria, quedaron a nuestros pies, suplicantes e inertes, entre la fosca tiniebla del analfabetismo irredento. Esas legiones de parias son para nosotros más hostiles, dentro de su pasividad infecunda, que si las viésemos ordenadas en guisa de pelea. Ayacucho nos manda redimirlas. Desvalidas se muestran en el apocamiento de su carácter y en la pobreza abyecta que envilece. Eduquémoslas para la conquista de la Vida. Doctrinémoslas para la fácil producción, como que sin riqueza carecen de eficiencia los dones de la libertad.

Abrese todavía, ante nuestra vista, el desierto sin término; crucémoslo al jadeante correr de los monstruos de acero. Aún restan muchas alturas por tomar: las gigantescas vértebras de los farallones andinos. Conquistémoslas en paz y alegría. Al cóndor rutinero, que no se aventura nunca a lo desconocido, enseñémosle a volar con nuestras águilas trementes, y en una carga que no cese de iniciativas y verdades, desbaratemos las falanges hostiles que por todas partes suscitan la ignorancia, la incomprensión, el egoísmo y la envidia.

Por eso, al visitaros en este festival memorioso, venimos a traeros el ósculo férvido de nuestra Madre Colombia. Antes de presentarnos, cabe el ara de los holocaustos, en el altar de Ayacucho, no hemos necesitado, en seguimiento del mandato del divino Doctor de la Dulzura, de conciliarnos con vosotros para purificar la ofrenda. Os sentimos tan cerca, que no acertaríamos a discernir el propio latido de nuestros corazones del noble palpitar de los vuestros.

Queremos seguir, mano en mano, con vosotros, y con todos los pueblos de América, continuar el Ayacucho inacabable que vaya asegurándonos, de victoria en victoria, la conquista del venidero.

Hemos venido a deciros la admiración de nuestro pueblo por este renacimiento poderoso y esplendente que advertimos en vuestro suelo. Hemos venido, en fin, a ofreceros nuestro concurso—como hace un siglo—y a demandar el vuestro y el de todas aquellas grandes patrias que concurrieron entonces, con nosotros, a la obra común, para el acuerdo sincero, generoso, efusivo, en pro de la armonía internacional de América, de la unificación de propósitos para la orientación continental y de la convivencia en un campo de luchas por la civilización, en donde, por únicas armas, llevemos la verdad, la lealtad, el desprendimiento, el amor puro, el bienestar de todos. Así seguiremos dándole sentido de presente a la victoria de Ayacucho para que, al rememorarla con las nuestras, en el final de cada siglo, pueda decirse de nosotros: "Continuaron felizmente la obra de sus padres". Ideales Condorcuncas han seguido señalando el punto céntrico de su renovada epopeya. ¡Qué vivan perennemente, porque justaron para todos! ya que la obra del que triunfa para su egoísmo, no alcanza más allá de donde su cólera alcanza; mas el que triunfa para la humanidad, realiza los grandes destinos de ella".

X V

Honras fúnebres en memoria del Libertador y de los combatientes en Ayacucho.

El 17 de diciembre, 94º aniversario de la muerte del Libertador, el Embajador Doctor Arcaya dispuso que se celebrara en el templo de La Merced, uno de los más bellos e interesantes de la ciudad de Lima, un funeral solemne en memoria del egregio hijo de Caracas y de los heroicos combatientes en Ayacucho. Este acto, para el cual circularon invitaciones especiales, fué honrado por una concurrencia formada por caracterizadas representaciones del mundo social, intelectual, político y diplomático presente en la capital peruana.

La palabra de Monseñor Granadillo, quien celebró los oficios, se dejó oír allí, persuasiva y elocuente, contribuyendo a dar mayor realce al funeral. *El Comercio* le consagró la siguiente información:

"A las diez de la mañana de hoy se llevó a cabo en el templo de La Merced la actuación religiosa organizada por la Embajada Especial de Venezuela, como homenaje espiritual al Libertador y a los soldados muertos en la batalla de Ayacucho.

Desde antes de la hora citada, atendiendo a la invitación hecha circular por la Embajada venezolana, llegaron al templo mercedario numerosas familias de los Embajadores Extraordinarios, varias familias peruanas, comisiones del ejército y de la armada, y gran cantidad de público.

El Poder Ejecutivo se hizo representar por el Mayor Castillo, edecán del Jefe del Estado, quien estaba acompañado de los Excelentísimos Señores Embajadores, Ministros Plenipotenciarios, varios Ministros de Estado y altas personalidades.

La actuación religiosa de homenaje a los libertadores empezó con un elocuente discurso histórico-religioso, pronunciado por el notable orador Iltmo. Monseñor Francisco Granadillo, Obispo de Carabobo, que es miembro de la Embajada de Venezuela y además forma parte de la Delegación de Venezuela al Congreso Científico próximo a reunirse.

La oración del Iltmo. Monseñor Granadillo produjo magnífica impresión.

En seguida se celebró una misa que fué amenizada por la orquesta de la comunidad mercedaria, la que fué escuchada por el público concurrente".

XVI

La Municipalidad de Lima obsequia a la de Caracas con un retrato del Libertador.—Discursos del Alcalde, Doctor Rada y Gamio, y del Embajador Doctor Arcaya.—La obra del Presidente de Venezuela, General Juan Vicente Gómez.

La Municipalidad de Lima, en cuya historia se registran páginas de inol-
idable belleza y de entusiasta admiración por la egregia figura de Bolívar, como
a ofrenda, después de Ayacucho, de la suntuosa espada del Perú, quiso dar nue-
o testimonio de esos sentimientos al obsequiar a la Municipalidad de Caracas
on una copia del retrato de Bolívar que adorna su salón de recepciones. Ese
oto del Ilustre Cuerpo Municipal dió oportunidad, en la tarde del veinte de di-
iembre, a un acto de notable significación, en el que se exteriorizaron, por el
lcalde de Lima y el Embajador de Venezuela, elevados pensamientos de con-
raternidad americana, basados en el ejemplo del pasado y en los nobles empe-
ios de paz, de orden y de progreso que desarrollan al frente de sus respectivos
obiernos los actuales Mandatarios de Venezuela y del Perú. *La Crónica,* de
ima, en su edición del 21 de diciembre dió noticia a sus lectores de aquel acto,
n los términos que en seguida se expresan:

"Ayer, a las cuatro de la tarde, se constituyó en la urbanización Leuro, en
a residencia de la Embajada de Venezuela, el Concejo Provincial de Lima en
orporación, con el objeto de hacer entrega de una copia del famoso retrato de
olívar que existe en la Municipalidad de Lima, a fin de que sea entregada a la
unicipalidad de Caracas como presente.

Recibió al Concejo Provincial la Embajada, presidida por el señor Doctor
rcaya, quien hizo pasar a sus visitantes al salón. Una vez allí, el Doctor Pedro
osé Rada y Gamio, a nombre del Concejo que preside, hizo uso de la palabra en
estos términos:

'Excelentísimo Señor Embajador Extraordinario de Venezuela:

La Municipalidad de Lima posée un retrato de Simón Bolívar, reputado
omo uno de los mejores y más artísticos. De fondo oscuro, como símbolo de
isterio, emerge la figura del Libertador, de cutis atezado por las campañas, de
jos penetrantes como astros resplandecientes, y con la brava tizona en la diestra,

para abarcar con ella, cual fúlgido relámpago, la redondez del planeta, buscando cadenas que quebrantar y patrias que hacer nacer a la luz.

De ese retrato ha hecho sacar copia, por notable pincel, el Concejo Capitolino, para ofrecerla, por el elevado intermedio de Vuestra Excelencia, a la Ilustre Municipalidad de la invicta Caracas, cuna del genial superhombre, como homenaje a su memoria y a la grande y gloriosa Venezuela, su Patria.

Los retratos son peregrino e inaudito medio de conservar el recuerdo de los hombres. Bolívar recibió, por conducto del General Lafayette, un retrato en miniatura y un rizo de pelo de Jorge Washington, que la familia de éste le enviara desde Mount Vernon, sosegado retiro del gran americano. Bolívar, al recibir el significativo presente, dijo: "el obsequio de Washington, trasmitido por Lafayette, es la coronación de toda humana recompensa". Esto exclamaba quien no quiso recibir los millones que le ofrendaba al Perú, por medio de su Congreso, como pobre recompensa a sus sacrificios.

La estela de luz que ha dejado Bolívar es como la ígnea cauda de un cometa atravesando el azul de la esfera. Vedlo pasar sobre las páginas de la Historia, como un César romano sobre el carro alado de la gloria, conducido por inviolados aurigas.

Pero Bolívar no es un César romano: ha rechazado ceñir su frente con la corona imperial de los Andes, o con el *llauto* de Huayna Capac o cubrir sus hombros con el armiño del Rey de Colombia, que le ofrecieran en Caracas, Bogotá, Quito, Lima y Chuquisaca, y desde Londres y París, Jorge IV, Luis XVIII y Carlos X. El dosel real era nada para quien se hallaba cubierto por el cielo de Carabobo y Boyacá, Pichincha y Junín, Ayacucho y Potosí, y cuyas constelaciones de estrellas habían tenido rubor y celos de tanta gloria y habían apresurado su marcha sideral para no ser detenidas por la punta de la invicta espada de Bolívar. Muchas áureas coronas no valen las palabras pronunciadas por el Libertador en enero de 1830, ante el Congreso de Colombia: "Desde hoy yo no soy más que un ciudadano, armado—dijo—para la defensa de mi Patria y la obediencia a mi gobierno. Mis funciones públicas han terminado para siempre. Os entrego la suprema autoridad que la voluntad del pueblo confirióme".

Refiriéndose al rechazo de Bolívar para coronarse, escribe entusiasmado Martín van Buren: "¿Qué ejemplo mejor puede aducirse de humana gloria que el de ese Gran Capitán que, después de haber resistido con éxito a las agresiones extranjeras y sofocado las domésticas conmociones, supo vencer también la flaqueza a que estuvieron sujetas las almas nobles de todos los tiempos?"

El Presidente del Perú, genial estadista, superbo gobernante, Augusto B. Leguía, mantiene el culto a los Libertadores de América: Washington, San Martín, Bolívar, Sucre. El pueblo peruano comparte esa religión patriótica con su invicto mandatario. Y el poeta de América, José Santos Chocano, bajo la égida de Leguía, el grande, acaba de coronar las sienes del Hombre Sol, con laureles arrancados al parnaso de Homero, para cantar la Iliada de América que vivirá en los siglos.

"Si yo no escuchase más que los ecos de mi corazón, me quedaría en el Perú, dijo Bolívar en 15 de agosto de 1826, que me ha hechizado con demostraciones más puras de gratitud y de alegría; pero mi patria me llama; y cuando

habla el deber, es necesario seguirlo en el silencio de todas las afecciones". Si la persona de Bolívar, admirablemente descrita por el soldado de Francia y de Colombia, Luis Perú de la Croix, biógrafo arquetipo del hijo de Caracas, y que por rara coincidencia luce en su nombre el de mi patria; si el Libertador se ausentó de aquí, su recuerdo vive y vivirá en el pecho peruano, mientras éste exista.

Excelentísimo Señor Embajador:

Dignaos, ilustre hijo de Venezuela, brillante diplomático, pensador severo, recibir este retrato de Bolívar y entregarlo, como ofrenda del Concejo Provincial de Lima, al Municipio Caraqueño, con ocasión del primer centenario de la batalla de Ayacucho, para que en la patria de Guzmán Blanco y de Gómez, se conserve como recuerdo del Perú, agradecido siempre a sus Libertadores y defensores".

El discurso del Doctor Rada y Gamio fué muy aplaudido por los concurrentes.

Discurso del Embajador de Venezuela. — Hecha la entrega del retrato de Bolívar, enmarcado por una hermosa corona de laurel, el Embajador, señor Arcaya, dijo:

Señor Alcalde:

Señores Concejales:

Señoras y Señores:

Pueblo de caballeros es el peruano. Eso de atrás lo sabíamos, pero ahora, huéspedes vuestros en estos días memorables, hemos encontrado que en hidalguía y gentileza excedeis a cuanto en elogio vuestro se venía diciendo por el mundo, con ser tanto. Comenzando por vuestro ilustre Presidente señor Leguia nos habéis colmado de atenciones tan exquisitas que nos han llegado al alma, empeñando para siempre nuestra gratitud.

Nueva prueba de vuestra caballerosidad nos dais ahora escogiendo a la Embajada que tengo el honor de presidir para que reciba el magnífico presente que el Concejo Provincial de Lima hace a la Municipalidad de Caracas y que en este momento me entregáis.

Obra pictórica maestra es, en sí misma, la que constituye este presente, y su mérito se aquilata por ser la reproducción de uno de los mejores retratos conocidos del Libertador. Parece que tuviéramos de frente, en la plenitud de su gloria, la figura majestuosa de Bolívar, y que se desprendiera del lienzo para acompañarnos a celebrar la victoria de Ayacucho, como en el día histórico en que al recibir la noticia de la batalla dejó desbordar de su pecho la alegría que lo embargaba.

En nombre del pueblo y gobierno de Venezuela, en el de la Municipalidad de Caracas, cuyos sentimientos estoy seguro de interpretar fielmente, en el de mis compatriotas aquí presentes y en el mío propio, os presento, señores Alcalde y Concejales, el más vivo testimonio de reconocimiento. Recibidlo señores, porque es sincero, y dignaos trasmitirlo a la ilustre Corporación que representáis.

Venezuela tuvo la fortuna de producir para la Independencia de la América a Miranda el Precursor, a Bolívar el Libertador, a Sucre el Triunfador y a la innumerable legión de Jefes, Oficiales y soldados que a las órdenes de los dos últimos combatieron en todos los campos de batalla de la libertad americana. Nin-

guna ciudad ni aldea de Venezuela dejó de dar el contingente de algún hijo suyo a esa legión gloriosa. Héroes ignorados fueron los más de ellos que perecieron en las rudas campañas de la Independencia. Nadie supo en la América sus nombres y hoy son desconocidos los sitios donde yacen sus pobres restos. Grande fué su sacrificio porque no era solamente el de sus propias vidas sino el de la felicidad de los suyos. En la miseria dejaron en Venezuela sus humildes hogares, en un país arruinado por la espantosa guerra a muerte que nos tocó sostener contra los poderosos ejércitos españoles que acaudillaba Morillo.

Pero si grande fué el sacrificio, grande es también el patrimonio de gloria que aquellos hombres legaron a Venezuela y no menor la gratitud que por los héroes venezolanos guarda la América. El Perú la ha probado por modo espléndido con la magnífica apoteosis de Bolívar y Sucre que ha hecho al celebrar el Centenario de Ayacucho con pompa y fastuosidad propias de su riqueza y grandeza y con singulares demostraciones de veneración a la memoria de aquellos dos grandes hombres.

Máxima ha sido la glorificación que de ellos ha hecho vuestro Presidente señor Leguía, a quien con razón llamáis genial estadista y superbo gobernante, pues, en efecto, él ha logrado afirmar sobre bases indestructibles las simpatías del mundo por vuestra patria y se ha destacado ante la América como el hombre representativo de la justicia histórica.

Por lo que a Venezuela respecta os puedo asegurar, señores, que de tal modo ha estrechado esta celebración centenaria nuestros viejos nexos con el Perú, que no parece sino que hubiéramos vuelto al tiempo heroico en que bajo la dirección de Bolívar, eran, puede decirse, una sola nuestras patrias. Es verdad lo que tantas veces se ha dicho que los muertos mandan, pues Bolívar, señores, sigue mandando los pueblos que libertó, en el sentido de que son cada día más respetados sus consejos de unión y fraternidad.

Venezuela recuerda con satisfacción que cuando en 1902 se vió envuelta en un gravísimo conflicto internacional, con sus puertos bloqueados por las escuadras de tres grandes potencias europeas, y amenazada de perder una parte del territorio nacional por la ocupación permanente que una de esas potencias tenía en mira hacer, todos los países bolivarianos nos acompañaron con sus simpatías, y bien sabíamos que si se empeñaba la desigual pero necesaria contienda que habría seguido al desembarco de los soldados extranjeros, el recuerdo de Bolívar y Sucre habría llevado a los campos de batalla de Venezuela, a combatir a nuestro lado, a los hijos de los países que ellos libertaron. La Argentina también salió entonces en nuestra defensa, por las vías diplomáticas, proclamando la doctrina que lleva el nombre de su célebre Ministro Drago, lo cual en el fondo significaba que el pueblo de San Martín estaría también al lado del pueblo de Bolívar, si llegaba el caso de que tuviésemos que defender nuestra Independencia. Quede ésto consignado para que se sepa que ningún venezolano olvidará nunca ese noble gesto de la gran República del Sur. Afortunadamente Roosevelt, el ilustre Presidente de los Estados Unidos, evitó que siguiera adelante el plan a que acabo de aludir, pues hizo saber al Gobierno alemán que la ocupación de cualquier puerto venezolano motivaría la rápida y enérgica acción que para impedirla haría la marina de guerra americana. Quede así mismo consignado ésto en honor de la

RETRATO DEL LIBERTADOR
Copia ofrecida por la Municipalidad de Lima a la Municipalidad de Caracas

Patria de Washington, siempre amiga generosa de Venezuela, y en gloria l
Roosevelt.

Mas ya que he mencionado el bloqueo de 1902, permitidme, señores, ha
ros un relato que os mostrará cómo se encadena ese suceso con la historia de nus
tra independencia, y cómo el actual Presidente de Venezuela ha pagado las d
das de Bolívar.

Aunque en el fondo el bloqueo era un conato de conquista territorial, te
por objeto aparente el cobro de reclamaciones puramente pecuniarias, y voy
referiros por qué.

Bolívar, para sostener la tremenda guerra que hizo a España tuvo q
ocurrir por dinero a los banqueros ingleses. En su tiempo, el Cid, el otro guer
ro que representó en la Edad Media el alma española, como Bolívar la rep
sentó en la Edad Moderna, había tenido también necesidad de dinero para s
expediciones contra los Moros. El Campeador llenó de pesada arena unas caj
y selladas las dió en prenda a los judíos prestamistas, en el concepto de que e
cerraban preciosas joyas. Cuando fué a rescatarlas les declaró la verdad, pe
con orgullo les dijo que era el oro de su palabra lo que encerraban las cajas. B
lívar no empleó estratagema alguna. Los banqueros le dieron cuanto por órga
de sus Agentes en Europa les pidió, porque tuvieron fe en su genio y su destin
Así se formó la enorme deuda pública de la Gran Colombia, pero menos afor
nado Bolívar que el héroe medioeval, no pudo devolver el dinero recibido, esto
la República que él presidió no pagó esos empréstitos bajo el Gobierno de Bo
var, ni tenía por qué hacerlo, pues se trataba de obligaciones a largo plazo.
dividirse la Gran Colombia la cuota que le tocó a Venezuela en el reparto resp
tivo vino a constituir la deuda pública venezolana.

Desgraciadamente Venezuela, como la mayor parte de los demás países
la América Española, fué víctima de la demagogia. Se quisieron aplicar tod
las teorías del más exagerado romanticismo político de una época en que
palabrería brillante se prefería a las enseñanzas de la experiencia, y el res
tado fueron las guerras civiles que por largos períodos arruinaron y ensangre
taron mi patria.

Lejos de cancelarse las deudas sagradas que contrajo Bolívar para libe
tarnos, se aumentaron con los intereses caídos y la Nación incurrió en nuev
compromisos con empréstitos que fueron la obligada consecuencia de las mi
mas guerras civiles, y éstos tampoco se pagaban ni se atendía a las reclamaci
nes derivadas de las propias contiendas intestinas.

De allí el bloqueo de 1902. Descartada por la intervención de Roosev
la posibilidad de que por vía de indemnización se nos despojase de alguna par
de nuestro territorio, todavía el año siguiente el Gobierno alemán le hizo
mismo Roosevelt la sugestión, que él rechazó, de que su Gobierno, unido al
las potencias europeas acreedoras de Venezuela, tomase a su cargo, de hech
la administración de nuestra hacienda nacional.

Pero estos sucesos produjeron la más profunda impresión en el alma n
cional venezolana. Se vió el abismo a que nos habían conducido las guerras civ
les y fué extremadamente dolorosa para el patriotismo la humillación sufrid
Sobrevino la necesaria reacción en favor del orden y la seriedad administr

tiva. Cayeron en el más profundo desprecio las prédicas absurdas que habían mantenido agitados los ánimos. El hombre que encarnó las nuevas tendencias fué el General Juan Vicente Gómez, guerrero y agricultor. Gran patriota, le dolía en el alma ver que al cabo de más de setenta años de haberse comprometido la República a pagar las deudas de Bolívar, apareciesen los acreedores apremiándonos a cumplir esa obligación que desde el principio debió sernos sagrada.

Gómez comprendió que lo urgente era la pacificación del país. A la sazón estaba en armas una poderosísima Revolución contra el Gobierno que presidía el General Cipriano Castro. Aceptó Gómez el Comando de los Ejércitos del Gobierno y con tal carácter debeló la Revolución en una serie de batallas campales, las más recias que registra la historia de Venezuela. Castro, sin embargo, no atinó a reorganizar las finanzas. Por eso y por otras desacertadas medidas suyas estuvo otra vez la República, en 1908, en peligro de que se reprodujeran las tristes escenas de 1902. El mismo Castro lo comprendió sin duda así y abandonó el país. Gómez asumió legalmente el poder y desde entonces viene dirigiendo los destinos de la República.

Pues bien, señores, con profunda complacencia os lo digo y sé que también os complacerá saberlo: las deudas del Libertador están ya satisfechas, y éste es el más grande homenaje que el Gobierno de Venezuela, presidido por el General Gómez, puede presentar a la memoria del Padre de la Patria en las celebraciones del Centenario de la gran batalla que aseguró la Independencia de la América.

En efecto, si en el total de la deuda venezolana se calcula la parte correspondiente a la herencia colombiana, y a ella se imputan los pagos efectuados desde 1908, se ve claramente que éstos la exceden en mucho. Mejor dicho, prácticamente Venezuela no debe hoy nada a extranjeros ni nacionales, porque si bien quedan en circulación títulos de su deuda por algunas decenas de millones de bolívares, el Gobierno venezolano posee una existencia en oro bastante para cancelarlos todos en un solo cheque que a la vista podría girar contra el Banco depositario de los fondos públicos. Esto ha logrado realizarlo el General Gómez al mismo tiempo que ha emprendido las más atrevidas y costosas obras públicas que jamás se han hecho en Venezuela, y que en instrucción, saneamiento y todos los ramos de una bien dirigida administración se han efectuado enormes gastos.

Guarda el folklore venezolano, como sin duda también el de muchos otros pueblos, la creencia, venida de la lejanía de las edades pretéritas, de que sigue vagando en la tierra, atormentada y atormentadora, la sombra del difunto cuyas deudas de honor o conciencia no están satisfechas. Toca a los filósofos discurrir acerca de si esto es una superstición, o si en la ingenua creencia popular hay algún recóndito fondo de verdad; pero si las sombras de los héroes se ven y se hablan, ya la de Bolívar podrá decirle a la del Cid, que también fué oro su palabra y sus hijos le han rescatado.

Señores: Inolvidable será para mis compañeros de la Embajada y para mí, el recuerdo de la hora presente transcurrida en vuestra amable compañía, como lo será también el de todas las que hemos pasado en la opulenta, la gentil, la gloriosa, la noble ciudad de Lima.

Señor Alcalde: Con respeto y veneración será conducido a Caracas y entregado a su Municipalidad, el retrato que acabáis de entregarme, y personalmente os doy las gracias por las expresiones, que no merezco, usadas por vos en mi elogio. Emanadas de vuestro noble corazón, las ha dejado pasar sin censura vuestro claro intelecto, y sólo las recojo como prueba de cuán generosa es vuestra hidalguía".

Con fecha 22 de enero de 1925, el Doctor Arcaya, Ministro de Relaciones Interiores, hizo entrega a la Municipalidad caraqueña del valioso donativo. En el acto, que revistió imponente solemnidad, acompañaron al Doctor Arcaya varios miembros de la Embajada venezolana al Perú, el Gobernador del Distrito Federal y otros distinguidos funcionarios públicos. Al consignar en manos del Presidente del Concejo, Doctor V. M. Rada, el magnífico retrato, el Doctor Arcaya pronunció elocuente discurso, en el que hizo el recuento de su misión al Perú, evocó con orgullo patriótico las satisfacciones que recibiera ante los homenajes tributados a la gloria de Bolívar y Sucre, y elogió con el calor de una convicción profunda la obra de patria realizada por el General Gómez en armonía con la excelsitud de nuestro pasado y con el legado moral de nuestros Libertadores. El Doctor V. M. Rada le contestó en términos igualmente expresivos y patrióticos, en los que agradeció a la Municipalidad limeña su noble gesto de confraternidad peruano-venezolana.

XVII

El maestro del Libertador.—Los restos de Don Simón Rodríguez son inhumados solemnemente en el Panteón de los Próceres. Decreto del Presidente Leguía.—Oración panegírica de Monseñor Carrasquilla.

Con fecha 22 de diciembre el Presidente Leguía dictó el siguiente Decreto en homenaje a la memoria de don Simón Rodríguez, Maestro del Libertador e hijo esclarecido de la ciudad de Caracas:

EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA

CONSIDERANDO:

Que no sólo comprometen la gratitud nacional los que practican acción meritoria, sino en algunos casos, también, aquellos que inspiran o estimulan la idea determinante de la acción;

Que el juramento en el Monte Sacro, de Bolívar ante su maestro Simón Rodríguez, revistió los caracteres de un compromiso solemne entre maestro y discípulo, a todas luces generador de la campaña libertadora;

Que, en consecuencia, Simón Rodríguez, como maestro del Libertador, ha comprometido la gratitud de América;

DECRETA:

Los restos del maestro don Simón Rodríguez serán inhumados en el Panteón de los Próceres con los honores de Presidente de la República.

Señálase para dicha ceremonia el día veintidós del presente.

Dado en la Casa de Gobierno, en Lima, a los diecinueve días del mes de diciembre de mil novecientos veinticuatro.—A. B. LEGUIA.—A. MAGUIÑA.

Al comentar este Decreto, inspirado por la justicia histórica, "La Prensa", entre otros conceptos enaltecedores, dijo lo siguiente:

"Va así a tener digna sepultura el hombre que "inspiró la idea determinante de la acción" libertadora; el hombre que soñó en los albores del siglo décimonono con el establecimiento de las instituciones republicanas en esta América y que, adivinando el genio y el valor de su discípulo, "educólo para libertador", según la feliz expresión del más documentado de sus biógrafos, el señor Lozano y Lozano.

La cripta de los Próceres del Perú va a abrir sus puertas al maestro de Bolívar; allí descansará en paz, en la tierra que hizo suya después de sus largas peregrinaciones por el viejo mundo, el fervoroso apóstol de la Libertad, el primero acaso que concibió la idea, hoy en marcha, de una gran confederación de las repúblicas americanas que asegure la paz, la libertad y el bienestar del mundo".

Los restos de Don Simón Rodríguez fueron exhumados en el cementerio del pueblo de Amotape, de la Provincia de Paita, y embarcados a bordo del vapor *Mantaro* que los condujo al Callao. La cañonera *Lima* los recibió luego a su bordo, en espera de la solemne ceremonia de su traslación a la capital.

"En la mañana de hoy, dijo "El Tiempo", de acuerdo con el ceremonial preparado por el Ministerio de Instrucción, tendrá lugar la solemne recepción de los despojos mortales de don Simón Rodríguez, traídos desde Amotape para ser inhumados, con los honores debidos a este esclarecido venezolano en el Panteón de los Próceres, recién inaugurado entre nosotros.

La ceremonia que promete ser espléndida, constituirá el mejor homenaje que pueda rendirse, en estos momentos excepcionales del Centenario de Ayacucho, a la memoria de quien como don Simón Rodríguez tuvo la rara, providencial fortuna de servir de ayo y confidente al Libertador de cinco países suramericanos, cuya recia personalidad histórica contribuyó a plasmar antes que nadie con sus enseñanzas libertarias.

No hubiera sido justo que entre los numerosos homenajes que en estos últimos días se han rendido fervientes, a los manes de los fundadores de la independencia de América, hubiese faltado el que nuestro país y con éste todos los pueblos redimidos por el genio de Bolívar, tenía la obligación moral de tributar al esclarecido venezolano que acompañó a Bolívar, como preceptor confidente, durante la niñez del Libertador, en Caracas, y en su adolescencia, en sus viajes por Europa.

Está tan bien estudiada la personalidad de don Simón Rodríguez y la influencia poderosa que ejerció en el espíritu y en la conciencia del Libertador Bolívar, que sería inoficioso remarcarla en estas líneas, hoy que la nación peruana cancela con la memoria de Rodríguez su deuda de honor, señalando a sus despojos mortales la tumba definitiva en donde pueden descansar gloriosamente, al lado de los soldados de Bolívar, de los guerreros que materializaron en los campos de batalla los anhelos y las doctrinas del maestro del Libertador.

Don Simón Rodríguez, cuya inquieta existencia lo llevó a peregrinar por distintos países de Europa y que fué el único testigo del juramento del Monte Sacro, en que Bolívar prometió no dar descanso a su brazo ni a su espada hasta libertar su patria, que vino al Perú cuando su discípulo se encontraba en la cúspide de su poder y de su gloria, murió oscuramente en el pueblo de Amotape, en el Departamento de Piura, en 1854, habiendo permanecido completamen-

te ignorado el lugar en que reposaban sus restos hasta ahora pocos años en que un investigador venezolano consiguió dar con su paradero. Ultimamente, debido a la iniciativa de un compatriota nuestro, el gobierno hizo gestiones para exhumar en Amotape los despojos del maestro del Libertador, y traerlos a Lima para colocarlos en el Panteón de los Próceres.

Es con este objeto que los restos de don Simón Rodríguez serán traídos hoy a esta capital y trasladados al Panteón de los Próceres. El elogio del célebre maestro será dicho por Monseñor Carrasquilla, de la Embajada colombiana, orador ilustre que es honra de la iglesia católica.

DON SIMON RODRIGUEZ

De más está decir, que el homenaje que va a rendirse a la memoria de Rodríguez alcanzará toda la magnitud que reclama tanto la célebre personalidad del preceptor de Bolívar, cuanto la gratitud que todos los suramericanos debemos a quien, como él, pesó tanto con sus enseñanzas en el ánimo y en el espíritu del Libertador".

Bajo tan magníficos auspicios, la Apoteosis del Maestro encarnado en una de las personalidades más complejas que produjo Venezuela en las postrimerías del siglo XVIII, tenía que alcanzar relieve extraordinario. La prensa toda se hizo eco de la apoteosis, entre frases de exaltación y de justicia para aquel que fué, no sólo el modelador del alma de Bolívar, sino un removedor de ideas, un espíritu enciclopédico y el más avanzado de los transformadores del régimen educacionista implantado por España en la América.

He aquí la descripción que hizo "El Comercio" de la ceremonia:

"En la mañana de hoy se realizó la ceremonia del desembarque de los restos del que fué don Simón Rodríguez, maestro del Libertador Bolívar, y su traslación a Lima, para ser inhumados en el Panteón de los Próceres.

A las 9 y media, en la lancha "Grumete" se dirigieron a bordo del crucero "Lima", el prefecto del Callao, coronel Rivero; el capitán de puerto, comandandante Stiglich; el director de la beneficencia pública, señor del Pino; el alcalde municipal de Piura, señor César Cortez; el párroco de Paita, señor Virgilio San-

to; una comisión del Concejo Provincial del Callao; el jefe de la gendarmería, Teniente Paulette y el Teniente primero Rivadeneyra, con el objeto de recibir los restos.

En el "Lima" después de firmarse el acta correspondiente, se procedió a la entrega de los restos, por el primer Comandante, Capitán de fragata don Gustavo E. Frías.

En ese momento el párroco de Paita, pronunció una breve alocución.

La dotación del "Lima" rindió los honores de ordenanza, y en el instante que desatracó del costado del crucero la falúa, con los restos, se hizo una salva de 21 cañonazos.

En la bahía se organizó el desfile en esta forma:

Lancha del "Lima", remolcando a una falúa, donde se había elevado un catafalco en el cual reposaba una elegante caja de acero, que guarda los restos del maestro del Libertador Bolívar, cubierta con una bandera venezolana custodiada por cuatro marineros.

Lancha "Grumete", con la comitiva oficial y lanchas de los buques de la armada nacional, conduciendo comisiones de jefes y oficiales de la escuadra.

En el muelle oficial fueron recibidos los restos por comisiones del regimiento de artillería de costa, de las compañías de bomberos con sus respectivos estandartes y de algunas sociedades de este puerto.

El cortejo se dirigió a la estación principal del Central, recorriendo el malecón Figueredo, la plaza Graü, calle de Constitución y plaza San Martín; habiendo tributado los honores el regimiento de artillería de costa, con estandarte y banda de músicos, que formó abriendo calle.

A las 10 partió para Lima el convoy fúnebre.

En Lima.—Poco después de las diez de la mañana de hoy llegaron a la estación de los Desamparados los restos de don Simón Rodríguez.

De acuerdo con el ceremonial publicado oportunamente formaron abriendo calle desde esa estación hasta el Panteón de los Próceres las tropas de la guarnición de Lima y sus contornos.

También en la estación en referencia, esperaban la llegada del convoy, los miembros de los Poderes Ejecutivo, Legislativo y Judicial, comisiones del Concejo Provincial de Lima y de diversas instituciones patrióticas.

Cuando llegó el ataúd de acero que guarda los restos del maestro del Libertador, presidiendo el duelo el alcalde de Piura, señor César Cortez, las bandas tocaron marcha fúnebre y luego se inició el desfile por el jirón Carabaya, hasta la Avenida Piérola, para ingresar en seguida al Panteón de los Próceres.

Sobre una cureña de cañón, se trasladó el cadáver de don Simón Rodríguez hasta el Panteón de los Próceres, precedido de 16 batidores y caminando a continuación el cortejo fúnebre.

Cuando llegó el desfile al Panteón de los Próceres esperaba en la puerta el Cabildo Metropolitano con capas negras entonando los salmos de rito.

El cadáver fué colocado en un túmulo levantado en el crucero del panteón y acto seguido el Arzobispo de Lima, Monseñor Lisson, que es al mismo tiempo capellán de honor del Panteón de los Próceres, celebró una misa de requiem, asistido por los miembros del Cabildo Metropolitano.

A esta fúnebre ceremonia asistieron además del Presidente de la República y sus Ministros, los Embajadores acreditados a las fiestas del centenario, varias familias y numerosas personas que habían sido especialmente invitados.

Panegírico de Monseñor Carrasquilla.—El discurso de orden estuvo a cargo de Monseñor Rafael Carrasquilla, quien se expresó en los siguientes términos:

Qui ad justitiam eru diunt multos fulgebunt quasi stellae in perpetuas aeternitates.

(Libro de Daniel).

"Excelentísimo Señor Presidente del Perú:

Ilustrísimo Señor Arzobispo de Lima:

Excelentísimos e Ilustrísimos Señores:

Hermanos míos:

Por encargo inmerecido y honrosísimo del egregio conductor del Estado, me hallo en esta cátedra sagrada para pronunciar el encomio fúnebre de don Simón Rodríguez, con ocasión de trasladarse sus restos venerandos, aquí presentes, desde la iglesia de Amotape, donde yacía desconocido y olvidado, hasta esta brillante capital, donde le sepultaremos en el Panteón de los grandes hombres, circuído con los resplandores de la fama.

Al pronunciar el elogio de un hombre que acaba de fallecer, embargan el ánimo, junto con los méritos del finado, el espectáculo siempre nuevo de la muerte, el vínculo que lo ató a sus conciudadanos, la memoria de los beneficios recibidos y la duda de si la cercanía del personaje aumentará o hará menos visibles las cualidades a los ojos atónitos del panegirista.

Hoy acontece lo contrario; a setenta años de distancia, la muerte ni asombra ni conmueve; el varón egregio ya pasó al dominio sereno de la historia; y el tiempo transcurrido, o esfumando o borrando las humanas flaquezas, deja ver al hombre a lo lejos en su verdadera magnitud y en todo el esplendor de su gloria.

Y gloria excelsa ha de ser la que renace más de medio siglo después de la muerte, en esta América Latina de perpetuas mudanzas y de volubles voluntades.

Por eso, sin la prudente sabiduría de la Iglesia que, para lección de los vivos, no tributa los honores del triunfo sino a los reconocidos como héroes de santidad para la autoridad infalible del Vicario de Cristo, y que dispone que siempre se ore en sufragio de los muertos, mejor que las negras colgaduras y los cirios amarillos y el canto funeral del *Dies Irae,* responderían al estado de nuestro ánimo, los ramos de flores y la profusión de luces y las notas regocijadas de los salmos de triunfo.

Sólo no extrañamos el estampido del cañón con que el Perú conmemora a su hijo adoptivo. Lo mismo truena el bronce para llorar a los muertos que para glorificar a los vivos. Consiste en que la Iglesia, que es eterna, se lamenta o se regocija en vista de la suerte futura de los suyos; la Patria que es del tiempo, no tiene sino una voz para celebrar toda grandeza: la del que vence y la del que sucumbe en su servicio, la del héroe y la del mártir.

Hoy hemos conducido desde las riberas del mar los despojos de un hombre, tributándoles los supremos honores señalados por las ordenanzas militares para honrar al Jefe del Estado. ¿Quién fué aquel cuyo espíritu inmortal animó este puñado de cenizas? ¿Acaso el héroe de Chacabuco y de Maipú, o el de Junín o el de Ayacucho? ¿O un estadista insigne, organizador de la República, o un orador elocuentísimo o un encumbrado poeta? Nada de eso: la gloria que festejamos hoy es sólo la de un maestro de escuela.

Y a mi humilde dictamen, la nota más alta de inteligencia y de cultura dada por el Perú en este centenario deslumbrador es esta glorificación del magisterio.

¡El maestro! ¡Cuán hondos afectos despiertan estas dos palabras! En las humildes aldeas, recatadas al socaire de los Andes, hay un hombre de nacimiento humilde, privado de bienes de fortuna, despreciado de sus conterráneos, que enseña a un centenar de chicuelos los rudimentos del saber e infunde en sus corazones el santo amor de Dios y de la Patria. En su modesta tarea es el modelador de las almas ciudadanas y de él depende el porvenir de la República.

Ascendamos; traspasemos el espacio y el tiempo; vámonos al tercer siglo antes de la éra cristiana; desembarquemos en el Pireo; recorramos absortos las calles de Atenas sembradas de pórticos y estatuas; pasemos ante la Acrópolis y el Partenón para entrar a los jardines de Academo. Un grupo de efebos se adelanta por una de las avenidas orlada de olivos y laureles; en medio del grupo marcha un hombre de edad madura y circula por todo el huerto esta palabra: *O didáscalos!* El maestro! Es Platón el divino, rodeado de sus discípulos de predilección, de los guardadores de sus doctrinas esotéricas. El que ha visto aquel espectáculo no necesita más; ya tendrá con qué compensar las amarguras de su vida, ya tendrá qué contar enternecido a sus hijos y a sus nietos.

Algo infinitamente más grande todavía. Estamos en las orillas del lago de Tiberíades; una multitud compacta de cinco mil hombres, sin contar mujeres y niños, se agrupa delante de una navecilla pescadora que acaba de anclar en la ribera y en ella se yergue la divina figura del Hijo de Dios hecho hombre que abre la boca para enseñar la nueva doctrina que ha de renovar el universo. Jesucristo Nuestro Señor, que es Rey, que es amo, juez, Hijo de Dios, no quiere ser llamado sino con el nombre de Rabbí. "No queráis ser apellidados maestros, porque no hay sino un maestro solo, que es Cristo".

El maestro es el despertador de la inteligencia, el forjador de voluntades, el preparador de las edades futuras. No tiene acaso la fecundidad de la carne y de la sangre; no engendra cuerpos, pero posée la fecundidad del espíritu y engendra patriotas para el tiempo y santos para la eternidad. Es el sembrador que cuida de la tierna planta en los primeros meses, dejando que otros recojan la cosecha e hinchen con ella las espaciosas trojes.

Don Simón Rodríguez fué maestro; el maestro único del Libertador Simón Bolívar.

"Como el maestro de Alejandro—dice un joven y ya ilustre historiador colombiano—fué el mentor de Bolívar un filósofo. Enorme la superioridad intelectual de Aristóteles, el estagirita inmortal, sobre Rodríguez, oscuro pedagogo de una colonia española. Iguales, en la olímpica paridad de los genios, el afortunado dominador de los pueblos antiguos y el gran libertador de los jóvenes pueblos americanos, los nombres de los dos preceptores tienen que brillar con la misma intensidad en la historia—si de ellos llegare a perderse todo otro recuerdo—en estas frases de sus discípulos egregios:

"Dice Alejandro: Yo debo la vida a mi padre; pero si reino con alguna gloria, exclusivamente a Aristóteles la debo.

LOS RESTOS DE DON SIMON RODRIGUEZ
Su traslación al Panteón de los Próceres

Dice Bolívar: Yo he seguido el sendero que Rodríguez me señaló. El formó mi corazon para la libertad, para la justicia, para lo grande, para lo hermoso".

Vió el insigne maestro la luz primera en Caracas, la ciudad donde germinan los genios como las ceibas y samanes en nuestros bosques; la cuna de Bolívar y de Bello, fundadores de la libertad y de la ciencia; el uno portador de la independencia desde Cartagena hasta Chuquisaca; el otro, de la sabiduría, desde el lago de Maracaibo hasta el estrecho de Magallanes. Dotado Rodríguez por Dios de talento enorme y de férrea voluntad, se educó por sí mismo y, como el sol, no guardó la luz y el calor en su seno, sino quiso comunicarlos a raudales. El filósofo de Ginebra fué su mentor; su método el de las utopías del *Emilio*. Utopías, digo, pero que encierran un fondo de verdad; porque nada tan racional como el propósito de educar al hombre con la contemplación del uni-

verso, de que es rey por derecho divino. Solamente que el genial y sombrío innovador se olvidó de que el hombre forma también parte de la naturaleza y que si el trueno horrendo revienta en fragor, los cantos de Homero y Píndaro se dilatan rebramando sordos por la inflamada esfera; que si el viento se queja en las tardes de invierno entre las ramas desnudas de los árboles, Ovidio sollozó en el destierro del Ponto; que si los tordos y turpiales trinan al amanecer en la enramada, consiguió emularlos el dulcísimo Virgilio; que si los soles brillan en el nocturno firmamento, Newton supo pesarlos, Galileo los contó uno a uno, Copérnico les señaló sus órbitas; y si la tempestad desgarra el firmamento, queda dominada por el americano inmortal que arrebató el rayo al cielo y el cetro a los tiranos.

Bolívar completó a su maestro; estudió la naturaleza, que es obra de Dios, e investigó la prodigiosa labor de los hombres, de Dios también, porque El nos creó a su imagen y semejanza. Y llegó el futuro libertador de América a adquirir una educación tan hondamente clásica, que el príncipe de los críticos españoles afirma que la carta de Bolívar a Olmedo sobre el "Canto a Junín" es una gloria casi tan grande como las victorias de Carabobo y Ayacucho [1]. Rodríguez no abandonó jamás a su discípulo hasta que no lo vió en la cumbre del poder y de la gloria. Derrochador insigne de lo propio, aumentó los caudales de Bolívar, sin que él lo supiese, hasta hacerlo millonario; con la perspectiva de la riqueza le salvó la vida en una hora de supremo desaliento, le hizo presenciar en Europa los portentos del arte, las reliquias de la antigüedad, las sangrientas glorias de la revolución, la apoteosis de Bonaparte; y Rodríguez fué el inspirador y el único testigo del juramento sobre el monte Aventino de consagrar la vida a la liberación del continente americano. Y el Libertador, aun en el ápice de la dominación, jamás dejó de ser el discípulo dócil y cariñoso y agradecido del anciano pedagogo a quien debía el despertar de su genio incomparable.

En tanto que el discípulo realizaba sus hazañas sobrehumanas, el alma inquieta del maestro le llevaba a viajar por la mayor parte de los países de la tierra. Fiel a su misión, iba por dondequiera enseñando y regentó escuela en Londres y despertó a las ideas del mundo occidental a los hijos de los envilecidos siervos de la Rusia. No interrumpió nunca la correspondencia epistolar con su excelso discípulo, hasta que un día llegó el anciano a esta ciudad de Lima, donde Bolívar estaba gozando a plenos pulmones de los frutos de su grandeza y de sus triunfos. Temió el maestro que, embriagado por el humo del incienso, apenas le recibiera con orgullosa condescendencia; pero se equivocaba. "Yo vi, dice un testigo presencial, al humilde pedagogo desmontarse a la puerta del palacio dictatorial; y en vez del brusco rechazo que acaso temía del centinela, halló la afectuosa recepción del amigo con el respeto debido a sus canas y a su antigua amistad. Bolívar le abrazó con filial cariño y le trató con una amabilidad que revelaba la bondad de su corazón, que la prosperidad no había logrado corromper" [2]. Lima, que presenció aquel abrazo, merece guardar las cenizas del profesor insigne.

---

(1) Menéndez y Pelayo—"Antología de poetas hispano-americanos".

(2) O'Leary—"Memorias".

El Libertador, que había hecho del Alto Perú la República gloriosa que lleva su nombre, quiso darle a su maestro por maestro y lo envió a formar ciudadanos por los mismos métodos con que él había sido formado por Rodríguez.

Muerto Bolívar, disuelta Colombia, el maestro, después de nuevas y dolorosas peripecias, vino a terminar su noble existencia en una costa del Perú, a la orilla del mar, como Bolívar; como él, pobre, desengañado y melancólico. El citado historiador colombiano escribía varios años ha: "Al dormirse en la tumba, fué la última suya una palabra de dolor y de fe: Cuando nada se espera de la vida algo debe esperarse de la muerte".

El fervoroso discípulo de Rousseau quiso abrazarse de la cruz en el postrimer instante de su vida; recibió con piadosa humildad los sacramentos de la Iglesia, que le administró un sacerdote colombiano, y se durmió tranquilo esperando lo de más allá de la muerte. En la vida futura encontraría cumplida la promesa de los divinos libros. "Los que enseñan a muchos la justicia, brillarán como estrellas en perpetuas eternidades". En la tierra tuvo que esperar por más de medio siglo. Sus manuscritos originales se perdieron, y como dice el historiador citado, "sus cenizas abandonadas en la playa peruana, tal vez no han sido humedecidas por otras lágrimas que las del mar al estrellarse en la rompiente".

Pero la hora de la justicia siempre llega y el maestro de Bolívar es el primero que se sepulta en el Panteón, para esperar allí a los tenientes de San Martín y de Bolívar, a los soldados de La Mar y de Sucre; a los Centauros de Suárez y de Silva; a los fundadores de cinco naciones creadas por él, puesto que él modeló el alma de Bolívar".

—

La actuación religiosa de que damos cuenta concluyó después de las doce y media de la tarde, hora en que las tropas volvieron a sus cuarteles después de rendir los debidos honores al Jefe del Estado.

El cadáver de don Simón Rodríguez reposa actualmente en la cripta del Panteón de los Próceres, donde fué colocado después de cantarse los responsos de rito".

XVIII

Homenaje escolar.—Se bautiza con el nombre de "República de Venezuela" a la Escuela Fiscal No. 4.304.—Bella y emocionante ceremonia. El Presidente Leguía, en improvisado discurso, elogia calurosamente a nuestra Patria.

Apadrinada por la señora de Arcaya y por el Presidente de la República, señor Leguía, se efectuó en la mañana del 24 el bautizo de la Escuela "República de Venezuela", sencilla y bella ceremonia que dió lugar una vez más a que se pusiera de resalto, en limpia frase nobilísima, la admiración que siente por nuestra Patria el ilustre mandatario del Perú. Fué este uno de los actos más emocionantes y simpáticos que celebrara la ciudad de Lima en homenaje a la gran fecha de Ayacucho y a la tierra maternal del Libertador. "La Prensa" lo describió del modo siguiente:

"Brillantes contornos adquirió la fiesta de confraternidad peruano-venezolana realizada en la mañana de hoy en la Escuela "República de Venezuela", a la que asistieron el señor Presidente de la República, don Augusto B. Leguía, el Excmo. señor Embajador de Venezuela, doctor Pedro M. Arcaya y su esposa, el Ministro del mismo país, doctor R. Villanueva Mata y su esposa, el Presidente del Gabinete y Ministro de Instrucción doctor Alejandrino Maguiña, el Arzobispo de Lima, Monseñor Lisson, el Diputado Nacional por Cangallo, doctor Teodoro C. Noel, el Director General de Instrucción, el Inspector del mismo ramo, y gran número de caballeros y conocidas damas especialmente invitadas al acto.

El local de la escuela en referencia, había sido arreglado con muy buen gusto con vistosas guirnaldas y banderas entrelazadas de las Repúblicas del Perú y Venezuela.

El Director de la escuela, señor Manuel T. Galván, acompañado del cuerpo docente atendía a los invitados.

El Jefe del Estado.—A las 11 y 40 a. m. llegó el Presidente de la República, señor Augusto B. Leguía, acompañado de los miembros de la Casa Militar,

ándose en seguida comienzo al acto con el toque del Himno Nacional por la anda del ejército.

La ceremonia.—Luego de darse lectura al Decreto supremo en virtud del ual se da el nombre de "República de Venezuela" a la Escuela Nº 4.304, el Di- ector del plantel, señor Galván, pronunció el siguiente discurso, que mereció los plausos del auditorio:

Excmo. Señor Presidente de la República:

Excmo. Señor Embajador de Venezuela:

Señor Ministro:

Señoras y Señores:

Por el Decreto que acaba de leerse le ha tocado a este plantel la honrosa listinción de llevar el nombre de la Escuela "República de Venezuela".

Y en virtud de este Decreto, se convierte este recinto infantil en la pro- ongación de aquella hermosa e hidalga patria de Bolívar y Sucre, de Miranda, le Guzmán Blanco y de Gómez, y de tantos otros apóstoles del ideal, de la ibertad y del pensamiento.

Mi primera palabra en esta sencilla actuación sea de rendido homenaje a quellos prohombres que con Bolívar vinieron en misión profética a unificar el itmo de dos pueblos, que supieron ser denodados para ser libres, que confun- lieron su sangre, sus aspiraciones y sus anhelos, en un solo principio.

Es insuperable la profunda intensidad de nuestros sentimientos de sim- atía a esa "Venecia-pequeña" (Venezuela) y nuestra gratitud y admiración al éroe de la magna epopeya de Ayacucho, libertador de cinco Repúblicas, quien incula en su persona el alma de dos pueblos, hermanos en la sangre, hermanos n ideales y sentimientos, y hoy hermanos también en mantener encendido el ulto a sus héroes.

Hoy los hijos del paladín de la libertad se estrechan en fraterno abrazo llenos de fe, fundidos en un mismo crisol de entusiasmo, marchan triunfalmen- e a la conquista de su felicidad, en el amor al estudio, al trabajo y a la justicia.

Excmo. Señor Embajador: la Escuela "República de Venezuela" Nº 4.304 ue me honro en dirigir, os presenta la admiración y fraternal saludo de su ersonal docente y de sus alumnos, y os ofrece inculcar, en el cerebro y en el orazón de los niños que aquí se educan, a base de los conocimientos de la istoria y la geografía de vuestro hermoso suelo, el inmenso tesoro de gratitud ue debemos a vuestros hombres y el hondo y sincero afecto a vuestra amada atria, que la consideramos como la dulce prolongación de la nuestra.

Y así, entre las almas infantiles de esta escuela, repercutirán gratamente as palpitaciones de sus hermanos de Caracas y de generación en generación a ravés de los tiempos, aquí el nombre de Venezuela será evocado, con íntima ruición, con profunda gratitud y con creciente cariño.

Esta hermosa cordialidad del continente americano, y de una manera especial, la estrecha vinculación del Perú con Venezuela, después de Bolívar, es obra trascendental del eminente hombre de Estado, que con clara visión del porvenir, dirige con intenso y patriótico empeño los gloriosos destinos de nuestro país.

No voy a enumerar sus múltiples obras de adelanto y progreso en todos los ramos, porque no es el momento y también porque está en la conciencia de todo el país y aun vosotros, Excmo. Señor Embajador y señores delegados, habéis observado seguramente en vuestra corta permanencia a nuestro lado, a la vez que el afecto sincero que aquí se profesa por vuestra patria, las obras de aliento emprendidas por nuestro actual Gobernante, que además de su preclaro talento, atesora en sus fibras la voluntad y la acción inagotables.

Si Bolívar, por designio providencial, vino a libertar nuestra patria, Leguía, también por designio providencial, está señalado para hacer al Perú grande y bello en el concierto de las naciones.

Nuestra eterna gratitud a estos austeros varones, que en noble cruzada laboran por la felicidad de los pueblos.

Sus altas virtudes servirán de lección objetiva para los que en este plantel se educan.

Día de grato recuerdo y de legítimo orgullo, para esta escuela, será el de hoy, en que el primer mandatario de la República apadrina esta ceremonia, con la virtuosa y digna hija de Venezuela señora de Arcaya, y cuyo estandarte a la vez será apadrinado por el ilustre Embajador de la República hermana y la distinguida dama peruana señora Maguiña.

Entrelazados los personajes representativos del Perú y Venezuela, en íntimo y generoso consorcio, celebran en afectuosa forma la sugerente fiesta de los niños, dando ejemplo de una vinculación espiritual de alto y trascendental significado en la vida infantil.

Lleno de satisfacción me permito presentar el homenaje de nuestra admiración y nuestra más honda gratitud a los ilustres padrinos de esta fiesta, a los señores Ministros y distinguidos delegados y en especial a las muy dignas y cultas damas venezolanas y peruanas que nos honran con su valiosa compañía. Su recuerdo vivirá imperecedero en nuestros corazones.

He dicho".

Habla el señor Leguía.—Acto continuo y en medio de atronadores aplausos, el señor Leguía improvisó una brillante alocución, en la que habló de los lazos de unión que vinculan al Perú y Venezuela, expresando que con el homenaje que se rendía en esos momentos, el Perú no hacía sino pagar una deuda de gratitud a la hermana República de Venezuela, países ambos que continuarán juntos en el dolor y en la grandeza. Exhortó a los alumnos a que formen en sus almas desde pequeños el amor, el respeto y la veneración hacia la República de Venezuela, y dirigiéndose al Embajador Doctor Arcaya, dijo que los venezolanos debieran ver en aquella escuela una prolongación de su Patria.

Magnífica impresión produjeron las palabras del Jefe del Estado en el ánimo del señor Embajador y del Ministro de aquella República, escuchándose nutridos aplausos de la concurrencia.

Bendición del estandarte.—Se realizó la bendición del estandarte por el Arzobispo, Monseñor Lissón, acto que fué apadrinado por el señor Presidente de la República y por la esposa del Embajador de Venezuela, Excmo. Señor Doctor Pedro M. de Arcaya.

La banda tocó el Himno de Venezuela, que fué escuchado con unción patriótica, siendo muy aplaudido al finalizar.

Agradecimiento.—El Embajador de Venezuela, en breves frases, expresó su agradecimiento a nombre propio y de su país por el homenaje que se le tributaba en ese momento, recordando la confraternidad que siempre ha imperado entre el Perú y Venezuela y la gran simpatía que en su patria se profesa al nuestro.

Ejercicios físicos.—Los alumnos realizaron en presencia del Jefe del Estado diversos ejercicios, desfilando en forma marcial. La corrección de las maniobras realizadas impresionaron favorablemente a todos los presentes.

Obsequio.—El Ministro de Venezuela, Doctor R. Villanueva Mata, obsequió, a nombre de su país y de su ilustre Presidente, General Gómez, gran cantidad de libros a la escuela y una magnífica bandera de su Patria.

Los concurrentes fueron agasajados con pastas y refrescos, en tanto que la banda animaba el ambiente tocando las mejores piezas de su repertorio.

Tal ha sido a grandes rasgos el resultado de la simpática fiesta que brevemente reseñamos".

En la tarde del mismo día las damas de la Embajada, presididas por la señora de Arcaya, ofrecieron un te a los 300 niños que forman dicho plantel, y quienes conducidos por su Director, señor Galván, hicieron su entrada al salón del Parque Zoológico portando en alto el pabellón de Venezuela que les obsequiara el Ministro Doctor Villanueva Mata. La señora de Arcaya y sus distinguidas acompañantes pusieron todo empeño en dejar una grata impresión en aquellos niños que, educados en el culto de los grandes hombres que realizaron la Independencia, constituirán mañana un vivo lazo de unión fraternal entre su patria y la nuestra. El Doctor Key Ayala, notable escritor venezolano, miembro de la Embajada, pronunció cortas palabras de salutación a los niños, expresando en frases muy oportunas el sentido simbólico de aquella fiesta.

XIX

Las fiestas ofrecidas por la Embajada en honor del Presidente Leguía. Te danzante en el Parque Zoológico y baile en el Hotel Bolívar. Comentarios de la prensa limeña.

Dos fueron las fiestas ofrecidas por la Embajada venezolana en honor del Presidente Leguía y para corresponder a las múltiples atenciones que recibiera en la noble y hospitalaria tierra peruana. Se efectuó la primera el 19 de diciembre en los elegantes jardines anexos al Parque Zoológico. El Doctor Arcaya escogió esa fecha en homenaje al Presidente Constitucional de Venezuela, General Juan Vicente Gómez, por ser ella el punto de partida de la transformación social y política que ha llevado a nuestro país a la cumbre de su actual engrandecimiento. Tuvo lugar la otra la noche del 22 en el recién inaugurado y suntuoso Hotel Bolívar, edificio que en lujo y comodidad no tiene nada que envidiar a sus similares de Europa y los Estados Unidos. Ambas fiestas fueron honradas con la presencia del Presidente Leguía, quien recibió los agasajos y cumplimientos que le eran debidos.

Las impresiones que esas fiestas dejaron en la sociedad de Lima fueron traducidas por la prensa en extensos y vibrantes sueltos informativos.

A la recepción y cena del 19 asistieron cerca de dos mil quinientas personas, y más de mil quinientas al baile del Hotel Bolívar. La información de la prensa limeña exime todo comentario.

Fiesta interesante.—De tal puede calificarse la fiesta que ayer ofreció en el restaurant del Parque Zoológico y en parte de los jardines del mismo, la Embajada de Venezuela, que preside el Excmo. Señor Pedro Manuel Arcaya.

En todos los detalles se podía observar que nada había sido omitido para que la fiesta alcanzara éxito singular.

Bajo la dirección de los miembros mismos de la Embajada, se llevó a cabo el arreglo del local, que era de un gusto primoroso.

El gran comedor de cristales, convertido en amplia sala de baile, estaba hermosísimo. La techumbre, las columnas que la sostienen y la galería destinada a la orquesta, lucían multitud de focos eléctricos con los colores blanco y rojo de la bandera peruana, en unos lugares y, en otros, rojo, azul y amarillo, imitando los de la bandera venezolana. Artísticas guirnaldas de flores acompañaban el adorno de luces, dando en conjunto un precioso aspecto.

Llegada del Presidente Leguía al Te-danzante ofrecido en su honor por la Embajada de Venezuela en el "Parque Zoológico"

Todos los árboles ofrecían entre la espesura de sus ramas foquitos de luz de diversos colores. El pino que se levanta en el centro y que es de una altura considerable, había sido íntegramente iluminado y ofrecía sugestivo aspecto. Circundando el jardín se habían colocado farolitos chinos de color blanco y rojo, que estaban iluminados eléctricamente. Tomadas de cada árbol habían guirnaldas de foquitos eléctricos y flores luciendo, unas, los colores de Venezuela, y otras los del Perú. En la arquería de las galerías que circundan el gran salón se había hecho idéntico arreglo de luces y flores.

En la puerta del gran salón recibían a los invitados, miembros de la Embajada y los de la comisión de atenciones designada por el Ministerio de Relaciones Exteriores. Dentro del salón saludaba a los invitados que iban llegando el Embajador, Excmo. Señor Arcaya, a quien acompañaba, entre otros, el Ministro de Venezuela, Excmo. señor Rafael Villanueva Mata.

Entre los concurrentes se encontraban el Presidente de la República, señor Leguía; sus Ministros y Casa Militar, los Presidentes de las Cámaras Legislativas, los jefes y miembros de las Embajadas extraordinarias, Cuerpo Diplomático permanente y considerable número de familias de nuestra sociedad.

A los acordes de dos orquestas instaladas en sitios convenientes y de la banda de músicos del regimiento Guardia Republicana, que se había situado en el jardín, la numerosa concurrencia danzó animadamente hasta las doce de la noche, más o menos.—(*El Comercio,* 20 de diciembre de 1924.)

La gran fiesta ofrecida ayer por la Embajada venezolana. — Conforme anunciamos en nuestra anterior edición, ayer se realizó en los jardines del Parque Zoológico la gran fiesta ofrecida por la Embajada venezolana a las fiestas del Centenario de la Batalla de Ayacucho, que preside, como se sabe, el Excmo. Señor Pedro M. Arcaya. El resultado de esta fiesta superó todas las expectativas que se habían cifrado en ella.

Después de las seis de la tarde, hora anunciada en las invitaciones que hizo circular el Embajador extraordinario, comenzaron a llegar al elegante local del Parque Zoológico numerosas familias de nuestra sociedad, los Embajadores residentes en nuestra ciudad, quienes, asimismo, estaban acompañados de sus familias, Ministros Diplomáticos y un gran número de los más connotados elementos de la buena sociedad de Lima.

A la entrada del salón del Parque Zoológico recibían a los numerosos invitados, el Excmo. señor Doctor Pedro M. Arcaya, quien estaba acompañado de su señora esposa y demás miembros de la Embajada. La comisión de atenciones, nombrada al efecto, facilitaba la labor de los miembros de la Embajada.

El amplio salón estaba profusamente iluminado, con focos de colores verdes, blancos y colorados, dando al conjunto un espectáculo atrayente, animado, feérico. Igualmente habían sido arreglados con gran cantidad de focos eléctricos los árboles del parque. El mayor gusto presidió la decoración del amplio salón del Parque Zoológico. Dada la gran cantidad de familias que concurrió a la fiesta ofrecida por la Embajada venezolana, el local resultó estrecho.

EN EL "PARQUE ZOOLOGICO"
Otro aspecto de la fiesta

En un gran bar, colocado en el fondo del salón, se obsequió a la concurrencia.

Amenizaron la fiesta una banda de músicos del ejército, el jazz band del Hotel Bolívar y la orquesta de damas vienesas del Parque Zoológico, que ejecutaron los bailables más en moda. Ni un momento dejaron de bailar las numerosas parejas.

El baile duró hasta más de las diez de la noche, sin que decayese el entusiasmo, el cual, por el contrario, aumentaba a cada momento. Después de la hora indicada, se sirvió la comida a lo largo de los jardines del Parque Zoológico, en mesas dispuestas adecuadamente.

Aparte los nombrados, asistieron a la fiesta, como invitados de honor, el Jefe del Estado, señor Augusto B. Leguía, quien estuvo acompañado por la esposa del señor Embajador de Venezuela, los Ministros y otros altos funcionarios.

Tanto al ingresar al salón del Parque, como al salir de él el Presidente de la República, la orquesta de damas vienesas ejecutó el Himno Nacional, que fué escuchado en silencio por la enorme concurrencia.

La fiesta de ayer, que terminó en las primeras horas de la madrugada, seguramente dejará gratos recuerdos entre los asistentes, pues al entusiasmo que

reinó durante ella, a la animación, a la alegría, se juntó la suntuosidad, el verdadero derroche de lujo que se hizo y las exquisitas atenciones que prodigaron a las numerosas familias los miembros que componen la Embajada de Venezuela a las fiestas centenarias.

Puede decirse, sin exageración, que pocas reuniones se han realizado como la de ayer en Lima. Todo cuanto de más notable existe en nuestra ciudad se apresuró a rodear a la Embajada venezolana.

Tal es, en resumen, el resultado de la fiesta ofrecida por el Excmo. Señor Arcaya y demás miembros a los representantes de los poderes del Estado y a la sociedad de Lima.—(*El Tiempo,* 20 de diciembre.)

Te danzante ofrecido por la Embajada de Venezuela en honor del señor Leguía.—Suntuosa resultó la fiesta ofrecida ayer en honor del Presidente de la República, señor Augusto B. Leguía, a la sociedad de Lima, por la Embajada Extraordinaria de Venezuela a las fiestas del Centenario de la Batalla de Ayacucho, que preside el Excmo. Señor Pedro M. Arcaya, y que pasamos a reseñar en seguida.

Tanto el salón central cuanto los comedores laterales y los jardines del Parque Zoológico se presentaron perfectamente engalanados con flores, guirnaldas de fantasía y una profusión enorme y artística de flores naturales y foquitos de luz que formaban con sus colores las banderas de los países bolivarianos.

En el estrado alto que ocupa la orquesta regularmente, se colocaron los retratos engalanados del General Gómez, Presidente de Venezuela, y del señor Augusto B. Leguía, Presidente del Perú.

Desde las seis y media de la tarde empezaron a llegar las diversas Embajadas que aún se hallan en Lima, con la totalidad de los miembros que la integran. La concurrencia, formada por los más elevados círculos sociales de Lima y sus alrededores, se hizo presente desde las primeras horas, prestigiando la fiesta de la Embajada venezolana nuestras damas, y las damas visitantes, que lucían lujosos *toilettes* y joyas de valor.

A las 8½, poco más o menos, el Himno Nacional ejecutado por la orquesta del Parque Zoológico anunció la presencia en la fiesta del Jefe del Estado señor Leguía, lo que ocasionó frecuentes aplausos de todos los allí presentes hasta el momento que se retiró, después de haber sido regiamente atendido por los más destacados elementos concurrentes, entre los que se contaban, naturalmente, los miembros de la Embajada Extraordinaria de Venezuela.

Calculamos en dos mil quinientas, poco más o menos, las personas concurrentes a la fiesta, en la que cada una de nuestras damas y señoritas, igual que las visitantes, pusieron una nota inconfundible de belleza y distinción.

En los salones laterales y central actuaron tres orquestas, pero como éstas eran insuficientes, la banda musical del Regimiento Guardia Republicana se instaló en los jardines, que también se hallaban engalanados e iluminados incitando a la concurrencia a bailar en ellos.

Después de las nueve y media se retiró el señor Presidente de la República, siempre en medio de los aplausos de la concurrencia, que con entusiasmo inusitado hízole objeto de las más grandes atenciones.

Hasta la una de la mañana la fiesta continuó animadísima, a tal extremo, que ni aún a esa hora la alegría decrecía un solo instante.

Cuando el entusiasmo era mayor, los diversos bares empezaron a repartir sorpresas entre los invitados, que originaron un entusiasmo mayor, si cabe.

A las diez de la noche se sirvió una magnífica cena en los jardines, y a la una y media, más o menos, terminó la hermosa fiesta.—(*La Prensa,* 20 de diciembre de 1924.)

Suntuoso baile en el Hotel Bolívar.—Se realizó anoche en el Gran Hotel Bolívar, el suntuoso baile que en honor del Presidente de la República, señor Augusto B. Leguía, ofrecían el Embajador Extraordinario y Plenipotenciario en Misión Especial de Venezuela, y la señora de Arcaya.

Grandioso en todos sus detalles y elegantísimo en conjunto, estuvo el baile venezolano, que ha sido, sin duda alguna, una de las fiestas más fastuosas con las que se ha celebrado el Centenario de Ayacucho.

Sobre la puerta de entrada que mira hacia la Plaza de San Martín, se habían instalado dos grandes banderas iluminadas, que ostentaban los colores del Perú y de Venezuela, y en medio de ellas una gran estrella eléctrica.

Desde la puerta de la calle hasta la escalinata que da acceso a la rotonda central del Hotel, se había tendido una riquísima alfombra de Bruselas de color rojo. Esta rotonda estaba convertida en un florido jardín. La gran farola había sido arreglada en todo su derredor con preciosas bongamilias que sobresalían hasta encontrarse con los grandes ramajes de una enorme canasta que pendía del centro de la farola, la que en esa forma se encontraba totalmente cubierta de flores.

En los salones destinados al baile, de por sí hermosos y elegantes, como lo es en general la construcción del Hotel Bolívar, se había hecho derroche de buen gusto y arte; las grandes columnas que se levantan a lo largo del salón, habían sido elegantemente vestidas con guirnaldas de diáfanas flores y pequeños foquitos con los colores de la bandera de Venezuela y siendo ello lo que privaba en el decorado general.

En las galerías que existen a un extremo y otro del salón y que están dedicadas a la orquesta, se ostentaba en una, en gran tamaño, el retrato de Bolívar, y en otra, el de Sucre, ambos circundados con cadenas de flores y foquitos con los colores venezolanos.

En lugar central de los corredores lucía un escudo de flores de la República de Venezuela, que por lo bien trabajado, por lo admirablemente bien combinado de los colores de las flores y por la riqueza de detalles que en la confección se observaba, arrancó vivos elogios, se puede decir, a toda la concurrencia, pues casi no hubo persona que no se acercara a contemplarlo. Este, como todo el arreglo de flores, estuvo a cargo del jardín "La Moda Elegante".

Pero si el arreglo todo era de mucho gusto, el lugar en que mayor derroche de arte se hizo fué en la terraza que da a la Avenida de la Colmena y que había sido transformado en una artística "pérgola".

El techo estaba totalmente cubierto de flores y focos de luz eléctrica de múltiples colores y las arquerías lucían hermosísimas palmeras que impedían la vista de la calle y en cierto modo, resguardaban de la fuerza del aire, en el momento de la cena.

El Embajador de Venezuela, Excmo. Señor Pedro Manuel Arcaya, su gentil esposa, los miembros que integran la Embajada y el personal de la Legación permanente, junto con los miembros de la comisión de atenciones, atendieron con suma galantería a los invitados, que concurrieron en número considerable.

Tal ha sido, ligeramente reseñada, la brillante fiesta ofrecida anoche por el Excelentísimo Señor Embajador de Venezuela y su esposa, fiesta que puede ser considerada como una de las más hermosas de las que se hayan realizado en esta capital.—(*El Comercio*, 20 de diciembre de 1921.)

La gran fiesta de anoche en el Hotel Bolívar. — Anoche se realizó en el hermoso local del Hotel Bolívar, la suntuosa fiesta social que la Embajada de Venezuela. que preside el Excmo. Señor Arcaya, ofrecía en honor del Presidente de la República, señor Augusto B. Leguía, y de nuestros círculos sociales, como demostración de agradecimiento por las muestras de simpatía que han recibido sus miembros desde su llegada a esta capital. La fiesta de anoche puede decirse sin temor de equivocarse, que ha sido una de las más suntuosas y regias que se han efectuado en Lima desde hace algún tiempo, pues todo en ella era distinción, elegancia y belleza, realzada con la presencia de las damas de nuestra mejor sociedad, del brillo de los uniformes y condecoraciones de los Embajadores y Ministros, y de los entorchados de militares y marinos, lo que la hacía sumamente sugestiva.

Los directores del Hotel Bolívar como también el señor Ruiz, propietario del jardín "La Moda Elegante", habían puesto el mayor esmero en el arreglo del local, pues desde la puerta de entrada hasta el interior era todo profusión de luces y flores vistosamente distribuidas, lo mismo que la fachada que mira hacia el lado de la Avenida Piérola, donde en el corredor que está en ese lado se había improvisado un artístico comedor donde se colocaron convenientemente distribuidas las mesitas para la cena, habiéndose hecho una iluminación artística que llamó la atención de la distinguida concurrencia asistente a la fiesta.

Desde antes de las once de la noche comenzaron a llegar al Hotel Bolívar las familias invitadas, quienes eran recibidas en las puertas por el personal de la Embajada, en cuya compañía ingresaban a él, donde eran presentadas al Embajador, Excmo Señor Arcaya, quien se encontraba acompañado de su distinguida esposa y otros miembros de la misión. La concurrencia fué creciendo a cada instante en forma tal, que a las doce de la noche los amplios salones y corredores del Hotel Bolívar eran insuficientes para contener al selecto concurso.

El Presidente Leguía en la recepción y baile ofrecidos en su honor por la Embajada de Venezuela, en el Hotel Bolívar

Cerca de las doce de la noche y cuando la animación era grande, llegó e Presidente señor Leguía, en compañía de sus Ministros y Casa Militar, siend recibido por el Embajador, señor Arcaya, dándole el Jefe del Estado el braz a la señora de Arcaya, en unión de la cual recorrió el local, habiendo las ban das tocado el Himno Nacional, el cual fué recibido con grandes aplausos.

El baile, que tuvo todos los caracteres de suntuosidad hace mucho tiemp no vista en esta ciudad, duró hasta las primeras horas de la madrugada, ha biéndose bailado con un entusiasmo y alegría sin precedente en esta clase de fies tas; contribuyendo a ello cuatro orquestas y una banda militar hábilmente dis tribuidas.

A las dos de la madrugada se sirvió la cena, tomando asiento en la mes de honor el Presidente señor Leguía, sus Ministros, los Embajadores y un gru po de familias de nuestra sociedad, distribuyéndose el resto de la concurrenci en mesitas repartidas en diversos lugares. La cena fué espléndida, habiéndos distinguido en su preparación los administradores del hotel, y la cual mereci con justa razón las alabanzas de los asistentes.

Después de la cena siguió el baile con la misma animación hasta las cua tro de la mañana, hora en que comenzaron a retirarse los asistentes, después d haber pasado unas horas agradables, debido a la gentileza de los distinguido miembros de la Embajada venezolana.

Con la fiesta de anoche han quedado clausuradas las fiestas del Centena rio de Ayacucho, y puede decirse que ésta ha sido un digno corolario de la brillantes fiestas que se han realizado en estos días, y de lo cual debe esta satisfecho el distinguido personal de la Embajada de Venezuela, la que ha reci bido ayer las manifestaciones de aprecio y simpatía de nuestros mejores circu los sociales.—(*El Tiempo,* 23 de diciembre de 1924.)

El gran baile de anoche de la Embajada de Venezuela.—Difícil resulta ha llar palabras para describir el éxito que ha tenido el espléndido baile que en e Hotel Bolívar ofreció anoche la Embajada venezolana, en honor del señor Au gusto B. Leguía, Presidente de la República.

Con este motivo, el edificio del Hotel Bolívar estuvo anoche suntuosamen te engalanado y arreglado con exquisito gusto. La portada estuvo iluminada con gran cantidad de focos de luz y sobre el marco de la puerta principal co foquitos de colores lucían entrelazadas, significativamente, las banderas del Perú y Venezuela.

Desde el hall, la gran rotonda de entrada, pasadizos y los regios salone del local, estuvieron engalanados con guirnaldas de rosas iluminadas, cuyos pé talos y hojas eran de concha natural pintada en varios colores; esta artística y lujosa decoración, juntamente con la gran cantidad de flores naturales, espejos pantallas y arañas de bronce, dieron al local un aspecto fantástico, de rara y suntuosa belleza.

Detrás de las dos puertas principales del Gran Hotel había una esplendo rosa iluminación, luciendo ambas los escudos de nuestra Patria y de la Repú-

El Presidente Leguía, el Embajador de Venezuela, la señora de Arcaya y otros miembros de la Embajada en la recepción ofrecida en el Hotel Bolívar

ica hermana, que con esta suntuosa y elegantísima fiesta ha querido demos-
ar su fineza para con nuestro Gobierno con motivo de su invitación a las fies-
s del Centenario de Ayacucho.

El gran salón de recepciones del local, con su lujosa mueblería, había
do especialmente arreglado para baile, lo mismo que el espacioso y bello co-
edor oficial y corredores del hotel, todo lo cual fué artísticamente engalanado
n gran cantidad de bouquets de flores naturales, que con las guirnaldas men-
onadas daban al baile un aspecto de suntuosidad y belleza inconfundible.

En todos estos salones habilitados para baile, se distribuyó la selecta y
merosísima concurrencia que fué invitada a tan hermosa fiesta, a la que con
presencia dió mayor sugestión y realce.

La asistencia, que como anteriormente hemos dicho, fué selecta y nume-
sa, al ingresar al local fué galantemente atendida por los miembros de la Em-
jada de la República de Venezuela.

La llegada del señor Presidente de la República fué recibida por la con-
rrencia con una gran salva de aplausos. El señor Embajador y su señora es-
sa hicieron los honores de atención al primer Mandatario del País y a su Casa
ilitar, con la cual concurrió.

También se hallaban en el baile que a grandes rasgos reseñamos, todas
s Embajadas que se encuentran aún en esta capital, los señores Ministros de

Otro aspecto de la recepción y baile ofrecidos por la Embajada de Venezuela

Estado y gran cantidad de personas pertenecientes a nuestros más altos círculos sociales, oficiales y políticos.

A la una de la madrugada, en los pasadizos que miran a la Avenida de la Colmena, magnífica y caprichosamente arreglados con focos de luz de colores que pendían de una original ramada hecha *ad-hoc*, se sirvió una espléndida cena, después de lo cual la concurrencia se retiró para ingresar nuevamente a los grandes salones y proseguir el animado baile, que no cesó hasta las cinco de la madrugada de hoy.

En un espléndido bar, que como la cena, fué servido por la casa Vizcontti, fué finamente atendida la concurrencia que asistió a la bella fiesta, cuyo grato recuerdo perdurará en la mente de todos los invitados.

Opaca, pues, resulta nuestra nota en comparación con la realidad. Puede decirse, sin duda alguna, que ha sido una de las mejores y más suntuosas que con este motivo se han efectuado en nuestra capital.

Durante toda la fiesta, la animación no decayó un solo instante y a los acordes de dos espléndidas orquestas, la selecta concurrencia bailó hasta bien avanzada la madrugada de hoy.—(*La Crónica,* 23 de diciembre de 1924).

XX

La Misión Militar.—Ofrendas del Ejército.—Cordiales agasajos.—Viaje a Ayacucho.—Visita al campo de la inmortal batalla.—Imponente y sencilla ceremonia.—Obsequios a la Misión.—El soldado de Ayacucho.—Dos fiestas de confraternidad peruano-venezolana.

La Misión Militar que, presidida por el General Eleazar López Contreras, formó parte de la Embajada Venezolana, cumplió su cometido a cabalidad. La gallardía, el tacto, la cultura y discreción que distinguen a la oficialidad venezolana formada por el Benemérito Jefe del País, General Juan Vicente Gómez, brillaron con especial lucimiento en cada uno de los miembros de la misión enviada a las fiestas del Perú.

Desde el día de su llegada al Callao hasta en el momento de su embarco en el *Oriana,* en viaje de regreso a Venezuela, el General López Contreras y el personal militar puesto bajo sus órdenes, recibieron cumplidas muestras de estimación y simpatías y los más cordiales agasajos, a los que supieron corresponder con celo patriótico y la más correcta noción de sus deberes.

Ya se ha notado, en el curso de la descripción de los actos más culminantes del programa de las fiestas centenarias y de la parte que cupo en ellas a la Embajada de Venezuela, la actuación de los representantes del Ejército. En rápida reseña, se enumeran ahora aquellos actos en que la Misión Militar obró por propia iniciativa, bien que siempre de acuerdo con el Embajador, Doctor Arcaya. Fué el primero, en orden cronológico, la asistencia a la hermosa fiesta militar organizada y ofrecida por el Ministro de Guerra peruano en honor de los jefes militares que se hallaban en Lima. Dicha fiesta se efectuó en la tarde del diez de diciembre, y de ella dijo *La Crónica* que fué una de las más hermosas que se realizaran en la Escuela Militar de Chorrillos en los últimos años. El mismo diario limeño continuó la descripción del festival en los términos siguientes:

"Efectivamente, nunca, antes de ahora, se había dado el caso de ver reunidos en nuestro instituto militar a representantes tan distinguidos como numerosos de los diversos países de América y de otros del viejo mundo.

De conformidad con lo dispuesto en el programa oficial, el Director de la Escuela Militar, Teniente-Coronel Don Aurelio García Godos, confeccionó un programa adecuado, compuesto de números especiales dedicados a demostrar la preparación técnica del personal de la Escuela y la eficiencia del mismo.

A las 2 de la tarde, cuando había ya terminado el almuerzo ofrecido a las delegaciones, llegó al local de la Escuela el Ministro de Guerra, Doctor Juan Manuel de la Torre, siendo recibido con los honores correspondientes.

Poco después comenzaron a llegar al campo de maniobras, en el que se realizó la fiesta de que damos cuenta, los jefes y oficiales de las delegaciones extranjeras especialmente invitados. También notamos la presencia de distinguidos jefes de nuestro Ejército y la de muchas personalidades de nuestro mundo político y social.

La fiesta, como decimos, se realizó en el campo de maniobras de la Escuela. A la entrada del mismo, se había levantado una carpa, bajo la cual la concurrencia presenció la actuación. Ahí tomaron las posiciones de antemano señaladas por los directores de la fiesta los señores jefes militares y navales que son actualmente nuestros huéspedes, a quienes rodeaban los jefes y oficiales de nuestro Ejército, predominando, en todo momento, un sentimiento de sincera cordialidad y simpatía.

Media hora después de la indicada se dió comienzo a la actuación con el desfile de honor ante el Ministro de Guerra y las altas personalidades militares a que nos referimos. La correcta presentación de las tropas de la Escuela y particularmente la de los alumnos de la División Superior llamó la atención de los delegados, produciendo en su espíritu la mejor impresión. Desfilaron por delante de la carpa todas las tropas de la Escuela, siendo a su paso aplaudidas estruendosamente.

En seguida las tropas de Infantería, Artillería y Caballería, separadamente efectuaron diversas evoluciones, demostrando la preparación técnica recibida. Los diversos movimientos ejecutados por los alumnos de la División Superior y los de la sección de tropa, nada dejaron que desear y causaron por lo mismo la más grata impresión.

La caballería realizó diversos ejercicios, demostrando admirable destreza en el empleo del sable. Con este ejercicio, que consiste en simular un ataque, terminó la primera parte de las maniobras.

Bajo la dirección del profesor de educación física de la Escuela un grupo de alumnos de la División Superior ejecutó diversos ejercicios gimnásticos que, por la corrección con que fueron hechos, merecieron igualmente manifestaciones de aprobación general.

Terminados estos ejercicios, el Ministro de Guerra invitó a todos los presentes a recorrer el local de la Escuela, habiendo recorrido los militares extranjeros todos y cada uno de los compartimientos del instituto. Llegados al lugar designado, el Ministro de Guerra, Doctor Juan Manuel de la Torre, en bello discurso, ofreció la fiesta a los ilustres visitantes, invitándoles a beber una copa de champaña.

La Misión Militar venezolana en la Escuela Militar de Chorrillos

El discurso del Ministro de Guerra, en el cual hizo el elogio de los ejércitos ahí representados, exaltando la gloriosa hazaña que significó la batalla de Ayacucho, fué muy aplaudido.

Concluida esta alocución patriótica, la banda ejecutó el Himno Nacional peruano.

En seguida hicieron uso de la palabra, a nombre de la Marina de la República Argentina, el Almirante Godínez, quien en elocuente improvisación, exaltó también las glorias de los ejércitos libertadores que actuaron en las magnas campañas de la Independencia a las órdenes de San Martín, Bolívar y los próceres de la libertad americana.

Terminado el anterior discurso, la banda ejecutó el Himno Nacional argentino.

A nombre del Ejército de Cuba habló el General Don Enrique Loinaz del Castillo. No menos elocuente y bello que el anterior discurso fueron los que sucesivamente pronunciaron: a nombre del Ejército de los Estados Unidos, el Contra-almirante Dayton; a nombre del Ejército del Brasil, el General Alejandro Leal; a nombre del de Colombia, el General Urbano Castellanos; del de Ecuador, General Carlos Flores Guerra; de Venezuela y Bolivia, el General Eleazar López Contreras y el Coronel José Qurzó; y por último, a nombre del Ejército del Uruguay, el General Domingo Mendivil".

El General López Contreras hizo en su discurso un rápido recuento de la campaña libertadora y habló en términos justicieros de la modernización del Ejército venezolano, como una de las obras fundamentales de la labor política y administrativa realizada por el General Gómez al frente de los destinos de Venezuela.

Ofrendas del Ejército.—Las ofrendas destinadas por el Ejército a la gloria excelsa del Libertador y del Gran Mariscal de Ayacucho fueron colocadas, en su oportunidad, en la estatua de largo tiempo atrás consagrada por la gratitud peruana al primero, y en la de Sucre, solemnemente inaugurada en Lima en la tarde del 9 de diciembre. La destinada a los héroes de Ayacucho fué entregada al pie del monumento conmemorativo que se eleva en el propio campo de la acción.

La Misión Militar rindió así mismo un tributo de veneración patriótica a algunos de los jefes que asistieron a la batalla de Ayacucho, colocando sendas coronas en los mausoleos y monumentos públicos que recuerdan a los Mariscales La Mar y Castilla, y a los Generales Salaverry, Gamarra, Necochea y Miller, quienes segaron inmarcesibles laureles en la campaña libertadora del Perú.

Visita al campo de Ayacucho.—El General López Contreras y parte de la oficialidad a sus órdenes, hicieron viaje a Ayacucho, ávidos de contemplar aquel campo glorioso en que se decidieron los destinos de la América libre. Los diarios departamentales y los de Lima consignaron extensa información de esta visita, en la que los nombres de Venezuela y del Perú se pronunciaron, en medio del más vivo entusiasmo popular, rememorándose los días en que las banderas de la América flotaron juntas en aquellos parajes y juntas fueron distendidas por un mismo y augusto soplo de victoria.

Visita de la Misión Militar venezolana al campo de Ayacucho

El Corresponsal de *El Comercio* en Ayacucho trasmitió los siguientes detalles:

"El día 21, después de oír misa en la catedral de la ciudad de Ayacucho, las comisiones se constituyeron en la Quinua, acompañadas por el Prefecto, las autoridades y comisiones de todas las instituciones. El pueblo de la Quinua recibió a los visitantes con gran regocijo, echándose a vuelo las campanas y pasando las comisiones entre lluvia de flores. Visitaron la casa donde se firmó la capitulación y admiraron el cuadro antiguo conmemorativo de la acción, así como la iglesia que sirvió de hospital de sangre. Después pasaron a la pampa donde se halla el monumento a los héroes. El batallón número 2 de colonización rindió los honores del caso. El General López Contreras, a nombre del Ejército de Venezuela, ofreció una artística palma de bronce. El mayor San Román, a nombre del pueblo argentino, ofrendó dos preciosas placas fundidas con bronce de cañones que sirvieron en las campañas emancipadoras.

El Comandante de Armas, Coronel Oré, agradeció dichas ofrendas a nombre del Ministro de Guerra y del Ejército. El Doctor Luis de Castilla habló a nombre del Concejo Municipal de Ayacucho, y el Prefecto, señor Seoane, a nombre del Gobierno, a quien, dijo, se sentía orgulloso de representar. Luego ofreció al General venezolano un puñado de tierra que, según su expresión, había hecho sagrada la sangre de tres mil patriotas derramada por la libertad de un continente. También hizo entrega al General López Contreras y al mayor San Román

de balines y granadas encontradas en el campo y guardadas con religiosidad, firmándose las respectivas actas.

De regreso a Ayacucho a la una y media de la tarde, toda la comitiva asistió a un excelente almuerzo.

A las 4 p. m., en el salón municipal, el Comité de Damas Procentenario, presidido por la señorita Tomasa Olano, ofreció a la Misión venezolana una placa de bronce destinada a la glorificación del Mariscal Sucre. La señorita Secretaria, María Donaire, leyó un bello discurso que contestó el General López Contreras en apropiadas frases. Los alumnos de las escuelas entonaron los himnos venezolano, argentino y peruano, siendo estruendosamente aplaudidos por enorme concurrencia del mundo oficial y círculos sociales. Los concurrentes fueron finamente atendidos con pastas y refrescos. El Prefecto, que presidía el acto, pronunció un inspirado brindis en homenaje a España, el cual fué delirantemente aplaudido. La banda de gendarmes amenizó la ceremonia.

A las 5 de la tarde hubo recepción en el domicilio del Comandante Oré, jefe de la plaza, bailándose animadamente.

A las 7 de la noche el Prefecto los recibió en su domicilio particular, en animada reunión, bebiéndose una copa de champaña por la ventura de las naciones hermanas.

A las 11 p. m. hubo un gran baile ofrecido por la sociedad de Ayacucho, bailándose hasta las primeras horas de la madrugada, siendo los asistentes atendidos en un bien servido bar.

El 22, a las 6 a. m., partieron las comisiones gratamente impresionadas por las atenciones recibidas".

Discurso del General López Contreras.

Señor Prefecto del Departamento:

Señores Representantes del Concejo Provincial:

Señores:

Cumpliendo la honrosa misión de rendir este homenaje a los héroes de Ayacucho, por encargo del Ejército de Venezuela, realizo una gran aspiración de mi vida de soldado al pisar el suelo sagrado, lugar de sacrificio, campo de victoria, donde se hallaron juntas y hermanadas las banderas del Continente, flameando por un mismo ideal, unidas por un mismo laurel, iluminadas por el resplandor de gloria del 9 de diciembre de 1824, que extendiéndose del Condorcunca al Orinoco, y del Condorcunca al Plata, anunció al mundo que por fin la América se encontraba libre e independiente.

En este solemne momento histórico no vuela mi pensamiento al Monte Sacro, donde Bolívar soñador juró no dar descanso hasta no ver libre la América; no se posa sobre las derramadas aguas del Orinoco, para analizar la visión de Casacoima; no visita la casa de la Vieja Angostura, donde Bolívar, en medio del entusiasmo, se paseara sobre la mesa de un festín, como lo haría más tarde desde el Apure hasta el Desaguadero; solamente evoco el recuerdo del día

1º de enero de 1817,cuando el Libertador escribe a Briceño Méndez y a los bravos de Venezuela: "Nada falta a mi felicidad mas que abrazar a ustedes. Ese día será para mí siempre memorable, sobre todo si conservando los laureles adquiridos, añaden los de vencedores libertadores de Guayana. Pero hecho esto ¿no volarían ustedes a romper los grillos de los hermanos que sufren la tiranía enemiga? Sí, sí; ustedes volarán conmigo hasta el rico Perú. Nuestros destinos nos llaman a las extremidades del Continente". Bolívar lucha con la naturaleza, con los elementos, con los hombres, con todo, para formar soldados, crear medios y coordinar los esfuerzos; mas, el poder de su indómita voluntad y de su genio prepotente se impone, inicia el desarrollo de sus altas concepciones y llegan a Pantano de Vargas y Boyacá para la Nueva Granada, y Pichincha y Bomboná al Ecuador, Junín para el Perú y Ayacucho para el Continente: al fin se encuentra en la tierra prometida, trayendo en la grupa de su caballo de guerra la alforja del derecho, y en la punta de su espada la conquista de la libertad.

El general López Contreras pronuncia su discurso, en el campo de Ayacucho, al pie del monumento conmemorativo

Gloria al Libertador Simón Bolívar, gloria a Sucre; los dos unidos dejan sus queridos lares, para marchar al Sur, con el ideal de formar una Patria grande, suelo común, Patria de libertad que no tiene fronteras.

Felices ellos por su grandeza, quizá aun no comprendida, que no piensan en formar centros de mando y de dominio personal en Caracas ni en Cumaná, por interés y derecho propio conquistado, sino que persiguen más amplios horizontes en bien y gloria de la humanidad entera.

Hermanos del Continente:

Aquí tenéis a los representantes de los hijos de aquellos varones legendarios de Venezuela que con vuestros antepasados, no menos esforzados y glo-

riosos, bajo la dirección suprema de Bolívar y del comando inmediato de Sucre y guiados por Lara, Córdova, La Mar, Miller, en este campo inmortal sellaron la independencia de la América. Aquí venimos en su nombre a daros su abrazo fraternal, y en este propicio momento histórico en que el noble pueblo peruano por conducto de su digno Gobierno acaba de congregar, a los hermanos en la lucha y en la gloria, a los representantes de los pueblos libres, a celebrar de manera solemne el Centenario de la batalla más grande de la historia militar, por su concepción, por su desarrollo y por sus consecuencias.

Saludo en vosotros, bravos soldados del Perú, a los descendientes de La Mar, Gamarra, Lafuente, Castilla, Salaverry y tantos otros libertadores de la tierra incaica; en vosotros, sostenedores de sus glorias, os doy el saludo del Ejército de mi patria, que comandado por el General Juan Vicente Gómez, se mantiene a la altura de sus antecedentes históricos.

Ya no resonarán más los cañones de Ayacucho en los estragos de la guerra, pero que sigan resonando en homenaje a los héroes de esa gloriosa jornada; y por la unión y confraternidad de la América libre, para que "centenares de victorias alarguen nuestra vida hasta el término del mundo".

En su edición del 25 de diciembre, *La Prensa* saludó a la Misión con este suelto:

"Ha regresado a esta capital, procedente de Ayacucho, el General Eleazar López Contreras, acompañado del Teniente-Coronel Juan P. López Centeno, Capitán Carlos Meyer y Teniente L. Arturo Bruzual Bermúdez, de la Misión Militar Venezolana, después de haber rendido homenaje a los héroes de Ayacucho.

Visita de la Misión Militar venezolana a la casa donde se firmó la capitulación de Ayacucho

La Misión Militar, por propia iniciativa, ha obtenido y es conductora de una cantidad de tierra recogida en el propio campo, de varios proyectiles usados en la batalla, y de los despojos mortales de uno de los combatientes, que será llevado a Venezuela, para glorificarlo como al soldado desconocido que vino desde el Orinoco al Perú, muriendo heroicamente al pie del Condorcunca, por la libertad del Continente Americano.

A su paso por Huancayo, tanto de ida como de regreso, fueron atendidos los miembros de la Misión por el Diputado Doctor Augusto C. Peñaloza, las autoridades de la localidad y distinguidos elementos de la sociedad.

La referida Misión ofrecerá una comida de despedida a un grupo de Oficiales del Ejército peruano, hoy a las 9 p. m., en el Zoológico".

Obsequio al Ejército peruano.—En el suntuoso banquete ofrecido por la Misión en nombre del Ejército de Venezuela al Ejército del Perú, representado por los más destacados Generales y Jefes de la Guarnición de Lima y sus alrededores, pusiéronse una vez más de manifiesto los sentimientos de cordialidad y simpatía cultivados, por dictado de un imperioso deber histórico, por los militares de ambas naciones. Los héroes que realizaron la Independencia fueron evocados en la palpitación de sus marciales proezas, y luego, por su labor de patria, continuación de aquella otra llena de resplandores inmortales, se enlazaron en un elogio fervoroso los de los actuales mandatarios de Venezuela y el Perú, el General Gómez y Augusto Leguía, empeñados en realizar obra fecunda y duradera, en cumplimiento del magno legado de los Libertadores.

En el acto, del que hablaron con vivos elogios los periódicos de Lima, se cambiaron los siguientes discursos por el General López Contreras y el General Abril:

"Señores Generales, Jefes y Oficiales del Ejército del Perú:

Este obsequio que al Ejército del Perú, dignamente representado por vosotros, tengo el honor de ofreceros a nombre de la Misión Militar del Ejército de Venezuela, no tiene el brillo de otros tantos realizados durante las festividades del Centenario de la gloriosa batalla de Ayacucho, pero ninguno puede igualarle en espontaneidad, ya que, desprovisto de convencionalismos y de fórmulas, es el brote del más puro sentimiento de fraternidad de nuestra patria, llevado al grado máximo por una franca camaradería militar.

Este sentimiento de fraternidad que anima a todos los hijos de Venezuela, no se pregona en el campo de las ideas escritas, pero se ve en el corazón de su pueblo y está en los anales de su historia, así como sus tradiciones, sacrificios, esfuerzos y triunfos.

Cuando en Venezuela se habla de nuestro Padre y Libertador y del más insigne y leal de sus Generales, Sucre, no puede menos que recordarse con afecto a esta tierra privilegiada, donde ellos compartieron con vuestros legendarios antepasados el esfuerzo común de libertad, de triunfos y de gloria.

La unión espiritual de nuestros pueblos, nacida a la luz del vivac y al calor de las batallas, no puede extinguirse mientras existan soldados ciudadanos en el Perú y en Venezuela.

El general López Contreras ofrece el obsequio de la Misión Militar

Así como estuvieron nuestros padres enlazados con los vuestros por un mismo ideal, así hemos venido nosotros, en representación del Ejército de nuestra Patria, a rendir con los soldados del Perú el digno homenaje a los héroes de Ayacucho, en el primer Centenario de la gloriosa batalla.

El Ejército de Venezuela ha querido a la vez rendir un homenaje al bravo Ejército del Perú, y ha recopilado en un álbum gráfico la síntesis de su historia militar. Ahí están consignados los esfuerzos y sacrificios de los hijos de Venezuela en su propio suelo, que bastarían para llenarla de orgullo y de honor, si no hubiese tenido la gloria de verles partir hacia el Sur a realizar junto con sus hermanos la obra más grande de redención del mundo.

Demostración de afecto de mi Patria ha sido el envío, para su exhibición en los días del Centenario, de la espada que el Perú agradecido le ofreció al Libertador, que como dije en otra oportunidad, fué símbolo de mando ayer, de gloria hoy, y mañana y siempre de unión y confraternidad.

Afecto hacia el Perú y a las glorias comunes, la visita que tuve el honor de hacer con parte de la Misión Militar al campo inmortal de Ayacucho. Allí, en ese lugar de sacrificio, hemos rendido un homenaje a los héroes, entre los cuales tenéis a La Mar, Gamarra, Salaverry, Castilla y otros muy ilustres. Llevamos de ese santuario, a donde podremos ir siempre los hijos de América a fortalecer nuestros corazones y prepararlos para sostener la obra de nuestros libertadores, una porción de tierra regada con la sangre de nuestros padres, proyectiles usa-

dos en la batalla histórica, y los sagrados manes de un combatiente, que serán conducidos a Venezuela para glorificar en él al soldado libertador caído heroicamente al pie del Condorcunca por la libertad de América.

He aquí, mis queridos camaradas, el por qué se puede repetir que ningún pueblo puede estar más ligado al peruano que el de mi Patria, ni ningún soldado de América ni del universo a vuestro soldado.

Gloria, digamos todos, a Bolívar y a Sucre, que nos unieron en Junín y Ayacucho; gloria a nuestros gobernantes y pueblos, que han permitido congregarnos en este Centenario para glorificar a los héroes y marchar siempre unidos, siempre hermanos, siempre soldados, bajo la bandera de la libertad.

Os pido que brindemos por vuestro ilustre Presidente, señor Leguía; por el Presidente de Venezuela, General Gómez, porque ambos realizan en nuestros respectivos pueblos una obra de paz y de progreso; brindemos, sí, por ellos, quienes saben cuánto vale la institución militar como garantía de las demás instituciones y que permite la formación de hombres capaces de realizar el sueño de los libertadores: la unión del Continente".

El general Abril contesta al discurso del general López Contreras

El General Abril le contestó:

"Señor General López Contreras:

Señores Jefes y Oficiales que integran la Misión Militar Venezolana:

Por ser el más caracterizado entre los militares del Perú, aquí presentes, tócame el honor de manifestaros nuestro profundo agradecimiento por el espléndido agasajo que habéis tenido la gentileza de ofrecernos, y por los benévolos conceptos que acabamos de escuchar.

La simpática y brillante actuación de la gran Embajada, en la que lugar tan prominente ocupáis, la suntuosa y múltiple manera cómo habéis contribuido al éxito de las fiestas de este Centenario de la gloria, en la que parte tan importante cupo a los héroes que a las órdenes de los intrépidos Lara y Salom, del ínclito Sucre y del glorioso Libertador Bolívar, respectivamente, vinieron de vuestra generosa Patria, aumentaría, si ello fuera posible, nuestro amor y admiración por Venezuela y sus bizarros hijos, si ya estos sentimientos no hubieran llegado al más alto grado en el corazón de los peruanos, desde las épicas campañas y gloriosas batallas de la Independencia, hasta aquella noble, resuelta y singular actitud de vuestra gran nación, a iniciativa del Benemérito General Guzmán Blanco, y con la plena aprobación del Parlamento venezolano, y en favor de la justa causa del Perú y de Bolivia.

Tal actitud, por su naturaleza, singularidad y especiales circunstancias, es y será para nosotros inolvidable, y como viene sucediendo, trasmitida de generación en generación.

Y es por lo expuesto, que tanto regocijo nos causa el floreciente estado de la federal República hermana; que nos complace mucho saber que su vasto y rico territorio está cruzado de ferrocarriles y de excelentes vías de comunicación, con cómodos y asfaltados caminos; que sus finanzas y su tesoro se hallan en las mejores condiciones; que su capital y demás ciudades se embellecen, como gráficamente hemos podido apreciarlo en interesantes, históricos y nítidos volúmenes a vuestra magnanimidad debidos; que la instrucción se difunde en proporción considerable, y cual merece la clara inteligencia con que Dios dotó a todo venezolano; y muy particularmente nos colma de satisfacción, la excelente organización de vuestro ejército, tan dignamente aquí representado.

Fiel intérprete de los sentimientos del Ejército, al que tengo a honra pertenecer, formulo en su nombre los más ardientes votos por la ventura personal del Excelentísimo General Gómez, de vos, señor General, y la de los esclarecidos miembros de la Misión Militar que presidís; y brindo por el siempre creciente engrandecimiento de la República de Venezuela y de su glorioso Ejército.

Señores, ¡salud!"

La gallarda representación del Ejército del Perú retribuyó espléndidamente su obsequio a la Misión venezolana, bajo el mismo ambiente de entusiasmo y de franca camaradería que dieron carácter inconfundible a la fiesta del Zoológico. Los vínculos de antaño tendidos por el común esfuerzo en pro de la emancipación continental, quedaron así más firmemente estrechados entre los Ejércitos del Perú y Venezuela.

El soldado de Ayacucho.—Cerramos esta rápida reseña con los documentos referentes a la tierra que hicieron sagrada el valor y la gloria y los que se

Oficiales venezolanos y peruanos después del obsequio de la Misión Militar

relacionan con la exhumación del Soldado de Ayacucho, acto de trascendental significación con el que la Misión Militar, inspirándose en los sentimientos patrióticos del General Gómez y en el culto constante que alienta en su corazón por los esforzados campeones de la Independencia, rindió tributo glorificador a los héroes anónimos, cuyo humilde aporte contribuyó también a la realización de la gloriosa empresa.

"En el campo histórico de la Quinua, frente al Condorcunca, los abajo suscritos, autoridades y vecinos notables de Ayacucho, presenciaron la excavación hecha al pie del monumento conmemorativo de la batalla final de la Independencia, para extraer una cantidad de tierra de dicho campo legendario, con el objeto de que fuera llevada a Venezuela por la Misión Militar que este país ha acreditado para las fiestas del Centenario.

El señor Prefecto del Departamento hizo entrega formal de la tierra del campo mencionado, la que fué recibida por el Jefe de la indicada Misión.

En fe de lo cual firmamos, a veintiuno de diciembre de mil novecientos veinticuatro.

General E. López Contreras; B. G. Seoane, Prefecto de Ayacucho; *J. Teodosio Salcedo,* Delegado Municipal; *Teniente-Coronel Manuel G. Oré,* Comandante de Armas de Ayacucho; *Teniente-Coronel Juan F. Zubeaga,* 2º Jefe de la Carretera de Ayacucho; *Teniente-Coronel J. P. López Centeno; Capitán César Yáñez Z.; M. Seoane,* Secretario del Prefecto; *S. Maco; Capitán Manuel Morán; Capitán Carlos Meyer; Teniente Arturo Bruzual.*

Embarcado en el puerto del Callao, a los veintisiete días del mes de di ciembre de mil novecientos veinticuatro.

L. Rivadeneira.

Caracas: 12 de enero de 1925.

Hago constar que los miembros de la Misión Militar, señores Corone Mariano H. López Méndez, Teniente de Primera Clase Diógenes Morales, Te niente Olegario Peralta y Teniente Manuel Ríos, no concurrieron al Campo de Ayacucho por encontrarse rindiendo una comisión del servicio en la ciudad de Lima, donde se reincorporaron hasta el regreso de dicha Misión Militar a esta ciudad.

General E. López Contreras.

En fe de lo cual firman:

Coronel Mariano H. López Méndez, Teniente de Primera Clase Diógene Morales, Teniente Olegario Peralta, Teniente Manuel Ríos.

En el pueblo de Quinua, los abajo suscritos presenciaron la entrega que de varios huesos humanos y de un cráneo se hizo por algunos vecinos al persona de la Misión Militar que Venezuela ha enviado al Centenario de la Batalla de Ayacucho, con el objeto de ser enviados a Venezuela, por tenerse la certeza de pertenecer a los héroes de 1824.

En fe de lo cual firmamos, a veintiuno de diciembre de mil novecientos veinticuatro.

General E. López Contreras; B. G. Seoane, Prefecto de Ayacucho; *J. Teo dosio Salcedo,* Delegado Municipal; *Enrique Olivero; Teniente Coronel Juan F Zubeaga,* 2º Jefe de la Carretera de Ayacucho; *Teniente-Coronel J. P. López Cen teno; Teniente-Coronel Manuel J. Oré,* Comandante de Armas de Ayacucho; *M Seoane,* Secretario del Prefecto; *Capitán César Yáñez; S. Maco; Capitán Manue Morán; Capitán Carlos Meyer; Teniente L. Arturo Bruzual.*

Embarcado en el puerto del Callao, a los veintisiete días del mes de di ciembre de mil novecientos veinticuatro.

L. Rivadeneira.

Caracas: 12 de enero de 1925.

Hago constar que los miembros de la Misión Militar, señores Corone Mariano H. López Méndez, Teniente de Primera Clase Diógenes Morales, Te niente Olegario Peralta y Teniente Manuel Ríos, no concurrieron al Campo de Ayacucho por encontrarse rindiendo una comisión del servicio en la ciudad de Lima, donde se reincorporaron hasta el regreso de dicha Misión Militar a esta ciudad.

General E. López Contreras.

En fe de lo cual firman:

Coronel Mariano H. López Méndez, Teniente de Primera Clase Diógene Morales, Teniente Olegario Peralta, Teniente Manuel Ríos.

Los abajo suscritos, certifican que los proyectiles entregados hoy en Qui nua a los Jefes y Oficiales de la Misión Militar Venezolana, son de los conocido como usados por los combatientes en Ayacucho, el año 1824.

Entrega oficial en Caracas al Ministro de Guerra y Marina de los restos del Soldado Libertador y de las reliquias traídas del campo de Ayacucho

En fe de lo cual firmamos, a los veintiún días del mes de diciembre de mil novecientos veinticuatro.

General E. López Contreras; B. G. Seoane, Prefecto de Ayacucho; *J. Teodosio Salcedo,* Delegado Municipal; *Enrique Olivero; Teniente Coronel Juan F. Zubeaga,* 2º Jefe de la Carretera de Ayacucho; *Teniente-Coronel J. P. López Centeno; Teniente-Coronel Manuel J. Oré,* Comandante de Armas de Ayacucho; *M. Seoane,* Secretario del Prefecto; *S. Maco; Capitán César Yáñez; Capitán Carlos Meyer; Capitán Manuel Morán, Teniente L. Arturo Bruzual.*

Embarcado en el puerto del Callao, a los veintisiete días del mes de diciembre de mil novecientos veinticuatro.

L. Rivadeneira.

Caracas: 12 de enero de 1925.

Hago constar que los miembros de la Misión Militar, señores Coronel Mariano H. López Méndez, Teniente de Primera Clase Diógenes Morales, Teniente Olegario Peralta y Teniente Manuel Ríos, no concurrieron al Campo de Ayacucho por encontrarse rindiendo una comisión del servicio en la ciudad de Lima, donde se reincorporaron hasta el regreso de dicha Misión Militar a esta ciudad.

General E. López Contreras.

En fe de lo cual firman:

Coronel Mariano H. López Méndez, Teniente de Primera Clase Diógenes Morales, Teniente Olegario Peralta, Teniente Manuel Ríos.

XXI

Alta Comisión Interamericana.—El saludo de la Sección Venezolana a la Sección Peruana.—Palabras del Delegado señor Herrera Mendoza.

Con fecha 26 de diciembre la Sección Peruana de la Alta Comisión Inter mericana celebró sesión extraordinaria en honor de los señores Guillermo A Sherwell, doctor L. S. Rowe y Jesús María Herrera Mendoza, portadores de ser dos mensajes de confraternidad del Consejo Central Ejecutivo de la Alta Com sión Interamericana, de la Unión Panamericana y de la Sección Venezolana de l misma Alta Comisión. La Sección Peruana publicó en folleto todo lo relacionad con esa asamblea, en cuyo desarrollo palpitó un intenso y comunicativo sentimien to de confraternidad americana, y un resumen de sus labores a partir del año d 1920.

Discurso del Ministro de Hacienda, señor de la Piedra.

Señores:

La reunión en Lima del Tercer Congreso Científico Panamericano y de l Conferencia sobre Unificación de Especificaciones, nos proporciona la grata opor tunidad de celebrar esta sesión con la concurrencia del señor Doctor Guillermo A Sherwell, Secretario General del Consejo Central Ejecutivo de la Alta Comisió Interamericana, del señor Doctor L. S. Rowe, que ha desempeñado antes el mis mo cargo, que ahora preside la Unión Panamericana y a quien, con toda justicia hemos elegido miembro honorario de nuestra Sección, y del señor J. M. Herrer Mendoza, miembro distinguido de la Sección Venezolana y portador del Mensaje d saludo y confraternidad que oiréis en breve.

La Alta Comisión Interamericana, establecida en feliz momento e inspirad en principios del más puro panamericanismo, cultiva el acercamiento entre lo pueblos de América y por medio de Congresos y Conferencias de armonía con tinental, facilita el intercambio de ideas que, traducidas en Convenciones, un forman la legislación y los procedimientos en los países del Continente de Colón

Esta labor meritísima que se ha impuesto la Alta Comisión desde qu inició sus labores la viene realizando con abnegación patriótica y con la satisfac ción de que sus esfuerzos van siendo compensados con el logro de sus elevado propósitos.

La Sección Peruana ha secundado en todo momento las actividades de la Alta Comisión, prestando su apoyo más decidido a sus iniciativas, ha incorporado a su legislación diversas Convenciones de los certámenes realizados y se propone seguir colaborando con mayor entusiasmo, si necesario fuera, para hacer más eficiente la labor en que toda la América está empeñada.

Ninguna ocasión más propicia que ésta para cumplir el acuerdo de la Sección que nombró al Doctor L. S. Rowe, su miembro honorario y a quien como tal declaro incorporado; y para rendirle el testimonio de su intensa gratitud por sus constantes y vehementes esfuerzos, pletóricos de sinceridad y de nobleza, en favor de la comunión americana, de la que es denodado paladín y por la que, como Secretario General del Comité Ejecutivo, luchó siempre con brioso tesón y con singular acierto hasta el instante mismo en que sus méritos indiscutibles lo han llevado a ocupar la Dirección General de la Unión Panamericana, para ser reemplazado por otro hombre de ciencia, por el Doctor Sherwell, su dignísimo sucesor que rinde culto a la misma causa con igual fervor.

Yo agradezco a la Sección de Venezuela el Mensaje amistoso de que es portador el señor Herrera Mendoza, e interpretando el pensamiento de la Sección Peruana expreso los sentimientos fraternos que la animan hacia sus hermanos de la Patria de Bolívar, cuyos progresos celebramos siempre con especial alborozo.

En nombre de la Sección Peruana, os doy, ilustres visitantes, la más cordial bienvenida y os manifiesto el vehemente deseo que todos tenemos de que vuestra presencia entre nosotros os sea grata y se traduzca en nuevos beneficios para los ideales que informan la elevada política de panamericanismo que unos y otros seguimos".

Mensaje de la Sección Venezolana.—La Sección Venezolana de la Alta Comisión Interamericana se complace en enviar un expresivo saludo de confraternidad a la Sección Peruana en el Primer Centenario de la Batalla de Ayacucho.

Si la unidad de propósitos y tendencias que las anima consolida entre las dos Secciones los nexos que creó la comunidad de raza, de historia y de sacrificios en aras de la Independencia, esos vínculos, adquieren particular relieve en la presente ocasión. La jornada de Ayacucho arropa con un manto de gloria la tierra de los Hijos del Sol y la cuna de Bolívar y de Sucre.

Quiere la Sección Venezolana testificar con este mensaje los sentimientos de profunda simpatía que abriga hacia la Sección Peruana, a la vez que hacer constar en esta ocasión solemne, los votos que formula porque sea cada día más estrecho el concierto entre los dos países para librar en el seno de la paz las batallas del progreso, como juntos ayer en el dolor afrontaron heroicos las de la libertad.

M. Centeno Graü.
Ministro de Hacienda de los Estados
Unidos de Venezuela.

Discurso del señor Herrera Mendoza, Delegado de la Sección Venezolana de la Alta Comisión Interamericana.

Honorable Señor Ministro de Hacienda:

Señores Miembros de la Sección Peruana de la Alta Comisión Interamericana:

Señor Doctor Rowe:

Señor Doctor Sherwell:

Son tan expresivas por fraternales las frases del Mensaje que voy a entregaros a nombre de la Sección Venezolana de la Alta Comisión Interamericana, que ni una palabra más debía pronunciar en este instante, si mi corazón no se impusiera con fuerte reclamo íntimo, para expresar el vivo agradecimiento al Gobierno de mi país, presidido por el General Juan Vicente Gómez, por el honor que me ha discernido con el nombramiento que he traído en la Embajada de Venezuela, y para testificar en público también cuánto mereceis en nuestro afecto por la hospitalidad que con derroche de generosa esplendidez nos han dispensado, así el Gobierno como el cultísimo pueblo del Perú.

Indígenas fueron los primeros pobladores de nuestra América: opulentas son en ella la tierra, la flora y la fauna: europeos del Sur los colonizadores vuestros y los nuestros; unas mismas espadas produjeron, después de tres centurias de dominio español, el milagro altamente glorioso, de nuestra Independencia; y al cabo de cien años de la batalla de Ayacucho, vuestro país, en pleno progreso, y radiante de dicha, recibe y presencia el abrazo de hermanos con que todos nos hemos confundido aquí, como lo soñaron Bolívar y Sucre, bajo este hermoso cielo del Perú, testigo de sus glorias.

Señores: la hora de América ha sonado ya en todas las latitudes: os invito a continuar nuestra marcha con fe hacia el porvenir".

XXII

Despedida de la Embajada.—Manifestaciones de gratitud.—Honores militares. Obsequio a bordo del "Oriana".—Radiotelegrama al Ministro Salomón.

La Embajada de Venezuela, con excepción de los representantes al Congreso Científico Panamericano, se embarcó el día 27 de diciembre, en viaje de regreso.

En la visita de despedida que el Embajador hizo al Presidente Leguía, el Magistrado peruano ratificó en frases expresivas al Doctor Arcaya sus sentimientos de admiración por nuestra Patria y por su ilustre Mandatario, General Juan Vicente Gómez, a quien considera como uno de los grandes estadistas de la América.

"En la mañana de ayer, dijo "El Tiempo", tuvimos el agrado de recibir la visita del Excmo. señor Arcaya, Embajador de Venezuela, quien vino con el objeto de despedirse y manifestarnos sus profundos agradecimientos por todas las muestras de atención y simpatía que han recibido todos los miembros de la Embajada desde su llegada a esta capital, y suplicarnos nos hiciéramos intérpretes de ellos ante la sociedad y pueblo de Lima. Conservarán recuerdo imborrable en su memoria de las atenciones recibidas.

En la tarde el Excmo. señor Arcaya y su distinguida esposa así como el personal de la Embajada se dirigieron al Callao para tomar el vapor que debía conducirlos al norte, siendo despedidos por el personal del protocolo del Ministerio de Relaciones Exteriores y por los principales elementos de nuestros círculos sociales habiendo sido la señora de Arcaya obsequiada con artísticos bouquets de flores naturales.

En el Callao el Excmo. señor Arcaya fué recibido por las autoridades políticas y acompañado hasta a bordo en la lancha presidencial "Grumete", habiendo sido el representante venezolano objeto de una cariñosa manifestación de simpatía por parte de ese pueblo chalaco.

En la cámara del "Oriana" el doctor Arcaya obsequió a sus acompañantes con una copa de champaña brindándose por la felicidad de ambos países.

Los militares venezolanos fueron también despedidos y acompañados hasta el barco por sus compañeros del ejército peruano, renovándose las manifestaciones de simpatía para ambos países".

El mismo diario insertó la siguiente información del Callao:

"La Embajada de Venezuela, además, ha llevado consigo la famosa espada recamada de brillantes y con puño de oro, que el Perú obsequió a su Libertador y que el gobierno de Venezuela, con ocasión del Centenario, envió a Lima, para que fuera exhibida. También la misma Embajada venezolana se lleva la osamenta de un soldado desconocido muerto en la batalla de Ayacucho, y que ha sido desenterrada en la propia pampa de Quinua. Esos restos serán honrados en Venezuela, como los del soldado desconocido de esa batalla.

Para rendir los honores militares, tanto a la espada de Bolívar como a la osamenta del soldado desconocido, a las 4 y 20 de la tarde formó en uniforme de parada, el regimiento de artillería de Costa, en el malecón Figueredo, y a las 4 y 30, llegó por ferrocarril central la comisión de militares venezolanos que ha asistido a las fiestas pasadas y que traía las dos cajas que guardan la espada y los restos. Ambas cajas fueron cargadas por sargentos del regimiento de artillería de costa hasta el embarcadero oficial, y a su paso, la banda tocó una marcha militar.

En el muelle, los militares venezolanos fueron recibidos y despedidos por el capitán de puerto comandante Stiglich, los ayudantes de la capitanía tenientes primeros Rivadeneira y Arce y Mas, y además el jefe del estado mayor general del ejército General P. Clement".

En la Cancillería se recibió el siguiente expresivo mensaje radiotelegráfico:

Oriana, diciembre 27.—*Doctor Alberto Salomón,* Ministro de Relaciones Exteriores.—Lima.—Al partir presento mis respetos al Excelentísimo señor Presidente por digno órgano Vuestra Excelencia, a quien también envío cordial saludo. Reitero expresión reconocimiento a Gobierno y pueblo del Perú por las inolvidables atenciones que recibí. Dios guarde a Vuestra Excelencia.

Pedro M. Arcaya.

XXIII

Tercer Congreso Científico Panamericano.—La sesión inaugural.—Discurso del Presidente de la Delegación Venezolana.—Los Trabajos. Informe al Ministro de Relaciones Exteriores.

El Tercer Congreso Científico Panamericano se instaló solemnemente en Lima, en el Teatro Forero, en la tarde del 20 de diciembre, ante un público de selección formado por caracterizados personajes extranjeros presentes en la capital peruana y por un grupo representativo de sus más salientes actividades intelectuales, políticas y sociales. El Presidente de la República, señor Leguía, declaró instalada la asamblea después de los discursos del Presidente, Doctor Salomón, Ministro de Relaciones Exteriores, del Secretario General señor Bravo, y de los Presidentes de cada una de las Delegaciones. El de la de Venezuela, Monseñor Granadillo, pronunció el siguiente aplaudido discurso:

"Señor Presidente del Tercer Congreso Científico Panamericano:

Señores:

Invitado el Gobierno de los Estados Unidos de Venezuela, por el de la República Peruana, a concurrir al Tercer Congreso Científico Panamericano, el Benemérito Presidente General Juan Vicente Gómez ha designado a los venezolanos aquí presentes para que ejerzamos, en nombre de nuestra patria, la representación de ella ante esta asamblea. Integrada ésta por esclarecidos talentos del mundo americano, nos sentimos honrados, como se honra a sí mismo el Continente, ofreciendo al mundo el espectáculo de un areópago en el que, sin violencias, sin ruido de armas, sin miras indignas, y sólo impulsados por el ardiente amor a la sabiduría, se reúnen los hijos de la Gran Patria Americana, en franca cordialidad, aquí en esta ciudad, verdadera Perla del Pacífico, digna capital de la nobilísima y gentil Patria Peruana, cuyo suelo, como ningún otro de América, puede enorgullecerse de haber sido objeto de la solicitud de los hombres más grandes de nuestra Independencia: Bolívar y San Martín.

Nada tan unitivo entre los objetivos de la inteligencia humana como la verdad, buscada con ardor, pero sin prejuicios; investigada con ahinco, pero sin egoísmos; poseída con fruición y fluyendo de la mente que la posée, impulsada

por esa fuerza propia y expansiva de la misma verdad, que no quiere ser patrimonio de ningún individuo ni nación, y que cifra su gloria en brillar para todas las inteligencias, deleitando a todos con su espiritual hermosura, y encadenando a los hombres y a los pueblos con el irresistible dinamismo y avasallador poder de su unidad.

La ciencia, en sus múltiples manifestaciones, ha hecho oír su clarín de llamada en todo el mundo de Colón y dóciles y complacidos los pueblos que lo forman, han enviado sus representativos para oír los juicios inapelables de aquélla y sus hipótesis más aceptables, manifestándose así los esfuerzos de cada patria por penetrar en la íntima naturaleza de la verdad, objeto de la inteligencia, y descansar luego en la posesión del bien, que es y debe ser la suprema aspiración de todo pueblo civilizado.

Bien hubiera querido yo desarrollar, como lo pide el reglamento de esta asamblea, y conformándose además a mi condición personal, esta tesis sociológica, de la 5ª subsección de la sección dedicada a las Ciencias Económicas y Sociales: "Influencia del factor religioso en la evolución social americana"; pero la falta de tiempo no me lo ha permitido, y mi excursión por los diferentes pueblos del mundo americano pre-colonial y después de la colonia, hubieran servido únicamente para robustecer la atinada observación de Plutarco al estudiar las costumbres de los pueblos antiguos, y al encontrar como fuerza primordial de evolución social el factor religioso: "encontraréis ciudades sin muros, sin legislación y sin costumbres; pero jamás sin templos y sin sacerdocio"; porque, señores, aunque no existiesen templos materiales, en el sagrado templo de la conciencia sentirían los hombres la Divinidad que se les revela en el cielo azulado, en los astros solitarios y errantes, en el monte y en el valle, en el coloso coronado de nieves y en el mar que se agita; y, sobre todo, en la propia razón, la cual es el argumento más demostrativo de la existencia de un sér superior, causa de todas las causas y principio de cuanto en el universo tiene entidad, vida, movimiento y orden.

También me hubiera atrevido a presentaros, con algunas observaciones, el monumental proyecto sobre el Congreso de Panamá, maravilloso mecanismo político, hijo del Genio del Libertador, en el cual se consigna, con sabiduría de vidente, el remedio para todos los males que pueden afligir a los pueblos en su existencia política, y que habiéndose llevado a la realidad, hubiera ahorrado mucha sangre y muchas inútiles experiencias en nuestros pueblos jóvenes, que aún no han llegado a comprender que la verdadera libertad se mueve suavemente y siempre en el seno del orden, que es paz, progreso y civilización, y no rebeldías, destrucción y barbarie.

Al presentar las letras que nos acreditan como Delegados de Venezuela ante el Tercer Congreso Científico Panamericano, presento, en mi nombre y en el de mis estimables colegas, una respetuosa salutación a todos los miembros del Congreso".

Múltiple fué la labor del Congreso. El Presidente de la República de Venezuela, Benemérito General Juan Vicente Gómez, fué nombrado Presidente Honorario, designación a la cual correspondió con expresivo telegrama de agradecimiento. Fuera de los trabajos de los Delegados oficiales, a los que se refiere

en su informe Monseñor Granadillo, fueron presentados, entre otros, los suscritos por los señores Doctor Lisandro Alvarado, Doctor Alfredo Jahn, Doctor Germán Jiménez, Doctor M. F. Herrera Tovar, Leopoldo Landaeta, Doctor Henrique Pittier y Luis R. Oramas.

El informe de Monseñor Granadillo dice así:

Valencia: 20 de febrero de 1925.

Señor Doctor Pedro Itriago Chacín, Ministro de Relaciones Exteriores.

Caracas.

Señor Ministro:

Tengo a honra rendir a usted, como digno representante del Ejecutivo Federal, un informe breve sobre el desempeño de nuestra misión en el Tercer Congreso Científico Panamericano, Asamblea a la cual asistí con el carácter de Delegado del Gobierno de Venezuela, según Resolución emanada de ese Despacho el 5 de noviembre de 1924, que corre en la *Gaceta Oficial* del mismo día, número 15.433. Los demás delegados fueron los señores Doctores J. T. Carrillo Márquez, Emilio Ochoa, Vicente Lecuna, Santiago Key Ayala, Eduardo Calcaño Sánchez, ciudadanos Luis Churión y Enrique Eraso y Doctor Juan Vicente Camacho.

De acuerdo con lo acostumbrado en casos análogos y según estaba previsto en el reglamento del Congreso, se celebró una sesión preparatoria el 17 de diciembre, a las 10 de la mañana, para la elección de funcionarios activos y de honor. El acto se efectuó en el edificio del Colegio Nacional de Nuestra Señora de Guadalupe, con asistencia de todas las delegaciones. Presidió el Doctor Alberto Salomón, Ministro de Relaciones Exteriores del Perú, quien dió la bienvenida a los delegados con las siguientes palabras: "Viva satisfacción experimento al abrir esta sesión preparatoria del Tercer Congreso Científico Pan-Americano. Ella es tanto más intensa y legítima por ver realizado el ferviente deseo de la Comisión organizadora, de que tuviera representación en este certamen la más alta intelectualidad americana. Por esto, mi primera palabra es dar la bienvenida a los señores Delegados extranjeros uniendo a mi entusiasta salutación, un homenaje de gratitud a sus nobles Patrias por el insigne honor que dispensaron a mi país al señalarlo como sede de ese importante torneo. Con la eficiente colaboración de los Comités cooperativos de todas vuestras Repúblicas, la comisión organizadora ha podido preparar el pedestal del monumento científico que América espera de vosotros. Todo es promesa de que no se defraudará tan fundado anhelo. Los cerebros mejor constituidos del Nuevo Mundo aprestan sus fuerzas para conseguirlo; y, en noble emulación, las naciones de América envían brillantes delegaciones y ofrendan los más valiosos exponentes de su cultura y de su ciencia. Bienvenidos seáis, señores heraldos del saber americano. Sentid esta patria como la prolongación de la vuestra y realizad la gran obra de que estáis encargados". Y acto continuo se procedió a la elección de la Mesa Directiva. El propio Doctor Salomón propuso para Presidente al señor Leo S. Rowe, quien lo fué de la delegación de los Estados Unidos, pero el Doctor Rowe

se excusó de aceptar, aduciendo razones de peso que fueron acogidas por el asentimiento general y concluyó proponiendo al Doctor Salomón como Presidente del cuerpo. Se aceptó esta proposición y quedó elegido el Doctor Salomón por casi la unanimidad de votos, excepción del suyo que lo dió por el Doctor Rowe. En seguida se eligió al Secretario General, recayendo la unanimidad de votos, y haciéndolo el Congreso por aclamación, en la persona del Doctor J. de J. Bravo, quien lo había sido de la Comisión Organizadora. Se escogieron para Vicepresidentes o miembros del Comité Ejecutivo a los Presidentes o primeros miembros de las delegaciones. En tal virtud entró el suscrito a representar a Venezuela en dicho Comité.

Funcionarios de honor fueron el señor Don Augusto B. Leguía, Presidente de la República del Perú, los demás Jefes de Estado de los países concurrentes, los respectivos Ministros de Relaciones Exteriores y de Instrucción Pública, los Embajadores especiales para el Centenario de la Batalla de Ayacucho, algunos de los cuales todavía permanecían en Lima, los Ministros Plenipotenciarios acreditados en el Perú y otros funcionarios y ciudadanos distinguidos.

El día 20 de diciembre a las 5 de la tarde se efectuó la solemne instalación pública del Congreso, en el Teatro Forero, en presencia del Gobierno, de algunas Embajadas especiales, de los Ministros Diplomáticos y de enorme concurso y señoras y caballeros. El Presidente señor Leguía, después de los discursos del señor Doctor Bravo, del señor Doctor Salomón y de los demás jefes de las delegaciones, ocupó el sitio de honor, pronunció breves palabras, y declaró inaugurado el Tercer Congreso Científico Pan-Americano.

Las Secciones fueron instalándose sucesivamente desde el lunes 22 de diciembre y dividiéndose en las Sub-Secciones admitidas en el programa. El suscrito se inscribió en la Octava Sección para asistir a la quinta Sub-Sección, y en el discurso de saludo al instalarse el Congreso le fué grato referirse al factor religioso en la evolución social americana. El Doctor Carrillo Márquez se inscribió en la Primera, Séptima y Octava Sección, asistiendo en consecuencia a la Cuarta Sub-Sección, a la Primera Sub-Sección de la Séptima Sección y a la Primera Sub-Sección de la Octava Sección y presentó un trabajo sobre catorce hospitales coloniales de Venezuela y otro trabajo que leyó personalmente en la Primera Sub-Sección de la Octava Sección, titulado "El Homestead o Bien de Familia en América, llamado Hogar en el Código Civil de Venezuela", que al final del Congreso obtuvo esa Institución un acuerdo especial bajo el número XCIV, que dice así: "El Tercer Congreso Científico Pan-Americano recomienda la incorporación en la Legislación en todos los países americanos que aún no la hayan adoptado, de la institución del Homestead o Bien de Familia, establecida en beneficio de las clases proletarias". El Doctor Emilio Ochoa se inscribió en la Primera Sección, asistiendo a la Cuarta Sub-Sección, y con tal carácter presentó en unión del Doctor Carrillo Márquez el trabajo histórico sobre los catorce hospitales coloniales de Venezuela; y en la Quinta Sección, asistiendo a la Primera y Segunda Sub-Sección, donde tomó parte activa en los debates. El Doctor Lecuna se inscribió en la Primera Sección y asistió a la Cuarta Sub-Sección; y en la Octava Sección y tomó asiento en la Tercera Sub-Sección; él consignó

en la Secretaría del Congreso un volumen titulado "Papeles de Bolívar", la historia del Banco de Venezuela y un Atlas de Venezuela. El Doctor Key Ayala se inscribió en la Primera Sección, asistiendo a la Tercera y Cuarta Sub-Sección; y en la Séptima Sección, tomando asiento en la Cuarta Sub-Sección. El Doctor Calcaño Sánchez se inscribió en la Cuarta Sección, a la que corresponde la Tercera Sub-Sección, y el 30 de diciembre presidió dicha Sub-Sección. El señor Luis Churión se inscribió en la Séptima Sección y asistió a la Cuarta Sub-Sección. El señor Enrique Eraso se inscribió en la Sexta Sección, de donde se derivan la Quinta, Sexta y Séptima Sub-Sección, a las cuales asistió, y tuvo la ocasión de presentar, en unión del Doctor Carrillo Márquez, en la Secretaría del Congreso, el trabajo del señor Rafael Martínez Mendoza, titulado "Manual del Agricultor Venezolano"; y el Doctor Juan Vicente Camacho se inscribió en la Tercera Sección, asistiendo a la Primera Sub-Sección y presentó allí un trabajo sobre el Petróleo en Venezuela, junto con el plano informativo de las regiones petroleras. El 2 de enero, por especial invitación de esta Sub-Sección, hizo el Doctor Camacho una exposición sobre los fundamentos de la Ley venezolana de hidrocarburos y el estado de dicha industria en Venezuela. Como la delegación venezolana fué de las más numerosas, nos cupo la satisfacción, como se ve, de participar en casi todas las Secciones del Congreso y en sus variadas Sub-Secciones, comprendiendo las primeras las ciencias Antropológicas e Históricas, Físicas y Matemáticas, Minería y Geología Económica, Ingeniería, Medicina y Sanidad, Agricultura, Derecho Privado, Público e Internacional, Economía Política y Sociología. Acompaño como anexo el programa de las actuaciones del Congreso.

Además de los trabajos antes enumerados se enviaron algunos por conducto de ese Ministerio, y otros directamente a la Secretaría del Congreso. En la imposibilidad de consignar la nómina exacta, me refiero a las Actas respectivas.

Las labores del Congreso fueron resumidas en la Sesión de clausura que se efectuó en el edificio del Colegio Nacional de Nuestra Señora de Guadalupe. Como anexo acompaño el número 41.492 del periódico "El Comercio", de Lima, correspondiente al 7 de enero del año en curso, que contiene todos los Acuerdos dictados por el referido Cuerpo, y el acta final de 6 de enero, aprobada por el Congreso y suscrita por el Presidente Doctor Salomón y los Jefes de las Delegaciones de la Argentina, Bolivia, Brasil, Costa Rica, Cuba, Ecuador, Estados Unidos de Norte América, Guatemala, Haití, Honduras, México, Nicaragua, Paraguay, Panamá, Perú, Salvador, Santo Domingo, Uruguay y el suscrito, por Venezuela, con la firma también del Secretario General del Congreso, señor Doctor Bravo.

Para sede del Cuarto Congreso se eligió la Capital de la República de Costa Rica.

Muchos y cordiales fueron los obsequios a los Delegados hechos por el Presidente de la República, la Delegación Peruana y los Institutos Científicos de Lima, contándose entre éstos últimos la investidura de Doctores de la Universidad de San Marcos, de Lima, recaída en los delegados Doctor J. T. Carrillo Márquez, Doctor Vicente Lecuna, Doctor Eduardo Calcaño Sánchez y Doctor Juan Vicente Camacho. La designación y recepción solemne del Delegado Doctor Emilio Ochoa, como Miembro Correspondiente de la Academia de Medicina, de Lima; y otros

más, siendo también muy grato el recuerdo de numerosos obsequios de la alta sociedad de Lima, de su honorable Clero y comunidades religiosas.

El señor Doctor Vicente Lecuna visitó los Campos de Junín y Ayacucho.

El señor Don Enrique Eraso visitó algunos de los principales establecimientos agrícolas del Perú y trajo al país simientes de plantas útiles con sus respectivos métodos de cultivo; en unión de varios delegados conoció la histórica ciudad de Trujillo, del Perú, y sus alrededores.

Clausurado el Congreso se proyectaba la excursión al Cuzco y a la Oroya, con un programa especial. Nuestra partida, que no podía retardarse, nos impidió participar de esta interesantísima excursión, uno de los valiosos obsequios del Gobierno del Perú a sus huéspedes.

Termino declarando que la verdadera trascendencia del Tercer Congreso Científico Pan-Americano estriba, a nuestro juicio, más que en sus labores concretas, en el espíritu que animó a los delegados en el sentido de una cooperación estrecha y sincera de todos los elementos culturales del Continente. Puede afirmarse, que esa aspiración, unánime, realzada por el ambiente de solidaridad y sinceridad que prevaleció en Lima al favor de la suntuosa fiesta del Centenario de Ayacucho, constituye el carácter saliente de este Congreso. Echáronse las bases de un mejor conocimiento mutuo y dictáronse notables Acuerdos, y además interesantes conferencias en los principales Institutos del Perú.

Con especial agrado renuevo al señor General Juan Vicente Gómez, Presidente Constitucional de la República y al Gobierno de la Nación, que tan dignamente preside, el testimonio de nuestro agradecimiento por habernos designado para representar a Venezuela en Asamblea y ocasión tan memorables.

De usted atento servidor.

Por la Delegación,

† Francisco Antonio.
Obispo de Valencia.

XXIV

Primera Conferencia Panamericana sobre Uniformidad de Especificaciones.

El Gobierno de Venezuela se hizo representar por el señor Jesús María Herrera Mendoza en la Primera Conferencia Panamericana sobre Uniformidad de Especificaciones instalada solemnemente en Lima el día 23 de diciembre, bajo la Presidencia de honor del señor Doctor Alberto Salomón, Ministro de Relaciones Exteriores y Presidente del Tercer Congreso Científico Panamericano, y la Presidencia activa del señor Doctor Heráclides Pérez, notable economista peruano y culto caballero, quien pronunció en el acto un discurso en el que expuso brillantemente los fines de la Conferencia.

"Fueron leídos y discutidos, escribió en su informe oficial el representante de Venezuela, muchos de los trabajos presentados, y tanto éstos como los otros que no pudieron discutirse en las sesiones ordinarias, así como las mociones presentadas, fueron entregadas a un Comité de Estudio, para que éste presentase un informe con las deducciones que juzgare más valiosas y que concretasen en forma precisa el criterio de la Conferencia". En este Comité fué incluido el señor Herrera Menroza, quien en la sesión del día 27 leyó el trabajo que presentó a la Conferencia como Delegado de Venezuela, titulado "Apuntes sobre la Identificación de Productos Naturales y Organización de Museos en la América Tropical".

Fue señalada distinción recibida por el Delegado de Venezuela, la de presidir, en su carácter de Vicepresidente, la sesión del día 2 de enero, honor que aceptó agradecido por considerarlo como un nuevo homenaje a nuestra patria.

Los trabajos de la Conferencia se desarrollaron en un ambiente de alto interés patriótico y de noble cordialidad, y las conclusiones adoptadas son el fruto de estudios profundos y de una larga experiencia en los asuntos a que se contrajeron las discusiones. El señor Herrera Mendoza desempeñó su cometido con inteligencia y eficacia, correspondiendo así a la confianza depositada en su persona por el Gobierno Nacional y a los fines culturales y de progreso efectivo que persigue el Benemérito General Gómez en las relaciones de Venezuela con las demás naciones del Continente Americano.

XXV

Distinciones concedidas a varios miembros de la Embajada.—Artículos sobre Venezuela.—El Poema de Chocano.—Actuación intelectual. Honor a la Misión Militar.—Publicaciones distribuidas.

Instituciones culturales del Perú, hogares de las ciencias, las artes y las letras, recibieron en su seno a algunos de los Delegados venezolanos, guiados por la corriente general que exigía un más íntimo cambio de ideas, sentimientos y orientaciones en la conmemoración gloriosa de la batalla que cien años atrás contribuyó de modo eficaz al acercamiento espiritual y político de los pueblos de América.

El Embajador, Doctor Arcaya, en sesión pública del Instituto Histórico del Perú, celebrada el 27 de diciembre, fue nombrado Miembro Honorario Extranjero. El Presidente de aquella docta Casa, señor Emilio Gutiérrez de Quintanilla, juicioso y notable escritor, aludió en su discurso, con frases generosas, a la labor del Doctor Arcaya, y a la del señor Laureano Vallenilla Lanz, quien recibió al mismo tiempo igual y señalada distinción.

El Doctor Emilio Ochoa, representante de la Facultad de Medicina de Caracas y de la Academia Nacional de Medicina, habló en la sesión pública con que la Academia Nacional de Medicina del Perú quiso festejar a los médicos delegados al Tercer Congreso Científico Panamericano, y en la que fueron éstos incorporados en su carácter de Correspondientes Extranjeros. También pronunció breves palabras, en las que evocó con acierto al sabio Vargas, transformador de la Universidad de Caracas, en la sesión con que la Facultad de Medicina del Perú honró la figura de Unánue, fundador en América de la medicina científica. El Doctor Ochoa saludó así mismo, en una oportuna y sentida alocución a los estudiantes peruanos, en la recepción del Centro de Estudiantes de Medicina celebrada en Lima el 3 de enero de 1925.

El Doctor J. T. Carrillo Márquez, al hacer entrega del Mensaje de la Universidad Central de Venezuela a la muy venerable de San Marcos, pronunció un bello discurso, que reprodujo la prensa de Lima.

La Facultad de Ciencias Matemáticas, Físicas y Naturales del propio Instituto nombró Doctores Honorarios a los señores Doctores Eduardo Calcaño Sánchez, Vicente Lecuna y Juan Vicente Camacho, delegados venezolanos al Tercer Congreso Científico Panamericano, quienes expresaron su agradecimiento, en la sesión del 3 de enero, en palabras apropiadas a la solemnidad y trascendencia de aquel acto.

En la velada que con el concurso de altísimos poetas de la América celebró el Ateneo de Lima, tuvo la representación de la lírica venezolana el señor Luis Churión, quien recitó una de sus más aplaudidas poesías. Su canto a la noble y opulenta ciudad del Rimac, entrelazó sus estrofas, emotivas y pulcras, con las que la lira épica de Chocano, en marcial redoble de atambores, bajo la evocación fastuosa de Ayacucho, celebró a Bolívar en la superba encarnación panteísta del "Hombre-Sol". Otro gran poeta de lengua española, Francisco Villaespesa, cantó en esos días la figura múltiple y luminosa del Libertador en su drama titulado "El Sol de Ayacucho".

El Doctor Ramón Sucre, sobrino del Gran Mariscal, invitado a las fiestas por el Gobierno peruano, fue especialmente festejado por la Federación Odontológica del Perú, que le ofreció un gran banquete.

La prensa limeña acogió en sus columnas los artículos que acerca de la situación actual de Venezuela escribieron los miembros de la Embajada señores Manuel Norberto Vetancourt, Héctor Urdaneta Braschi y Guillermo Amitesarove; los de los señores Ramón Sucre y Agustín Villanueva Mata, invitados especiales, y los del Doctor S. Díaz Mantilla, representante de algunos periódicos de Caracas.

En cuanto a los miembros de la Misión Militar venezolana, fuéra de los agasajos que en el curso de las páginas de este libro se han señalado, ellos quedaron incorporados con sus grados en el Ejército del Perú, en cumplimiento de la Ley Nº 5.050 del Congreso de la República Peruana, que ordenó "inscribir, con fecha 9 de diciembre de 1924, en los Escalafones del Ejército y la Armada, en sus respectivas clases y dentro de la jerarquía militar que la Constitución y las leyes establecen, a los Oficiales generales, superiores y subalternos, que perteneciendo a los Ejércitos y Armadas extranjeras, han formado parte de las Embajadas Extraordinarias y Misiones Especiales o han sido particularmente invitados a la celebración del Centenario de la Batalla de Ayacucho".

Los diarios limeños alabaron el gusto tipográfico y el interés y oportunidad de las publicaciones que distribuyera la Legación de Venezuela en conmemoración de la gran batalla. "La Crónica" publicó un fotograbado de la colección, y las enumeró así:

"El Doctor R. Villanueva Mata, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de los Estados Unidos de Venezuela, en Ecuador, Perú y Bolivia, ha tenido la gentileza de enviar a esta casa editora, dedicados a "Variedades", los hermosos volúmenes cuya descripción vamos a dar en seguida:

Venezuela en 1924.—Es un álbum preciosamente editado por la Litografía del Comercio de Caracas. Contiene una importantísima colección de fotografías de todo lo que hay de notable en la nación amiga nuestra. La edición de

este álbum se ha hecho a todo lujo, con carátula estampada a varios colores y que representa el escudo de Venezuela. Su volumen es como de doscientas páginas, conteniendo grabados nítidamente impresos sobre papel satinado. Antecede la edición un retrato del General Juan Vicente Gómez, Presidente de aquella República.

Venezuela en la Independencia—1824-1924—Ofrenda del Ejército de Venezuela al Ejército del Perú en el Centenario de la Batalla de Ayacucho. Preciosa edición hecha a semejanza de la anterior. En su carátula ostenta las banderas de Venezuela y Perú, estampadas a todo color sobre una corona de olivo. Contiene este volumen la documentación gráfica más completa acerca de la Guerra de Independencia. Su edición ha corrido a cargo de la muy competente Litografía y Tipografía del Comercio de Caracas.

Papeles de Bolívar, publicados por Vicenve Lecuna. — Gran edición de la misma casa impresora que las anteriores obras. En este volumen de casi quinientas páginas, ha puesto Lecuna un cariño realmente patriótico dando a su país y a la América toda, una fuente histórica inapreciable. Los papeles de Bolívar, sus cartas amorosas reproducidas mediante facsímiles perfectos, tienen sobre los originales la ventaja de su presentación.

Ofrenda de Venezuela en el Primer Centenario de la Batalla de Ayacucho.—Edición a gran lujo y tamaño de los himnos de las Repúblicas bolivarianas y de los Estados Venezolanos. Colección de música digna de ser conservada como un harmonioso conjunto de voces amigas.

Dicccionario biográfico de Ilustres Próceres de la Independencia Sudamericana, por Vicente Dávila. — Libro editado en la Imprenta Bolívar, de Caracas, constituyendo un grueso volumen de quinientas páginas. Edición hermosa de datos precisos e interesantes sobre la vida de los héroes de la Independencia.

Antonio José de Sucre por Guillermo A. Sherwell, traducida del inglés por Samuel Darío Maldonado.—Edición de 274 páginas, hecha en la Tipografía del Comercio de Caracas. Libro admirable por su documentación y por las apreciaciones del autor. Está ilustrado con muy buenos grabados.

Fragmentos de ilusión y de fe por F. Jiménez Arráiz.—Libro lleno de entusiasmo, escrito por uno de los más inteligentes autores venezolanos. Constituye un volumen de más de doscientas páginas de lectura selecta, editado por la Tipografía Americana de Caracas.

Hojas de Laurel, por F. Jiménez Arráiz.—Como el anterior libro, bien escrito como que es una contribución de su autor a la celebración del Centenario de la Batalla de Carabobo, el 24 de junio de 1924, editado por la Imprenta Bolívar de Caracas.

Bolívar y Sucre unidos por el linaje y por la gloria.—Folleto interesante de más de cincuenta páginas, editado por la Tipografía Americana de Caracas, con motivo del Centenario de la Batalla de Ayacucho. Es una obra de mucho interés, no obstante su poco volumen. Su autor es el señor Luis Alberto Sucre".

Discursos del Presidente Leguía

Como complemento de las páginas de esta publicación, destinada a conservar las manifestaciones de confraternidad y patriotismo que recibieron Venezuela y su Gobierno en las fiestas del Centenario de Ayacucho en el Perú, reproducimos fragmentos de los discursos del Presidente Leguía en los que este ilustre Gobernante condensó de modo admirable su pensamiento y rindió tributo de justicia al Libertador y a los héroes de la Independencia, en frases de sinceridad y transparente concisión, reveladoras de sus profundos conocimientos de la historia de América y de su fe en el porvenir de las nuevas nacionalidades.

Del discurso de contestación al Embajador de España.

La independencia de América es un hecho trascendental en la historia moderna, tan grande casi como su descubrimiento, y ya don Emilio Castelar lo había reconocido alguna vez con su gran autoridad de tribuno y pensador. Al insigne estadista no se le ocurrió decir que en Ayacucho, España había sido vencida, porque tal pequeñez no era compatible con un genio habituado a observar los hechos humanos con rigor científico, para explicarlos después con elevado criterio de sociólogo e historiador.

Ayacucho, Excmo. señor, no puede reputarse como una derrota de España porque, en el concepto universal, ningún triunfo duradero se vincula a la eterna dominación de un pueblo sobre otro sino más bien a la emancipación de los que, rompiendo la tutela política, saben conservar la rica herencia de saber y de gloria de sus antepasados.

Ayacucho fue, en la vida de las naciones americanas, lo que la emancipación jurídica es en la vida de los hombres: una crisis inevitable de crecimien-

to. Y la capitulación militar, magnánima en sus términos, elevada en sus estipulaciones, es la carta histórica de nuestra libertad, es también la carta que proclama la pujanza del genio español en su prodigiosa multiplicación a través de las innumerables patrias libertadas por aquel lejano descendiente de los vascos: Simón Bolívar.

Nosotros nos separamos de España como España se había separado de Roma, no obstante de estar unida a la Ciudad Eterna por el trascurso de los siglos, la pompa de sus emperadores, el prestigio de sus poetas, y el brillo incomparable de sus artistas. Pero así como España no olvidó a Roma, nosotros tampoco hemos olvidado a España. Todo en América está unido al nombre venerable de vuestra patria. Para arrancarnos a España del alma necesitaríamos quitarnos de la conciencia su religión, de la vida sus costumbres, de la memoria sus tradiciones, de los labios la más hermosa de las lenguas modernas y de las venas esa impetuosa sangre que animó a los héroes que, partiendo de las fronteras de un reino en donde se oía la trompeta del Palacio Real, no sólo reintegraron el suelo perdido de la patria, sino que conquistaron todos los mares y todos los continentes del planeta, llegando en su marcha triunfal hasta el Imperio del Sol, en donde Pizarro renovó las hazañas de don Pelayo y del Cid.

Del discurso de contestación al Embajador de Italia.

Italia no podía faltar en el concurso de las naciones que ahora nos rodean, porque su nombre está unido a la libertad de América en forma imperecedera, desde aquel día en que Bolívar, todavía adolescente, nutrido de la cultura clásica, se elevó a la cumbre del Monte Sacro, para jurar en presencia de su maestro, Simón Rodríguez, por Dios y por su Patria, no desarmar su brazo ni dar reposo a su alma, sino después de haber roto las cadenas que oprimían a la América.

Y Bolívar cumplió su juramento venciendo en una lucha que no tiene paralelo en la historia, ora dominando los obstáculos de una naturaleza agreste y brava, ora desarrollando extraordinarias facultades de guerrero y estadista, porque así como ganaba cruentos combates en los campos de batalla, organizaba la democracia en los preceptos de un código fundamental.

Guerrero como Napoleón, legislador como Licurgo, conocedor del alma humana y de los secretos de la historia, este hombre colosal, fue también un oráculo, que traducía su visión profética, en fórmulas eternas como el tiempo, haciéndose así, por su obra y por sus méritos, supremamente digno del juramento prestado en la cumbre desde donde se divisan las infinitas maravillas que hacen de Roma no sólo la capital de Italia sino la eterna capital del Mundo.

Del discurso de contestación al Embajador de la Gran Bretaña.

Antes de Ayacucho muchos héroes y muchos mártires habían intentado conseguir la libertad de América, pero el esfuerzo de los unos fue estéril y el triunfo de los otros fue efímero. Ayacucho es la batalla definitiva por la libertad de América.

La Gran Bretaña no fue extraña a esa epopeya por cuyo triunfo se preocuparon sus estadistas y combatieron generosamente sus hijos.

William Pitt y Burke ayudaron las primeras y atrevidas aventuras del libertador don Francisco Miranda y seis mil ingleses, los mismos que habían combatido en el suelo de Europa contra Napoleón, vinieron a América para seguir combatiendo por la libertad a las órdenes de Bolívar.

Y como si esto no fuera suficiente para merecer la eterna gratitud de América, el gran bardo inglés Lord Byron, enamorado de la gloria de Bolívar, dió el nombre del héroe americano a uno de sus objetos más predilectos y el irlandés O'Connell envió a su hijo primogénito para combatir bajo las banderas de Bolívar en pro de la libertad americana.

Del discurso de contestación al Enviado Extraordinario en Misión Especial de la Confederación Suiza.

Constituirá siempre el asombro de todas las generaciones el hecho de que en pleno medioevo, cuando imperaba en los pueblos de Occidente un absolutismo casi teocrático y las Repúblicas eran sólo tiránicas oligarquías, vuestro país luchara, con sin igual heroísmo, hasta conquistar los fueros, desde entonces incólumes, de vuestra libertad. Pero eso nada puede ser más grato y significativo para nosotros que este cordial saludo que la más antigua de las democracias que existen en el mundo, ofrece a las jóvenes naciones americanas, surgidas a la vida independiente por el esfuerzo de sus Próceres, cuya hazaña más culminante nos preparamos a solemnizar, y por el genio del Gran Libertador, comparable por su arrojo, su austero patriotismo y el espíritu de sacrificio que inspiró todos los actos de su vida, a vuestro legendario Guillermo Tell.

Del discurso de contestación al Embajador Extraordinario de los Estados Unidos de Norte América.

Como muy bien lo habeis recordado, Excelentísimo Señor, en Ayacucho triunfaron los ideales de libertad que medio siglo antes de nuestra independencia había proclamado y hecho triunfar vuestro gran país, bajo la inspiracón de Washington, una de las más grandes figuras de la Historia.

Pero si el ejemplo de vuestra revolución influyó en nuestra independencia, a los Estados Unidos le somos deudores de haberla conservado. Sin la oportuna declaración de vuestro Presidente Monroe, nuestra libertad habría sido precaria y las naciones libres del Nuevo Mundo habrían visto en más de una ocasión comprometida su autonomía.

Los americanos del Sur les debemos a los americanos del Norte, no sólo el ejemplo de su libertad que favoreció la nuestra; no sólo la seguridad de nuestra independencia contra avances teocráticos: les debemos también el poderoso estímulo que ha permitido desarrollar nuestras riquezas y las advertencias sabias y oportunas que han evitado guerras fratricidas y retrógradas en este continente.

Del discurso de contestación al Embajador de Colombia.

Cada generación tiene una misión que cumplir. La que hoy glorificamos nos dió patria y libertad; de la que ahora formamos parte debe salir la grandeza de América. No han sido estériles los cien años transcurridos desde 1824, pero tampoco han sido definitivos. Ni nuestra riqueza obtuvo un gran desarrollo ni nuestra democracia alcanzó su absoluta perfección. Conseguir lo uno y lo otro es el más premioso deber de las generaciones actuales y estamos obligados a cumplirlo uniendo a todos nuestros pueblos.

Por fortuna, Colombia y el Perú son dos naciones a las cuales todo contribuye a unir y nada a separar. Apretar con espíritu generoso los lazos de unión y eliminar del camino lo que estorbe a la concordia, constituyen la más ardiente aspiración del pueblo y del Gobierno peruanos y con ella trabajaré animado de esa fe que pulveriza obstáculos, cuando como retribución a sus afanes, se vislumbra la solidaridad de las naciones redimidas por el genio incomparable de Bolívar, para establecer el reinado de la paz y de la confraternidad en el Nuevo Mundo.

Del discurso de contestación al Embajador del Ecuador.

Vuestra presencia entre nosotros, en estos días que recuerdan glorias comunes, es el feliz augurio de una confraternidad de los pueblos de América, que debe establecerse sin demora, aprovechando los vínculos que han creado la naturaleza y la historia, para de este modo realizar, como muy bien lo habéis dicho, el consejo de unión que Bolívar legó a la posteridad, en aquella tarde en que, su tormentosa aunque brillante existencia de Libertador, de tribuno de la revolución y filósofo de la democracia, se hundió en el seno de la muerte, dando la majestuosa impresión de un Sol que se pone.

Y particularmente dos pueblos de América, entre todos los demás, están llamados a realizar esta política de concordia: son el Perú y el Ecuador, unidos, desde la más remota antigüedad, bajo el cetro imperial de los Incas, cuando entre Quito y el Cuzco extendíase una inmensa carretera donde se juntaban los peregrinos de ambos pueblos; y bajo el poder absoluto de España cuando nos unía igual fervor católico o idéntica pompa monárquica; y en las horas de prueba, bajo idéntico rayo de gloria, que al proyectarse desde las cumbres del Pichincha, nos envolvió como a hermanos en la misma lumbre de la inmortalidad.

Las banderas de Bolívar guiaron nuestras luchas por la Libertad, y ahora el pensamiento del gran Libertador, muerto prematuramente en la hora precisa en que había de convertirse en supremo organizador de las democracias, debe guiar nuestros esfuerzos para acercar y unir lo que debe vivir eternamente junto, proclamando una perdurable política de armonía, reclamada por el pasado de América e impuesta por su espléndido porvenir.

Es tiempo de concluir con el viejo procedimiento medioeval que favorecía el aislamiento suicida y que aún alienta recelos infundados. Esa política no puede justificarla el sentido democrático de nuestras relaciones internacionales, que proscribe el imperialismo pródigo en suspicacias, en peligros y en amenazas.

La América tiene que ser fiel a su tradición de libertad, democracia y confraternidad, los tres ideales por los cuales pelearon nuestros padres las batallas de la independencia, con el ánimo de establecer como orientación permanente, la libertad garantizada por la justicia.

Del discurso de contestación al Embajador de Bolivia.

En Ayacucho el Perú fué libre, pero allí también comenzó el nacimiento de vuestro pueblo. Bolívar quiso eternizar en la memoria de los hombres su incomparable gloria de Libertador, fundando una nueva patria en la comunidad jurídica de las naciones, y creó a Bolivia, la obra espiritual de aquel gran artífice de la libertad y de la democracia, cuya espada destruyó la opresión y cuyo verbo, iluminado como el de un apóstol, fundó la República.

Ayacucho fué para Bolívar el crepúsculo de su acción guerrera, y la fundación de vuestra patria, el amanecer de su sorprendente acción política. Para Bolivia dictó aquella famosa Constitución tan calumniada por sus contemporáneos, que ahora se ofrece a nuestros atónitos ojos como el más grande monumento de sabiduría política concebido para organizar democráticamente un pueblo libre.

Con ella no intentó Bolívar establecer una disimulada monarquía, sino contener las perturbaciones anárquicas. Si tan admirable sistema se hubiera impuesto en América después de Ayacucho, nos habríamos ahorrado el desconcertante espectáculo de tantas guerras civiles, con que caudillos militares sin gloria retardaron el desarrollo y la felicidad de nuestros pueblos.

Unidos en el imperio, unidos en la colonia, unidos en la gloria de la libertad, unidos en el infortunio, somos nosotros peruanos y bolivianos, los llamados a conservar en la eternidad del tiempo la memoria del gran Libertador, que soñó para América un porvenir como no lo ha soñado ningún otro después. Lo comprende así vuestro ilustre mandatario, cuando ha querido solemnizar con su presencia entre nosotros esta magna fecha en que se emanciparon tantas naciones como estrellas se suelen ver en el cielo, cuando desaparecen las sombras de la noche.

Del discurso de contestación al Embajador de la Argentina.

Más de treinta naciones han acudido hasta ahora a conmemorar la primera centuria del grandioso hecho de armas, cuya trascendencia para la emancipación del continente y la libertad del mundo queda evidenciada por tan excepcional concurso; y a la honra y complacencia que nos causa la Argentina, asociándose a este casi universal homenaje, se agrega la singular significación que tiene para nosotros vuestra asistencia, señor Ministro, que sois el representante de un ejército que hace poco más de cien años condujo a nuestras playas el genio militar de San Martín y nos trajo, a través del llano, de la Cordillera y del Océano, la voluntad de independizarnos con un impulso visionario sólo comparable al de las tropas francesas en la gran Revolución.

El generoso auxilio que, en hora inolvidable, prestó vuestra patria a la hermana aún no emancipada, a pesar de los titánicos esfuerzos de sus hijos, es

tanto más digno de gratitud, cuanto que vuestro país, si bien había alcanzado su emancipación, se debatía aún entre las facciones partidaristas que en la totalidad de nuestras democracias dejaron su huella retardataria, y cuya extirpación fué para vuestra patria el origen del sorprendente desarrollo con que hoy enorgullece a todos los pueblos de nuestra raza.

Del discurso de contestación al Embajador del Uruguay.

La extensión geográfica del Uruguay es pequeña, pero en cambio su significación continental es casi inconmensurable. Es como Suiza o como Bélgica, una pequeña nación en el orden geográfico pero heroica y que no ha descuidado el cultivo del ideal en medio de la prodigiosa actividad con que prepara el advenimiento de su espléndido porvenir.

Envidiable destino es el del Uruguay. Durante las guerras de emancipación atrajo la codicia de todos los caudillos de la Independencia; después brindó la hospitalidad de sus playas a todos los peregrinos de la libertad, entre otros a Garibaldi; y más tarde los jurisconsultos buscaron el refugio de Montevideo para unificar los principios más encontrados del derecho, como lo habían buscado también los inquietos caudillos de las revoluciones civiles del continente, deseosos de apaciguar bajo su cielo las desatadas pasiones que encienden las luchas fratricidas. Si los pueblos pudieran personificar un gran principio, diríase que el Uruguay es la personificación de la libertad y de la justicia.

Del discurso de contestación al Embajador del Paraguay.

El Perú, que había sido la sede del poder español por la autoridad de sus virreyes, fué también el centro de la Libertad de América por la Batalla de Ayacucho. Todos los libertadores se disputaron el privilegio de pelear en nuestro suelo para dar a sus luchas el sello continental que en otra parte no podían alcanzar. Por eso Ayacucho es una especie de Olimpo guerrero en donde todos los héroes locales se transfiguran para convertirse en héroes americanos.

El Paraguay fué uno de los primeros en luchar por la libertad de América y puso en su empeño la tenacidad invencible y el valor heroico que le han dado justo renombre en el mundo.

Después de su independencia, su historia es un sugestivo ejemplo para los que meditan sobre la organización democrática más adaptable a nuestro estado social y sobre el porvenir de nuestra América. En ella no se observan ni la continua anarquía de los trópicos, ni las querellas de caudillos que se disputan el poder y la riqueza. Y cuando llegó la hora de prueba vuestra patria supo dar la lección perdurable de un heroísmo que vence al destino y a la muerte.

Del discurso de contestación al Embajador del Brasil.

La gran batalla que, hace casi cien años, vió librar el Condorcunca, es digna de vuestro verbo y tiene la capital importancia que le acuerda la sanción universal. Para vuestra nacionalidad fué, también, de decisiva trascendencia. Sin ella hubiera perdurado en América la dominación extranjera, constituyendo este hecho seria amenaza para el joven y floreciente Imperio brasileño, en

una época en que el reaccionarismo de la Europa se prestaba mutuo auxilio contra el avance del liberalismo que perseguía la emancipación colonial; recíprocamente, la independencia del Brasil contribuyó eficazmente a la consolidación de la nuestra.

El Gobierno de vuestro país, con el peculiar acierto que le caracteriza, os ha designado para presidir esta brillante Embajada, comprendiendo que nadie sería para nosotros más grato y bienvenido que vos, que reunís a sobresalientes méritos personales, el prestigio de descender del prohombre de la independencia brasileña, José Bonifacio de Andrade y Silva, espíritu superior que sin violencias aseguró la libertad de su patria.

Hecho admirable el de vuestra libertad, y las generaciones de todos los tiempos, no sabrán qué admirar más, si el impetuoso valor de un príncipe, que emancipa por un acto de audacia, su persona y su pueblo de una tutela opresora, la sagacidad política de vuestro glorioso antepasado que encauza los generosos ideales de su soberano, o, por último, la clarividencia de todo un pueblo que, olvidando resquemores regionales, se unifica, para constituir la grande patria brasileña.

Del discurso de contestación al Embajador de Panamá.

La historia no puede olvidar que los panameños combatieron por la libertad de América bajo la bandera de Bolívar y vuestra singular promesa de sacrificar la tranquilidad de Panamá, si necesario fuese, para salvar el tesoro de nuestra libertad, revela el noble y resuelto temperamento de vuestro pueblo para el cual nunca fueron extraños los dolores o alegrías de sus hermanas las naciones de América.

Sin duda por eso Bolívar, el Libertador que supera a todos los caudillos de la Independencia por su ímpetu guerrero y sus reservas de estadista, tuvo predilección por Panamá, la tierra histórica por donde Balboa encontró la ruta para descubrir el Pacífico y Pizarro la que lo trajo al Perú. Y, obsesionado por su ideal de confederar a los pueblos libertados por su espada, Bolívar pensó constituir en Panamá la gran Asamblea Federal destinada a contener el desborde tumultuoso de la anarquía y gobernarlos con templanza.

Pero las mil fuerzas disolventes que actuaban aún con furor en los pueblos recién emancipados, desvanecieron como una quimera el sueño del gran Libertador, el cual, hoy mismo parece más la anticipación de un porvenir lejano que deslumbradora realidad del presente.

De este modo quiso Bolívar con la visión de un continente regido por espíritu de verdadera fraternidad, completar el designio histórico de Panamá, cuyo nombre se asocia siempre a los hechos más trascendentales de la vida universal: al ensanche del planeta con el descubrimiento de mares y de pueblos ignorados, y al acercamiento entre sí de los más lejanos continentes con la apertura de su istmo que ha permitido juntar las aguas de dos océanos, que misteriosos caprichos de la naturaleza mantenían por siglos separados.

Del discurso de contestación al Embajador de Guatemala.

Unen a nuestros países los lazos morales de simpatía y los tradicionales sentimientos de solidaridad. Guatemala, como el Perú, han intervenido siempre, en forma decidida, en las nobles justas en favor del Derecho y de la Paz. Cúpoles a las delegaciones guatemalteca y peruana, en la Conferencia Internacional Panamericana de México, sostener triunfante la tesis del arbitraje obligatorio como única solución jurídica en la vida diplomática de los pueblos. América ha visto, señor Embajador, en los últimos años, la realización de tan bellos como humanos ideales.

Del discurso de contestación al Embajador de México.

México, que cobijó, en una ocasión, la adolescencia impetuosa del Libertador, no podía faltar a esta cita en que las naciones vinculadas por la memoria de Bolívar van a rendir justo homenaje a una de las más grandes efemérides americanas.

Hermanos en los destinos históricos, en el brillo de los días de gloria y en el luto de las hecatombes regeneradoras, seculares vínculos han unido siempre a nuestros países. La pompa imperial de los Incas se hermana con el esplendoroso poderío de los Aztecas, en la éra precolombina. En el tumulto de la lucha gigantesca resaltan en América los heroísmos sublimes de Guatimosín y Cahuide. Nadie sabe qué admirar más, si la actitud de Pizarro marcando con su espada la raya legendaria en las arenas de la isla del Gallo, o el gesto homérico de Cortés, quemando sus naves, convencidos ambos de su propio heroísmo. En el espíritu del cura Hidalgo se proyecta a través del espacio, el ansia visionaria y genial de Bolívar.

Del discurso de contestación al Embajador de Cuba.

Cuba, llamada por los poetas la Perla de las Antillas, tiene el envidiable privilegio de atraer todas las simpatías del Universo. Por eso nuestros padres, para pelear la última batalla por la libertad de América, buscaron el suelo de Cuba, tendido como una esmeralda sobre las aguas del Océano y allí confundieron su sangre con la vuestra en defensa de un solo ideal.

Cuba es la tierra clásica de la opulencia tropical. Todo en ella ostenta el sello de una exhuberancia que se desborda igualmente en los productos de la tierra y en las creaciones de la inteligencia. Vuestra raza es, sin disputa, la más fecunda en poetas, en pensadores y en tribunos.

La codicia despertada por vuestra riqueza prolongó vuestra opresión, pero el esfuerzo de vuestros héroes os hizo libres y la Historia ha glorificado ya a los García, a los Gómez, y entre todos ellos al más grande, al que fué a la vez poeta y guerrero, hombre de Estado y filósofo, a José Martí, el último de los libertadores.

Del discurso de contestación al Enviado Extraordinario en Misión Especial de la República Dominicana.

Las naciones bolivarianas no olvidamos la singular predilección del Gran Libertador por nuestras hermanas insulares y que, entre los generosos ideales,

a cuya realización se opuso su prematura muerte, uno de los acariciados por él con más vehemencia fué el de libertar a las colonias antillanas, poniendo así término glorioso al ciclo de sus admirables hazañas.

La República Dominicana es tierra fecunda en hombres y no en vano por la elevada intelectualidad de sus hijos, mereció el nombre de "Atenas del Nuevo Mundo". Muchos de sus ilustres próceres, como José Núñez de Cáceres, Juan Pablo Duarte y el heroico Francisco del Rosario Sánchez, están inscritos en lugar muy preferente en el Libro de Oro de las democracias americanas. Un gran porvenir se ofrece ante vuestro país, por la cultura de sus habitantes, la riqueza de su territorio y su posición, que es punto avanzado del Continente latino hacia Levante.

Del discurso pronunciado en el banquete que ofreció a los Delegados del Tercer Congreso Científico Panamericano.

El gran problema de nuestra América es un problema de unión: unión de las inteligencias, unión de los corazones. El Centenario de Ayacucho nos ha permitido invocar con energía la unión de nuestros pueblos soñada por el genio de Bolívar, aconsejada por la tradición que traza los rumbos y por el porvenir que señala las cumbres del futuro engrandecimiento. Ahora el Tercer Congreso Científico Panamericano nos brinda la singular oportunidad de reclamar también para nuestra América, cuyo pasado y cuyos destinos son comunes, la unificación de su cultura.

Hace cien años dejamos de ser colonias sometidas a la tutela política de otros pueblos; ha llegado la hora de emanciparnos razonablemente de las tutelas intelectuales, económicas y morales en cuanto pugnen con nuestro propio desarrollo espiritual. Por eso es necesario trabajar porque la civilización de nuestro continente ofrezca un sello singular que la caracterice y la distinga de todas las demás. Es ya tiempo de crear y no de imitar. Vuestros Congresos, señores Delegados, realizan, pues, una triple misión que me complazco en enaltecer.

Ellos fortalecen los vínculos de confraternidad americana; tienden a crear en nuestro continente la hermosa realidad de una cultura netamente americana y a unificarla para evitar esas diferencias que chocan o esas contradicciones generadoras de todo lo que disuelve y separa.

Felizmente las horas que vivimos preludian el magnífico porvenir que la naturaleza y la historia nos han reservado. La América será en el futuro el refugio de la humanidad a la que le brindará la hospitalidad de sus tierras fértiles, de sus ciudades maravillosas y sobre todo de una civilización armónica en donde imperen las fuerzas de la paz que hacen más grandes a los pueblos y más dignos a los hombres. Quizás si ese porvenir comienza ya aquí en esta tierra predestinada a ser el centro de todo lo que transforma el curso de la vida americana. Fue aquí donde brilló el cetro de los Incas, señores absolutos desde Quito a Patagonia; aquí residió durante tres siglos el poderoso representante del absolutismo español; y aquí se ganaron las batallas redentoras. Quiera la Providencia concederle también al Perú el honor de ser el asiento de una política de confraternidad por la cual trabajan de consuno su pasado histórico y el fervor de sus gobernantes.

Del discurso en el banquete del Embajador de Colombia.

La conmemoración del Centenario de Ayacucho, en la sede misma donde la gran batalla se ganó, con el concurso de las naciones cuyos representantes han dado tanto realce a la magna apoteosis, será sin duda alguna, el comienzo de una éra de confraternidad americana, que afirmando nuestra unión dará a nuestra América el relieve pacífico y fraternal que debe distinguirla para siempre en la comunidad jurídica de los pueblos cultos.

Bolívar hizo a la América para la Libertad y para la Democracia; es decir, para los fines más elevados a que puede aspirar una nación o un hombre. Sería, pues, insensato persistir en la vieja política de los que, traicionando el pensamiento y la obra del gran Libertador, fomentaron disputas interminables, y alentaron el crimen de la guerra. Bolívar no pensó seguramente que las naciones independizadas por su genio emplearían su libertad para eternizarse en el debate de pequeñas cuestiones de fronteras como esos viejos litigantes que consumen su vida enredando pleitos porque les falta para esclarecerlos y definirlos ese superior sentido de la justicia y esa visión penetrante de las cosas, que sólo poseen las inteligencias orientadas hacia el bien y los corazones organizados para amar.

Y menos pensaría el gran Libertador que su obra de confraternidad sería negada por la guerra que ha asolado varias veces el suelo virgen de la América, sembrando la discordia y envenenando la atmósfera moral del continente con el recuerdo de sus horrores y de esas rapacidades que claman justicia porque constituyen el crimen menos explicable de los que registran los anales humanos.

La política de ayer no puede ser la política de hoy ni la política de mañana. Hay que cambiar rumbos que nos conduzcan, no a la servil imitación de otros pueblos que trepidan bajo el peso de su vejez, sino a conseguir una originalidad propia que trate de realizar en la tierra americana el ideal de paz y armonía por el cual el divino Redentor tuvo su martirio sobre la cruz del Calvario.

Discurso pronunciado en el banquete en honor del Presidente de Bolivia y de los Embajadores y Delegados Especiales.

Hace cien años, en la mañana de un día como éste se ganó para la libertad de América la batalla de Ayacucho.

Con ella terminaron las luchas de la emancipación cuyo ciclo comienza con el martirio de Tupac Amaru en el Cuzco, y concluye con el triunfo de Sucre en Huamanga, luchas titánicas cuyo último período abarca quince años y cuyo teatro es tan vasto que sólo considerarlo abisma la imaginación. El Mariscal Sucre fué el héroe de la jornada y su inspirador Bolívar. Estos dos nombres son inseparables del gran suceso de significación igualmente peruana, continental y humana que celebramos con trasportes de júbilo porque en Ayacucho los peruanos ganamos nuestra libertad; los bolivianos su constitución como pueblo libre, la Gran Colombia, el Brasil, la Argentina y los demás países la garantía de su independencia; y los principios democráticos y republicanos su advenimiento

definitivo en la vida de las naciones. Tal es la virtud creadora de la gran batalla que conmemoramos en el suelo mismo en donde se dió y con el concurso de las naciones que directa o indirectamente con ella se beneficiaron.

El Perú que tuvo el privilegio de ser el centro de una admirable civilización aborigen y sede del inmenso imperio colonial, fué también la tierra predestinada para reunir a los guerreros venidos de todas las latitudes del planeta deseosos de pelear la batalla definitiva por la libertad del Nuevo Mundo. Como había sido el centro de la resistencia, el Perú debía ser el centro de la suprema liberación.

Por eso todos los héroes: San Martín después de Chacabuco y Maypú; Bolívar después de Boyacá y Carabobo; Sucre después de Pichincha buscaron esta tierra de los Incas para pedirle con el calor de su vida y la grandeza de su historia que se convirtiera en el Olimpo capaz de darles el don supremo de la inmortalidad.

Por eso el Perú ha querido festejar esta solemnidad del Centenario rindiendo el justo homenaje de gratitud que merecen los fundadores de la libertad americana y entre ellos al más grande de todos: Simón Bolívar, vinculado a la aristocracia por su cuna y al pueblo por sus ideas, dotado de la sensibilidad delicada de los poetas y del valor sublime de los héroes, combatiente infatigable que vence con su obstinación la fatalidad y la muerte; hombre de Estado que todo lo prevé y calcula; filósofo de la acción que dice su pensamiento en formas eternas como el tiempo; inmensa naturaleza tan una en sí misma pero tan múltiple en sus manifestaciones que aplasta con su peso los sólidos altares de la Historia.

En la culminación de su carrera de Libertador, después de Ayacucho decía Bolívar: "Empieza la paz en América" y en el crepúsculo de su existencia, cuando el rabioso tumulto de la anarquía y el estrépito de mina con que caían las creaciones de su genio, llegaban hasta su lecho de muerte, el gran Libertador dudó de la eficacia de su obra y ya moribundo dijo: "Hemos arado en el mar", como si presintiera llevarse al sepulcro el canto fúnebre de la libertad y la democracia por las que había luchado y vencido en innumerables combates.

El morir del gran hombre inicia en América el inquietante período en que las luchas civiles en el interior y las guerras extranjeras contribuyeron a separar lo que por la naturaleza y la historia debía vivir perpetuamente unido. Pero al cabo de un siglo renace en sus formas impalpables el sueño de unión que Bolívar quiso realizar en el Congreso de Panamá, y tócanos a nosotros, los herederos de su obra y de su gloria, unir a nuestros pueblos, realizando el ideal por el que se hizo mártir y héroe, por el que sufrió la proscripción injusta y mereció la apoteosis glorificadora de la posteridad.

Esta solemnidad puede ser el principio de una acción eficaz porque la vida es un simple proceso de voluntad.

Excelentísimos Señores:

Trabajemos por la unión de América. Ella se presta a la concordia e inspira a todos cuantos la visitan, conceptos de unión. La América del porvenir será así una América universal en la que se junten el misticismo de las razas de oriente y la actividad creadora de las razas de occidente.

A nombre del pueblo y del gobierno peruanos agradezco el honor espléndido de compartir esta hora de apoteosis, con la representación de casi todos los pueblos de la tierra. Y muy particularmente os agradezco a vos, Excelentísimo Señor Presidente de Bolivia, el haber venido al Perú en estos días de gloria común que recuerdan nuestra libertad, como para significar con vuestra presencia que los destinos del Perú y de Bolivia deben estar perpetuamente unidos como lo estuvieron en sus orígenes y en sus luchas por la libertad. Yo rindo en vuestra persona a nombre del Perú, el homenaje solemne que en esta hora merece vuestra patria, la obra de aquel gran artífice creador de naciones libres en el planeta, como Dios creador de soles en el espacio.

Yo os ruego, señores, brindar de pie, a la memoria de Simón Bolívar el padre de la libertad americana, a la de Antonio José de Sucre el héroe de Ayacucho, por todos los héroes de la gran epopeya de la libertad, especialmente por San Martín el grande, por cada una de vuestras patrias aquí brillantemente representadas y por la grandeza de América reconciliada en la justicia y en la veneración de sus héroes.

THE LIBRARY OF THE
JUN 1 0 1952
UNIVERSITY OF ILLINOIS

Editado en Caracas en la Litografía del Comercio—1925.

BOUND BY
HNM

UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA
3 0112 073542968